

MONTIEL BALLESTEROS



GAUCHO TIERRA

n o v e l a

0863.4
Mon g
Bal
T

MONTIEL BALLESTEROS

GAUCHO TIERRA

AVENTURAS DE UN HOMBRECITO DE BARRO
NOVELA

ILUSTRACIONES DE JONIO MONTIEL

SEGUNDA EDICION



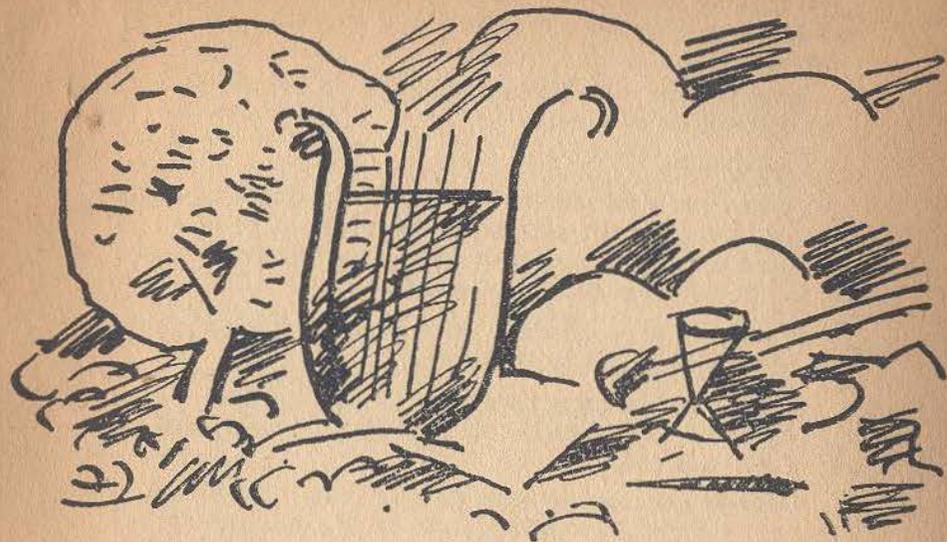
6376

MCMLI

BIBLIOTECA

bienda \$126.5 2/12/65

Todos los derechos son reservados para el autor.
Queda hecho el depósito que previene la ley N° 9739.



ESTO, MAS QUE UN PROLOGO

Esto, más que un prólogo, es una confesión, donde va implícito el sentimiento afectivo hacia lo nuestro —americano— concomitante al puro impulso de la creación del presente volumen.

Es hora —en el linde de los sesenta años— de un examen de conciencia y una revisión de los móviles y los propósitos que han guiado y orientado nuestra existencia.

Comenzando en una candorosa y ecuménica fe humanitaria de amor universal, nos desbordamos sobre unas arbitrarias fronteras absurdas, que dificultan la cordialidad de los pueblos y fuimos en la manida frase, ciudadanos del mundo.

La herencia andariega de nuestra vieja raza nos llevó

y nos trajo en engorroso y laborioso tránsito, que fué a momentos vuelo —quizás de vilano— y a menudo paso arduo y atormentado.

Pero la marcha fué siempre segura, la cabeza en alto y el corazón en el sueño.

Trabajamos.

Damos por descontadas la fatiga y la angustia, si en nuestro fervor —como en la voz del viento— se oyó una canción; si en nuestra ansia de belleza —como en el espejo del remanso— se reflejó una estrella.

A nada de lo realizado lo consideramos logro definitivo, que nos satisfaga y nos envanezca.

Si algo se descubre de bueno en nuestra obra, es un eco, un matiz, una vibración, un destello del maravilloso encanto que nos rodea.

Cuando nos conmovemos ante el dolor o la inocencia humanos o ante el prodigio sin par de la naturaleza, la ternura que nos anega, sabemos que nos viene del alma de nuestra melancólica y sensible madre mestiza.

En nuestro sonreír, que a momentos hasta puede pecar de pícaro, bulle la sana bonhomía popularesca del padre blanco, gaucho de ojos azules, mayoral de diligencias...

Lo demás...

Lo demás no es sino ambición.

Pero, aunque tal, limpia, diáfana, humilde, la de realizar algo entrañablemente nuestro, como si fuese posible trabsustanciar la prístina gracia inédita de las almas y de las cosas indígenas a las formas del Arte.

Todo lo que no se aproxime a ese desmesurado intento, lo estimamos ganga, retórica, relleno y nadería.

Para nosotros es ese el humano fin del Arte.

Por eso algo nos devolvió al límite lugareño, a la pureza primitiva del campo, a la soledad tremenda y tierna de la tierra y el cielo.

Y, sin dejar de ser lo otro, nos descubrimos naturales

de un reducido espacio del mundo, estaqueado entre unos cerros, con praderas y colinas verdes, con un monte eufónico y un arroyo de frío cristal oscuro y un cielo suntuoso, asegurado por unas estrellas dueñas de toda la Poesía.

En ese escenario, tan pegado a la tierra, ésta se nos volvió un camino por el cual llegamos al mundo y a la eternidad y a una simple realidad de ficción propicia a nuestro sueño.

Y de la tierra nacieron —o ya estaban en ella— el domador, el niño, la lavandera, el gaucho de barro, la alegría, el dolor, el juego, la vida y la muerte.

Y anhelamos, nos propusimos, dirigirnos a los pequeños con nuestro mensaje, quizás porque también es pequeño y como en formación.

¿Encontrará eco —si no respuesta— en los corazones a los cuales se endereza?

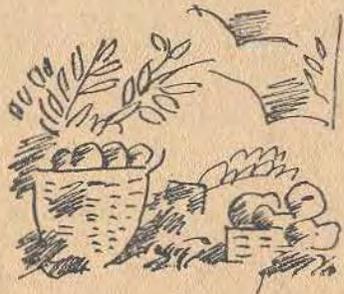
Quizás.

Es posible que sea pretender demasiado.

Confiamos.

Aunque —una vez más— nos equivoquemos.

Después de todo, la vida es —casi siempre— una sucesión de equivocaciones, que, desgraciadamente, no podemos corregir.



TICO - TICO

—Mis amigos: voy a presentarles el personaje principal de mi narración, a quien quizás podamos considerar el autor de este cuento.

Les voy a presentar al compañero Tico-tico.

Su persona o su espíritu —aunque no se vean— andará siempre roncando (1) por las páginas o las escenas del libro.

Esto se explica porque nunca el tema o el asunto van a ser más interesantes o más importantes que su alma.

Como ustedes, él debe tener un nombre y un apellido. Ha de llamarse Juan o Pedro o Cruz o Braulio, como se denominan todos los muchachitos del pago. (2)

Decimos pago porque esta historia vive y se desarrolla en el campo, en los Mataojos, en uno de los rincones más apartados y también más agrestes, más lindos y más pintorescos de nuestra patria.

En el Registro Civil, donde es obligatorio inscribir el nacimiento de todas las personas, el chico figurará de otra

(1) Roncar: merodear; insistir alrededor de un objeto o de un pensamiento; entretenerse, girando reiteradamente, morosamente sobre lo mismo.

(2) Pago: lugar; sitio geográfico; vecindad donde todos se conocen.

manera, pero su padre, que es la autoridad de su casa, lo denomina Tico-tico y basta.

El tendrá sus razones para repetir en su hijo el sobrenombre con que en la frontera cercana se conoce al ágil, gracioso y simpático chingolo; a esa avecita genuinamente autóctona, a la cual ya han dedicado sus armonías los músicos; a la que ya han cantado los poetas.

Su padre —a quien el gurí (1) llama tata (2), como se acostumbraba decir antiguamente— estuvo más de una vez en el Brasil, y es posible que en los atardeceres nostálgicos, oyendo repetir su bío-bío al pajarito familiar, uniese en la emoción y la ternura de su recuerdo, la frágil figura de ambos, confundiéndolos y mezclando sus nombres.

Cariñosamente, como para hacer más delicada y amorosa la evocación, le fué quedando la expresiva y juguetona designación del avecita.

Y así terminó por llamar a su pichón.

Al gurí, pues, no lo conoceremos sino como al compañero Tico-tico, ya que ni vale la pena andar deteniendonos en otras averiguaciones.

Ustedes preguntarán cómo era.

—No aparentaba diferencia alguna con los otros niños de su edad. Era un poco indiecito, como su padre; algo callado y hasta parecía triste, como su madre, que en una de esas se olvidaba de hablar porque no tenía con quien hacerlo. Delgado y ágil y con los ojos limpios y brillantes como los de los animalitos silvestres, usaba el cabello —negro y reluciente— en forma de melena, aunque bastante mal cortado.

Esta falta de elegancia se debía a que era su padre quien lo peluqueriaba, sirviéndose de la tijera de esquila-

(1) Gurí: voz tupí con que se designa a los niños; usual en la frontera brasileña.

(2) Tata: padre; antigua expresión criolla. Tata viejo: abuelo; Tata-Dios: Dios.



y del arte con el cual se le corta la cola o se empareja la crin a un caballo o se tusa una oveja.

Tico-tico era pobre, muy pobre.

Gastaba escasísima ropa. No conocía otras prendas que unas bombachitas cortonas y alguna camisa burda, pero eso sí, siempre limpias, porque siendo su madre de oficio lavandera se jactaba de tener al muchacho como una espuma... Aunque es bueno hacer constar que el pergenio, en sus travesuras y trapisondas, a veces se escapaba a la cañada o judiando (1) a los chanchos, se emporcaba que daba lástima.

Su abrigo, —cuando el frío le imponía cubrirse—, era reducido y escaso.

Disponía de un ponchito, confeccionado con una vieja cobija mora y una chapona de rudimentaria industria ca-

(1) Judiando, de judear: tratar con crueldad a un ser humano o a un animal. Vocablo creado posiblemente por similitud a los actos que se atribuyen a Judas.

sera, fabricada con un cuerito de oveja con la lana para adentro, cosida con tientos, (1) y que, cuando se la ponía, lo dejaba medio como enfardado.

Sombrero ni gorra no conocía.

Cubrirse la cabeza no le hacía falta ni mella.

Y en cuanto a calzado, su pie curtido —que rompía vidrios, quebraba espinas y deshacía brasas— conocía la liviana cárcel de las alpargatas sólo en alguna solemne ocasión en que la familia asistía a una fiesta y él iba en ancas del petizo del barril, (2) en el cual cabalgaba su madre.

El petizo era una cosa muy importante en la casa, pero como era muy viejo prestaba escaso servicio.

Cuando se pudo mantener sobre él, arrollado como pata de cotorra y prendido de sus crines, el padre lo encaramaba en su lomo, abandonando al hijo a sus propios recursos, aunque sin dejar de vigilarlo.

El gorgojo, dichoso, en la plenitud de su goce instintivo de campero, se movía intentando enviones y chupaba (3) al caballejo, incitándolo a marchar.

Tales aventurados ejercicios de equitación se prolongaron hasta que —según el maestro entendido en esos menesteres— el gauchito supo andar a caballo.

Más tarde era rara la vez que lo dejaba montar en él con fines de diversión, pues, sin proponérselo, lo maltrataba, tratándolo como a un bagual (4) y exigiéndole lo que el maltrecho caballito ya no podía dar.

Lo obligaban a que fuera al paso cuando debía buscar agua en la cachimba (5) y no le era permitido salir del tranco en las excursiones largas, consistentes en la con-

(1) Tientos: toscos y gruesos hilos hechos de cuero de potro

(2) Petizo del barril: caballo de pequeña alzada, que arrastra el barril en que se transporta el agua para beber, etc.

(3) Chupar: aspiración del aire en los labios semi-cerrados, para producir un sonido que incita a los caballos.

(4) Bagual: caballo brioso, arisco y vivaz.

(5) Cachimba: manantial; pozo de agua potable, surgente.

ducción de la ropa de los lavados de su madre a alguna casa de las inmediaciones.

El tata de Tico-tico, cuya ocupación principal era la de domador y que habitualmente andaba en potros y redomones, (1) no podía ir en los paseos junto a su gente y al petizo, como no puede acompañar una golondrina, rápida y nerviosa, a un pacífico y lerdo pato casero.

Tenía que dejarlos ir unas leguas adelante para luego alcanzarlos o bien, de un galope de su pingo brioso, salvar distancias y esperarlos en el destino.

Esos viajes calmos desesperaban al pequeñuelo, que ansiaba devorar a la carrera los caminos y a menudo andaba preguntando cuándo dispondría de esa libertad.

Su padre lo conformaba:

—Algún día ha de ser verano... Ya le llegará la hora.

El cargoseaba:

—¿Y cuándo llegará la hora,

—Pues un día de éstos, amigo, respondía paciente el tata, que rubricaba el diálogo con un oportuno refrán:

“No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague.”

(1) Redomón: potro que aún se está domando.

JUGUETES

Tico-tico no poseía juguetes de esos que se designan como tales.

No los conocía ni de vistas ni de oídas.

Como no sabía leer, tampoco se había enterado de que existían.

Por lo tanto no le importaban.

A sus mayores debía sucederles lo mismo.

No significaba eso que no le gustara jugar como a cualquier niño y es de imaginarse el asombro, el estupor que hubiera experimentado ante una locomotora de lata, una corneta, un mono o un elefante, animales exóticos y aparatos desconocidos, de cuya existencia no poseía la menor noción.

No por ello dejaba de entretenerse y de utilizar su imaginación y sutilar su ingenio para suplir con su fantasía lo que le faltaba.

Jugaba con piedritas, con palitos, con plumas y con los bichos que encontraba y que irremisiblemente se le morían —pichones de aves, insectos, reptiles— porque ignoraba de qué vivían, con qué se alimentaban o no contaba con nada para darles.

Imitando lo que veía habitualmente, tropeaba, pasándose las horas arreando ganado:

—¡Hopa! ¡Hopa! ¡Fora, toro! ¡Fa-fafá-fa!

Galopaba a lo largo del tropel de la hacienda o ya hacía sonar el cencerro musical de la yegua madrina, (1) que se adelantaba como un índice del desfile de animales.

O ya guiaba una carreta vieja y rechinante, conducida por cuatro yuntas de bueyes, que ostentaban nombres es-trafalarios:

—¡Pintado! ¡Patasucia! ¡Cangrejo! ¡Milico! ¡Pica-flor!

... Que repetía sin cesar, picaneando y animando unos huesos de caracú, (2) puestos en fila.

—¡Tira, buey! ¡Vamos!

De vez en vez, acampaba.

Desunía los bueyes, los soltaba, los llevaba a beber, y sin olvidarse de calzar el carromato con el "muchacho", (3) juntaba charamuscas, (4) hacía un fueguito para calentar la caldera de agua y tomaba mate, (5) mientras proseaba largo y tendido con otro carrero que le venía a la zaga.

Hablaban de la mercadería que conducían, de la próxima zafra, de cómo estaban de intransitables los caminos.

Dada su ascendencia se explicaba que uno de sus entretenimientos preferidos era el de imitar a su padre, simulando ser domador.

Trataba con los patrones, a quienes prometía que les iba a sacar pingos con la boca como una seda y de andar

(1) Yegua madrina: Caballo yeguarizo aleccionado para guiar una tropilla.

(2) Caracú: médula de los huesos. También se dice tuétano.

(3) Muchacho: palo que sirve de soporte trasero de las carretas.

(4) Charamuscas: briznas, ramitas, guías vegetales con que se enciende fuego.

(5) Mate; tomar mate: sorber la infusión caliente de las hojas tostadas y molidas del árbol llamado yerba mate (ilex paraguayensis).

sereno, como para llevar en la mano un vaso lleno de agua del cual no se iba a derramar una gota!

Sus domas eran prolijas, cuidadosas, pacientes, respondiendo a todas las exigencias de la bárbara lidia, que observaba y estudiaba minuciosamente, sin perder un detalle, cuando su tata trabajaba cerca, al alcance de su vista y su oído.

Redomoneaba, con todas las de la ley, varas elegidas, que sacaba del montón de leña montaraz, que en forma de cono o de parva conservaban para el consumo, y galopaba alrededor del rancho, escarseando y visitando vecinos imaginarios.

Lamentablemente con los nombres típicos de indumentos y arreos, que el domador usaba, utilizaba y manejaba con sus caballos semi-salvajes, el chico aprendía dichos, refranes y palabrotas terribles, que luego aplicaba a tuertas o derechas a sus "animales".

Sus inevitables ocios y su dilatada soledad lo volvían necesariamente caviloso, observador y reconcentrado. Y solo o acompañado alargaba silencios o se desbordaba en descosido prosear o en preguntador insaciable y sin tasa.

Dependía de las oportunidades.

A veces su madre lo llevaba con ella al lavadero que tenía en una enorme laguna formada por el arroyo.

El paraje era apartado, agreste e impresionante, alejado de todo ruido y movimiento.

El silencio estaba como esperando a quienes a él se allegaban.

Un senderito perdido entre las hierbas altas, llenas de flores amarillas y de perfumadas salvias azules, desembocaba en lo que por allí denominan un "puerto". Todo consistía en una angostura sombría entre las altas barrancas y una vegetación oscura y apretada, asomada sobre la quietud del remanso de un verde opaco, alternado por crespos lunares más claros de plantas acuáticas.

La mujer se arrodillaba sobre una tabla y lavaba y lavaba.

El niño repartía su tiempo según sus humores.

Con un mojarrero de elemental industria —una varita, un metro de hilo y un alfiler formando un gancho— pescaba. Pescaba inútiles pececitos plateados y transparentes.

Arrojaba piedras al agua para seguir los círculos de las ondas, que crecían y se repetían, moviendo apenas el lomo denso de la laguna.

Gritaba para seguir el eco, que por allá por el fondo del laberinto vegetal contestaba repetidamente con voz cada vez más tenue y desvanecida...

Con insistencias que terminaban por obtener respuestas, asediaba a su madre:

—¿Mamita, qué flor es esa colorada?

—Ceibo, mi hijo. Ese árbol tiene la madera blandita y liviana, que se vuelve casi inútil para todo.

—Por eso será que tiene las flores tan lindas.

—¿Qué pajarito es ése? ¿Dónde vive? ¿Qué come? ¿Canta?

La lavandera, que, dócil y dulcemente, dentro de su escasa o rudimentaria ciencia trataba de satisfacer el ansia de saber de su niño, le contestaba a veces sin mirarlo, golpeando o restregando su ropa, haciendo saltar espuma y volviendo tembloroso el oscuro cristal de las aguas que hamacaba en sus ondas el pintoresco paisaje.

—Esa florcita azul es la Santa Lucía. Tiene en el medio como un ojito de felpa amarilla, con una lágrima redonda y limpita, que es un gran remedio para la vista.

—Ese pajarito blanco es una viudita... Usted no ve como anda siempre sola... Sí, no es como las torcazas, que siempre vuelan en yunta, seguro porque tienen miedo.

—Ese arbolito medio espinoso, de flor blanca y crespita, que deja en la mano lindo olor, es el cedrón del monte, el garupá, bueno para el pecho.

—¿Y esto que parece una piola?

—Es una enredadera, el cipó, que es contra de las víboras.

—¿Contra? ¿Cómo contra?



—Sí, que las espanta, que las ahuyenta.

No muy diversas eran las lecciones del padre que, si bien algo le enseñaba de esa sabiduría popular, que el paisano ama, siente y tiene un inveterado gusto en difundir, no satisfacían sus explicables cuanto naturales deseos y necesidades de juego.

A veces en el bochorno de las siestas de verano, se dormía entre el pasto, bajo la fresca sombra de los árboles, en una hermandad o frecuentación primitiva con plantas y bichos, que no tenían para él ni espinas ni veneno, cual si lo consideraran un miembro de la gran familia de la naturaleza.

En realidad él no era otra cosa que aquello. La única diferencia comprobable consistía en que sin dejar de ser un animalito no menos débil que ellos, hablaba y disponía de unas manos hábiles y de una inteligencia que en una de esas le hacía la mala jugada de darle menos confianza, menos alegría y menos felicidad.

En otras oportunidades —pese a la resistencia de la madre— se bañaba.

Para él aquello era un juego, aunque fuera con el peligro.

Nunca le pasó nada inconveniente como si el agua tampoco quisiera ser su enemiga.

El sostenía que el arroyo era un pingo oscuro con crines de espuma y que, como él sabía el oficio del tata, lo domaba.

Así aprendió a nadar, a puro instinto, mientras su madre, un susto tras otro, estaba continuamente con el Jesús en la boca.

III

TICO - TICO DESEA OTRA COSA

Solo, horas y horas, el pequeño agotaba el repertorio de sus inocentes distracciones, sintiendo entonces la vaga ansia de algo que ni siquiera sabía explicar.

Los niños aprenden a divertirse con nada.

Pero, en general, necesitan compañía.

Dos chicuelos pueden pasarse el día jugando al veoveo", que consiste en elegir —por parte de uno— algo al alcance de la vista y que, con el solo indicio de la primera letra que lo designa, el compañero de juego debe adivinar.

—Veo - veo.

—¿Qué ves?

—Veo una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una cosa que empieza con...

El no conocía el abecedario. No sabía lo que era una letra. Vivía solo.

Pese a ello descubrió un juego nuevo. Inventó el "quiero ser", que se reducía a enumerar un oficio, una cualidad o una virtud de una persona, de un objeto, de un bichito, manifestando el deseo de imitarlo o emularlo. Pero sabía tan poco, ignoraba en tal forma el mundo, que prontito y cerquita no más, gastados los escasos recursos de sus cono-

cimientos, tenía que "pegar la vuelta" (1) al rancho y continuar siendo el Tico-tico de siempre.

Pasando en revista las cosas cercanas y familiares, decía:

—Quiero ser, quiero ser... quiero ser curandero, para curar a los enfermos.

—Quiero ser, quiero ser, quiero ser Comisario, para tener mando y gritarle a los milicos farfantonos, (2) que se creen mucho y se llevan todo por delante.

—Quiero ser, quiero ser, quiero ser pájaro, para volar bien alto sin cansarme.

—Quiero ser, quiero ser, quiero ser hormiga para pasearme con una hojita verde al hombro y acarrear palitos y flores.

—Quiero ser, quiero ser, quiero ser avispa, para hacerme un camoatí (3) negro, grande y gordo, lleno de miel.

—Quiero ser, quiero ser, quiero ser carrero... Quiero ser, quiero ser, quiero ser domador... Quiero ser, quiero ser, quiero ser el turco del carro, que vende de todo... Quiero ser, quiero ser, quiero ser!

—Quiero ser, quiero ser, quiero ser alambrado, para ser dueño del campo.

Esto último, el oficio de alambrado, le había gustado tanto; le parecía tan linda y tan importante, como sencilla y natural aquella función de tutelar, proteger y dominar todo lo que alcanzaba a percibir —prados, cuchillas, casas, cerros, monte, arroyo— que se enamoró de su propio deseo.

Un día, como para apreciar todo su alcance, resolvió averiguar hasta dónde iba el alambrado.

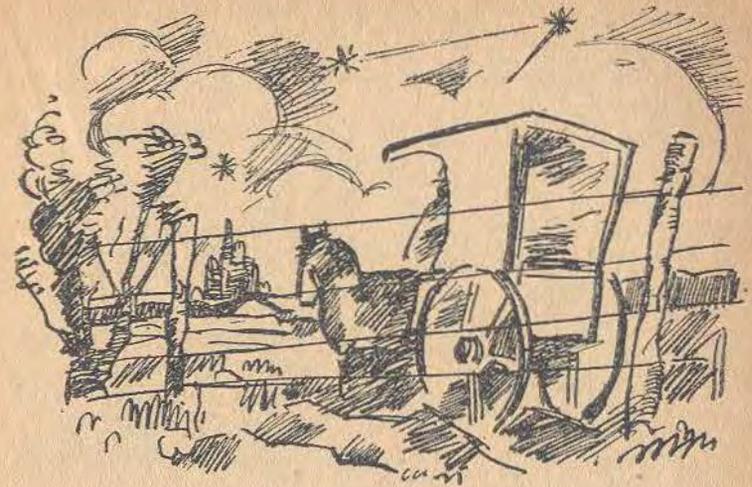
Bien temprano, llevado por su preocupación, empezó a caminar junto al monótono cerco interminable.

Caminó, caminó, caminó...

(1) Pegar la vuelta: regresar.

(2) Farfanton: arrogante, soberbio, prepotente.

(3) Camoatí: especie de colmena o avispero redondeado, que fabrican las avispas silvestres. Se dice gordo, cuando está lleno de miel.



Tras largas horas de marcha, se sintió cansado.

Viendo que aquello no tenía fin, se detuvo y al mirar para atrás no alcanzó a divisar su casa y le dió miedo.

Retrocedió asustado, corriendo mientras pudo, pero cada vez más admirado de lo que había descubierto.

Cuando a la tarde llegó el padre de vuelta de su trabajo, le descerrajó su ambición:

—Tata, yo quiero ser alambrado.

—¡Cómo! ¡Alambrado! ¿Qué es eso?!, se sorprendió el domador.

El explicó su juego y su preferencia.

—¡Ambicioso el gurí!, comentó, sonriendo, el padre y agregó, como ante un inesperado descubrimiento:

—¡Amigo, usted va a ser más poderoso y más rico que el estanciero más platudo que pueda existir! Y va a ser propietario para siempre, para toda la vida. Sí, porque el patrón puede perder el campo si le va mal en los negocios

o en una jugada o en algún pleito, pero el alambrado, no. El alambrado siempre se queda ahí, parado, día y noche y muy serio, cuidando lo que es de él!

—¡Eso es lo lindo!

—Hum... no tan lindo, amigo, apuntó el hombre una crítica.

—¿Por qué?

—Porqué ese individuo con tantas patas de palo y con esos seis brazos de alambre, largos y finitos, tiene un defecto y un pecado.

—¿Cuál, tata?

—El egoísmo, compañero. El alambrado es como un milico que ataja a la gente, gritándole:

—¡Epa! (1), ¡aquí no se entra! ¡Dé vuelta para atrás!

El alambrado, amigo don Tico-tico, tiene cara de pocos amigos. Usted galopa y galopa por su costado y él también galopa y galopa, atajándolo!

El niño quedó desconcertado; se ensimismó: aquello era cierto.

Se le ocurrió una idea salvadora:

—Pero es que yo voy a ser alambrado con portera, tata. Con una portera grandota que se va a abrir sola, como invitando: "Entren, entren, paisanos". "Pasen adelante". "Desensillen su caballo". "Sírvanse un mate". "Así se van preparando, que ya va a estar el "churrasco". (2)

—¡Paah! ¡Que había sido bueno ese alambrado! Así vale la pena ser propietario. Me ganó, amigo. Apúntese un tanto.

Don Alambrado, como en broma lo llamó unos días el padre, se agenció unas piolitas; cortó unos postecitos pa-rejos, los clavó a igual distancia y cercó media suerte de campo. (3)

(1) Epa: interjección criolla.

(2) Churrasco: carne asada a las brasas.

(3) Suerte de campo; suerte de estancia: extensión de campo de tres cuartos de legua.

A veces el pequeño se echaba de espaldas en la tierra y miraba el cielo. Al mediodía lo deslumbraba y le daba la ilusión óptica de ver llamaradas y resplandores luminosos por todas partes.

Le era más amable contemplarlo a la tardecita, cuando, luego de puesto el sol, de improviso, en el cielo puro, surgía la gracia de luz de Venus, ese bello astro al que los criollos conocen como el lucero de la tarde.

Entonces no estaba acostado en el suelo, que de pronto se ponía frío, sino sobre las rodillas de su padre.

El chico —acomodado en ese tierno y tibio amparo— apenas si tenía tiempo de percibir alguna estrella. No alcanzaba a relacionarse con la Cruz del Sur, con las Tres Marias o con las Siete Cabritas, porque éstas surgían cuando, inevitablemente, el sueño ya lo había desbarrancado en su oscuro seno.

Hasta ese instante llegaba a tener los ojos abiertos.

Hasta ese momento insistía:

—A ver, tata, sígame contando la historia del lucero.

Y el padre empezaba o reiniciaba una vaga historia un tanto confusa y embrollada, que no sabía bien si la inventaba o si la había oído en alguna rueda de fogón:

—Bueno, una vez había un gaucho muy presumido, que le gustaba tener las mejores prendas. Era trabajador y ganaba bien y se compraba puñal de cabo de plata y reloj con cadena y anillos y recado enchapado, que era un primor.

Como agarró una changa grande al encargarse de donar una tropilla de pingos de un estanciero rico, dijo: me voy a comprar un brillante grandote y lo voy a hacer engarzar en la horqueta (1) del pretal (2) de mi caballo oscuro, para que brille más que el sol.

Yo no sé si eso era mucha pretensión y lo hizo enojar

(1) Horqueta: conjunción de dos ramas en forma de Y griega y lo que a ello se asemeja. Se dice de la desembocadura de un río en otro.

(2) Pretal: arreo del caballo que, saliendo de las paletas se une en el pecho.

a Tata-Dios o si lo que luego le aconteció fué sólo una fechoría de cristianos (1). La cuestión fué que el gaucho consiguió lo que deseaba, pero un perdulario (2) lo asaltó una noche, lo mató y le robó la alhaja. Se la robó, pero tampoco pudo lucirla, pues cuando se la fué a poner a su mancarrón (3), el brillante se le voló del pretal y se fué al cielo y ahí está —es el lucero—, ahí está, como lección y ejemplo de la codicia de los hombres.

Cambiaba en otras oportunidades la historia y se volvía una larva de leyenda en que el lucero era un "solcito guri", que se estaba criando y que, como a él, algún día lo iban a mandar a la escuela, donde le enseñarían de todo, a leer y a escribir y a hacer cuentas y a ser soi grande.

Por suerte, como el hijo se le dormía en los brazos, el rústico poeta a la fuerza, se evitaba los apuros de la continuidad de su invención indecisa.

Tico-tico un día resolvió jugar con las nubes.

Ellas eran cerros —lindos cerros como el Picaso, el de la Virgen o el cerro Bonito—; o montes, donde cantaban los pájaros y las chicharras y zumbaban las avispas y los mangangaes, y volaban las mariposas de colores; o arroyos crecidos, que se hinchaban con la blanca espuma de jabón que su madre hacía cuando lavaba la ropa, o caballos y toros y vacas y terneros grandes, más grandotes que los que pastaban calmos en las interminables estancias.

¡Qué!

No pudo hacer nada.

Quería pararle rodeo (4) a las nubes y se le escapa-

(1) Cristianos: seres humanos; por oposición a indios, a los que se consideraba sin religión, diciéndoseles herejes, como en Martín Fierro, o infieles.

(2) Perdulario: bandido, perverso, asesino.

(3) Mancarrón: calificación despectiva de un caballo inferior. La palabra se ha transformado en un sustantivo.

(4) Rodeo; parar rodeo: acto de juntar el ganado vacuno, en general en una especie de gran círculo formado por los jinetes.

ban para todos lados, cambiaban de color; se le escabullian, se transformaban, desaparecían.

—¡Es un despatarro!, protestaba, repitiendo una frase del domador, cuyo significado no terminaba de entender, pero que se le ocurría muy adecuada para criticar despectivamente el desordenado proceder de aquellas paseandoras señoras del cielo.

* * *

Como desde su rancho no sólo se divisaba el monte, sino que se sentía algo del latir de su agreste vida silvana, él comenzó a distinguir el canto de los zorzales y las calandrias; los gritos de las gallinetas asustadizas; el parloteo de las cotorras voraces y el escándalo desaforado de los "pirús do mato" —las pavas del monte— que es proverbial que cuando alborotan, charlando ligero y en voz alta, anuncian lluvia.

Le eran familiares los terutereros; el reírse de los horneritos laboriosos y entendía muy bien el puí-puí-puí agudo de los "picapaus", los carpinteros inquietos, enjutos y rápidos, que andaban siempre encaramándose a los postes de los alambrados, con su ágil habilidad de trepadores.

Le hubiera agradado relacionarse con las aves, con los pájaros, pero éstos, por su inveterada desconfianza de eternos perseguidos o porque no lo entendían, no lo dejaban acercarse un tiro de piedra sin que le dieran juego a sus alas veloces.

¡Si él fuera como ellos!, cual lo deseaba en sus juegos del "quiero ser".

Sería extraordinario trasladarse en un vuelo de un lado a otro. Sostenerse junto a una flor como los colibríes; ser una saeta en el aire, igual a una golondrina; hendir el espacio como un halcón; planear en el éter allá bien arriba, como los cuervos negros o las águilas moras, que abrían el varillaje blanco de las plumas recias de sus enormes alas y giraban en grandes círculos o se mantenían, casi inmóvi-

les, cual si estuvieran suspendidas por invisibles hilos de lo más alto del cielo.

Deseaba todo aquello porque se sentía solo.

Porque necesitaba a alguien a su lado.

Reclamaba un compañero.

Alguien con quien comunicarse y entenderse.

Quizás también alguien a quien querer.

UN HERMANO

Interrumpiendo a su padre en una de sus repetidas leyendas sobre el lucero, cierto anochecer lo interrogó:

—¿Tata, usted no me puede traer el brillante?

—¿Qué brillante?

—El lucero, pues.

—Y cómo se lo voy a traer si habíamos quedado que está allá arriba por castigo.

—¿Y si le levantamos la penitencia?

—Es que la penitencia no es de él. El no cometió falta. La penitencia es de los hombres.

—¡Ah! De los grandes. Y por eso mismo... Como yo soy chico.

—La lección es para todos al barrer. También le toca a usted para que se acuerde de no ser nunca codicioso.

—Si es así... como es mucho pedir, entonces me conformaré.

—¿Y para qué lo quería?

—Para tener luz de noche en casa, que a veces no hay ni velas... Y para jugar. Usted ve. Usted ve que yo cazo bichitos de luz y se me mueren. Una estrella así, ha de aguantar más. No se morirá.

—Es razón. Pero yo no tengo tanto poder como para subir al cielo y traérsela.

No sabemos si él provocó tal conversación con el propósito de llegar a su fin, pero calló, estuvo un momento pensando y luego, como si resolviese transar, propuso:

—Y bueno, entonces, ¿por qué usted no me trae un hermanito?

—¡Un hermanito!

—Sí, un guricito como yo. ¡Asicito mismo! De bombacha y de camisa. Aunque sea de pata en el suelo. Que converse y que camine y que se ría...

—¿Y que juegue?

—Eso es: que juegue...

Y, como para hacerlo más real y verosímil, agregó:

—Y también que coma.

—¡Que coma!

El padre, ante tal probabilidad cambió su actitud bromista y en gesto grave y serio, interrumpió y cambió el hilo del discurso:

—¿Que coma? ¡Nó! ¡Nó! ¡Nó! ¡Mire, mi hijo que ya somos muchos para comer!

—¡Muchos!

—Sí. Su madre, usted y yo. Tres.

—Tres. Es verdad. Como usted me enseñó. Uno, dos, tres... Es verdad.

Y de su puñito cerrado iba separando el pulgar, el índice, el mayor, pues no podía contar sin valerse y ayudarse de los dedos.

El domador remató la incidencia, afirmando:

—Sí. Somos bastantazos. Aquí ya no cabe ni un perro.

Y como se quedó callado y meditando, Tico-tico, instantivamente, como para corregir el exceso y la exageración de su caprichosa solicitud, la modificó:

—Bueno, tata, tráigame entonces un mocosito que no coma.

Y completó:



—Aunque sea apunadito (1) y flaco el pobrecito. Yo alguna cosa le podré dar. De lo mío, sabe... Y en una de esas hasta le enseñó a comer yuyos y raíces, como los bichos.

—Apunado, flaquito, enteco, masculló en ininteligible suspiro el padre contemplando a su retoño que, sobre sus piernas, pesaba como una guitarra.

Contestó todavía:

—Que yo sepa, muchachitos que no coman no hay.

—¿Por qué?

—Se mueren, mi hijo.

—¡Ah!

Entre las brumas del sueño, que le apagaban la lucidez y le deshilachaban las palabras, Tico-tico alcanzó a proyectar:

—¡Un hermanito! ¡Un compañero! Sería muy lindo tener uno, así con figura de gente... Pero si no me lo

(1) Apunado: raquítico, enclenque, pálido. La expresión deriva de la "puna", forma de fiebre, enfermedad producida por la baja presión de las alturas.

pueden traer, habrá que tener paciencia. Y si no, si yo me puedo remediar, quién le dice que en una de esas yo mismo no me lo pueda hacer!

En medio de su tristeza y su amargura, al domador le dió risa la agachada (1), del guricito y le preguntó, so-carrón:

—¿Y de qué va a hacer a su hermano, mi hijo?

Tico-tico no le pudo contestar.

Estaba dormido.

Quizás soñaba con su futuro amigo.

Cosa que hacía raras veces, el paisano, que esconde en su virilidad hirsuta su ternura, lo besó mientras lo alzaba y, con sus brazos hercúleos, lo condujo a acostarlo en la hamaca colgante de un cuero de ternero, suspendido en las tijeras (2) de tacuaras (3) del techo del rancho.

Lo contempló en su tranquilo sueño.

Sin resolverse a irse, lo observó largo rato, cual si no pudiese eludir su atracción.

Parecía sentir la necesidad de cuidarlo, de protegerlo.

Evocando su propia vida, llena de peripecias y de vicisitudes, pensó en el futuro del pequeñuelo.

¿Qué porvenir podía darle?

Ignorancia, trabajo, pobreza.

—¡Inocente!

Luego su tristeza se coloreó de ilusión.

—Al fin, igual puede ser feliz.

(1) Agachada: ocurrencia imprevista; humorada oportuna; resolución inusitada.

(2) Tijeras: soportes perpendiculares del armazón de un techo de rancho.

(3) Tacuaras: cañas silvestres, resistentes, semejantes al bambú, que se utilizan en las construcciones, en lugar de alfajías y tirantes de madera.

Confió más:

—Despierto es el muchacho.

Luego reflexionó:

—Y novelero, ¡eh! ¡Novelero el gaucho! ¡Mire lo que se le fué a ocurrir! ¿Pero de dónde le saldrán estas pinturas- (1)

(1) Pinturas: fantasías. Se dice de un joven atildado: mocito pintor.

EL ESCULTOR

A unas cuadras del rancho de nuestro amigo, en una loma, entre unos paraísos raquíuticos, se levantaba otra población no mucho mejor que la de nuestros conocidos —barro, tacuaras y paja brava— que era residencia de un matrimonio viejo, puesteros (1) de una estancia cercana.

Como allí disponían de dos vacas lecheras y les sobraba leche, Tico-tico, a quien los vecinos querían mucho, se había vuelto su cotidiano e infaltable cliente.

Dado que se levantaba temprano —costumbre inveterada en su reducida familia— no había aún aparecido el sol cuando se descolgaba de su cama aérea.

Aunque fuera un poco como lo hacen los gatos, se lavaba la cara, hábito que le habían enseñado desde chiquito; saludaba a sus padres, que ya andaban a las vueltas con el mate y ya, munido de un baldecito, confeccionado con una lata de aceite y un asa de alambre, se iba a procurar su desayuno...

Si lo acicateaba alguna urgencia para llegar a destino

(1) Puesteros, ocupantes de un puesto. Puesto: Pequeña casa habitación, casi siempre muy pobre, en la que reside un empleado que tiene a su cargo la vigilancia de una fracción de campo en una gran estancia o latifundio.

—hambre o frío— no tenía ninguna para regresar y más si encontraba algo importante que lo distrajera.

Además, como volvía con la pancita llena, pues al apoyo, la leche recién ordeñada que bebía, nunca dejaba de agregarse algún trozo de pan casero o algún bizcochito, el excursionista se entretenía hasta más de la cuenta.

Descontada su prestación de ayuda, consistente en el soltar los terneros, repuntar las vacas o darse un galope hasta el almacén a hacer algún mandado, siempre andaba mirando, observando, escudriñándolo todo en incontenible curiosidad, pero jamás abriendo la boca o papando moscas.

Según él, siempre andaba atareado.

En conclusión era verdad.

Y ya juntase silvestres frutitas comestibles como el arazá, de ácido sabor o los huevitos de gallo, dulzones y acuosos o identificase el turubí, el manrubio, la marcela o cualquier otra hierba medicinal o buscase en las rocas parecido físico con seres o animales de su conocimiento, aprovechaba sus horas en experiencias y aprendizajes, que su única escuela, la naturaleza, le ofrecía.

Tal rudimentaria ciencia lo iba madurando lenta, invisiblemente, como lo hace el tiempo con las frutas y le enseñaba que la piel seca que ha mudado la víbora cura el dolor de cabeza; que para apoderarse de un tatú que se está haciendo rápidamente una cueva para huir, es necesario tomarlo por la cola y pincharlo en cierto sitio vulnerable; que los teros pichones no huyen, sino que se inmovilizan para que los confundan con una piedra gris o un terrón de tierra o que a la aruera (1) hay que saludarla al revés y muy cortésmente, para evitar su maieficio.

Cierta mañanita descubrió algo interesantísimo.

El día antes había llovido.

(1) Aruera: guaribay bravo: árbol autóctono sobre el cual se ha creado una leyenda (referida) que reza que quien no la saluda como se indica es castigado con un envenenamiento que produce fiebre e hinchazón.

Notó que los horneros —a quienes por allí algunos también llamaban barreritos— revoloteaban, se hacían ruidosas e insistentes preguntas, se contestaban entre carcajadas, armando una alegre algarabía, más estrepitosa que de costumbre.

Algo raro les sucedía.

Indudablemente se traían un asunto muy importante entre picos, alas y patas.

Colocó con precaución, en sitio seguro, el baldecito de leche, para que no se le fuera a volcar y comenzó a seguir con la vista sus vuelos, sus idas y venidas.

Había allí unos viejos sauces y entre ellos uno seco, al cual lo habían despojado de sus ramas principales.

Solo se erguía el añoso y reseco tronco, que semejava un enorme poste, el esquinero de un alambrado gigantesco.

En él agitaba frenéticamente las alas y desgranaba su clamoreo alocado una de las aves referidas, otra la imitaba desde otro árbol y ambas, en vuelos fugaces hacia uno de los remansos de la cañada (1), se detenían en ésta unos segundos, para regresar velozmente al punto de partida.

¿A qué obedecía tal repetida maniobra?

Se acercó al diminuto y precario curso de agua.

Las avecitas llegaban a su borde y elegían sin titubear un puñadito de barro, lo golpeaban en el suelo con su pico, como amasándolo y se marchaban con presteza hacia el sitio ya elegido de antemano, volviendo de inmediato a repetir la operación.

Siguiendo a las aves, rehizo el camino.

Sobre los troncos, el material transportado iba adquiriendo una forma.

Comprendió.

El pájaro arquitecto estaba construyendo su casa.

Estaba levantando uno de esos hermosos y prolijos nidos que parecen un hornito y que, seguramente, les habían

(1) Cañada: cauce entre dos terrenos más altos, por el cual circula un exiguo curso de agua.

dado el nombre, que ellos usaban quizá con tanto orgullo como propiedad.

El ya sabía que la residencia del hornero estaba perfectamente hecha, con su entradita techada y su dormitorio cerrado, donde los pichones estarían calentitos y bien cubiertos, preservados de los rigores del sol, del viento y de la lluvia.

No le eran desconocidas esas redondas casitas, pero jamás se le había ocurrido que las fabricaran sus propios dueños.

Apreció que eran una maravilla.

Pero consideró aún más maravilloso el trabajo de sus constructores.

¿Quién se lo habría enseñado?

Lo habrían aprendido solos...

Era una suerte y una fortuna tal habilidad, pero era mayor la suya al hallar entre ellos sus maestros.

Porque se resolvía imitarlos pensando que si un pájaro fabricaba su rancho, ¿cómo no iba a poder él construir el suyo?

Bueno, casa tenía.

No la necesitaba.

Pero la industria y el material descubiertos le servirían para otros usos.

Eso es, realizaría otras cosas.

Haría carretas, hombrecitos, reptiles, pájaros.

Y, lo más importante, lo que anhelaba y precisaba: un camarada, un compañero, un amigo. ¡El hermano que le había reclamado al tata!

Realizaría algo que iba a empezar en juguete —¡su primer juguete!— y que ya en su ternura, lo sentía como un vivo y sensible semejante suyo.

El hornero le había hecho un regalo.

Le había traído un mensaje de arte y de vida.

Le había ofrecido la materia con la cual realizar su aspiración y su sueño.



Lo haría de barro como en las leyendas, como en las viejas y hermosas historias.

—¡Me va a salir macanudo! (1) confió.

Su compañero le iba a salir muy bien.

¡Pero muy bien!

—Además —sonrió— cualquier defecto se subsanará haciéndoles una consulta, pidiéndoles una manita a los pájaros.

No marcó el sitio donde las aves preparaban su argamasa mágica, porque no lo iba a olvidar.

Tomó su olvidada latita de leche y corrió hacia su rancho lo más ligero que le permitieron sus piernas, exponiéndose a volcar parte del alimenticio líquido, que otras veces conducía con sumo cuidado.

(1) Macanudo: americanismo rioplatense; adjetivo superlativo, que significa excelente, notable, extraordinario.

Es que ahora, con el extraordinario descubrimiento, iba como alucinado.

Conversó con su madre al respecto, sin que ésta entendiera una palabra de todo su —para ella— embrollado discurso.

¡Muchachito loco aquél!

¡Qué extravagancias, absurdos y disparates se le ocurrían!

Ella lo hubiera querido quieto, tranquilo, obediente, manso, con una especie de pachorra, que a ella le era habitual; con un amor celoso por lo que caía dentro de su círculo afectivo: marido, hijo, rancho... Con una precisa e invariable regularidad de funciones a la que había ajustado su existencia. Trabajar, comer, dormir, y eso mismo cuando se pudiera o lo determinaran las circunstancias. Todo aceptado humildemente, sin posible examen, sin discusión, en una actitud resignada y fatalista de cosa inerte o de ser o animalito de la naturaleza.

¡Muchachito ideoso aquél!

¡Qué antojo de tener un hermano!

¡Qué capricho!

¡Y especialmente qué entrevero con bichos y pájaros y cerros y árboles y cosas, porque el gurí decía que iba a hacer de todo!

Por no defraudarlo, por no desencantarlo, por no quitarle su linda ilusión candorosa, la paisana fingió que se interesaba por el proyecto y hasta intentó animarlo.

—En una de esas quién te dice...

—Voy a hacer primero caballos, ovejas, vacas, toros.

—¿Y después?

—Cuando aprenda el oficio de los pájaros...

—¿De qué pájaros?

—De los barreritos.

—¡Ah!

—Cuando sepa, hago el hombre.

—¿Qué hombre?

—El gaucho. ¡Un gaucho!

—¡Un gaucho!

—Sí. Un gaucho entero.

—¿Y de qué es que lo vas a hacer?

—¿De qué? De lo que hacen los horneros sus nidos, pues, de barro.

Como un eco, la mujer repitió:

—De barro...

Y automáticamente, como por una inveterada costumbre de decir algo, sin interrumpir sus quehaceres domésticos, sin siquiera apreciar el valor y el significado de la frase, sentenció, proverbial:

—De menos nos hizo Dios.

UNAS LAGRIMAS

Tico-tico, encendido de entusiasmo, empezó a acarrear barro hacia un rincón de su casa. Como se le reseca y endurecía agrietándosele —quizás porque lo colocaba cerca del fogón— llenó de agua la lustrosa guampa de borde adornado de plata, que su padre llevaba consigo cuando tropeaba o realizaba un largo viaje.

Lo humedecía mientras amontonaba y amontonaba material, y como no tomaba precaución alguna en su manejo, se fué poniendo a la miseria manos y cara, bombacha y camisa.

Esto duró hasta que su hacendosa madre —olvidada de que en un momento de cariñosa tolerancia, le había dado carta blanca y hasta estimulado su juego— descubriendo su arteria (1) y su travesura, puso el grito en el cielo:

—¡Pero este bandido me va a sacar canas verdes! ¡Mire cómo se ha puesto el chancho! ¡Pero si ni hecho de gusto! ¡Deslómese una para tenerlo cuidadito y ascado y él a emporcarse como si se hubiese revolcado en un chiquero.

(1) Arteria: picardía, travesura, consciente acto reprobable; de malas artes.

—Ya va dejando todo ese matete (1) y ligerito se me va a lavar como un espejo, si no quiere que le cuente a su padre y me le haga dar una buena soba de lazo. Una soba que le saque las lonjas para escarmiento!

—Pero, mama, adujo él: ¿usted no sabe lo que estoy haciendo? Yo le expliqué clarito, mama, lo que era este amasijo.

—¿Qué? ¿Vas a hacer torta fritas de barro, chiquilín?

—No, señora. No es juguete así... Primero voy a hacer unos animalitos, unos bichitos... que me van a salir muy lindos...

—Hum...

La mujer —un poco trascordada— prestó atención.

El ya se ilusionó que tenía la causa ganada y empezó a abundar en detalles:

—Mire, cuanto me haga la mano, fabrico lo otro.

—¿Qué otro?

—Un muchachito, un chiquilín, pues... para tener un hermano y como quien dice un compañero mío... que viva, sabe... Que viva...

Y como ya tenía la experiencia de la conversación con el tata, para atenuar o disipar el temor que pudiera suscitar el inesperado huésped, agregó:

—Que viva, sabe... pero que no coma, ¿no?

En la mentalidad simple de la paisana aquello tomó carácter de despropósito y terminó por reaccionar:

—¡Pero tú estás ido, (2) muchacho! ¡No estás en tu sano juicio! ¡Lo que va a ardiliar! (3). ¿Dónde has visto que se haga gente de barro? Yo creí que andabas en un juguete y te me vienes a descolgar con una herejía! ¡Hacer gente de barro!

—¡Herejía, mama!, repitió él, dándole a la palabra



significado de crimen horrendo, de acuerdo con la sorpresa y el espanto reflejados en el rostro de la mujer.

—¡Herejías o cosa por el estilo!, insistió ella. Que nunca se ha visto en el mundo ni he oído hablar yo desde que me conozco de semejantes disparates.

Y, enérgica, cortó por lo sano:

—Ya puedes ir dejando esas diabluras y que yo nunca más oiga hablar de eso. Y en menos que canta un gallo te vas a lavar o me vas a obligar a que te castigue.

No necesitaba tanto el niño para obedecer.

Ahogado por una honda pena fué arrinconando el precioso material en un ángulo del rancho y sin poder evitar el llanto, que fué lo más contenido y silencioso posible, mezcló con el barro sus primeras lágrimas de dolor, la primera angustia, la primera tristeza provocadas por la ajena incompreensión.

Yo le tengo que contar a mi tata.
Yo le voy a contar todo.

(1) Matete: lodo batido, se dice de las calles de barro, después de las lluvias.

(2) Ido: mal de la cabeza; loco; trastornado.

(3) Ardiliar: de ardid; hacer travesuras.

Vamos a prosear mano a mano, como amigos, a su decir.

Hondos suspiros le ahogaban el lloriqueo.

Luego cambiaba de idea:

—Bah, mejor es que me calle. Mi tata en una de esas piensa lo mismo que mi mama y ninguno me deja hacer nada. ¡Qué desgracia!

Desmesuraba el conflicto y la importancia del suceso.

—¡Qué desgracia! Uno no hace ningún mal con eso. Pero ellos son así y ellos mandan y uno qué va a hacer! ¡Qué desgracia!

Cuando uno conversa y les pregunta, ellos contestan que sí, que cómo nó, y después le salen con esto. Después, ¡ya se ve!

El hombre —según él mismo me ha enseñado— tiene que tener palabra. Para eso es hombre. La mujer, no sé, porque nunca dicen: la mujer tiene que tener palabra... Pero tendrá que ser lo mismo, ¿no es?

Y volvía a llorar, desconsolado.

* * *

Entre sus sollozos pensaba en su no abandonado proyecto.

Era necesario llevarlo a cabo fuera de su casa y de la vista y vigilancia de los suyos.

Miró a su alrededor en busca de un reparo

Fué a estudiar las "grotas" —desordenada aglomeración de enormes piedras, entre las cuales arraigaban malezas, higuerones y talas—, y en una de ellas encontró una pequeña caverna, que parecía construída de encargo para sus fines.

El sitio era reducido y estrecho, pero ofrecía suficiente espacio y hasta una discreta luz, como para permitirle trabajar en ella.

Lo declaró su taller.

Y hacia allí, en secreto, con toda clase de precauciones, condujo, en definitiva, el material.

Cuando se encontró solo, frente al montón de barro, lo volvió a dominar su ansia de creación, su impulso laborioso y, sin perder tiempo, comenzó a modelar una figura informe y tosca, que no terminaba nunca de definirse.

La construía, la destruía, la volvía a hacer.

Repetía las pruebas.

La miraba por todos lados.

Insistía.

A momentos, no sabemos si dándose cuenta de sus escasas y débiles fuerzas y de su explicable falta de capacidad o porque no le había dedicado suficiente llanto a su reciente dolor, volvía a llorar.

Gimoteaba, pero no cejaba.

Sus manos iban y venían con testarudez incansable.

Volvía a llorar, pero no como un vencido, sino hallando alientos que, a través de sus lágrimas, como tras un cristal maravilloso, veía delinear, tomar formas y vida a su sueño.

De pronto le llegó el recuerdo de su madre, de su enojo y sus amenazas.

Se miró las manos negras de tierra, las ropas salpicadas de fango y, angustiado, temeroso, abandonó su labor y fué, de nuevo, a lavarse cuidadosamente.

La buena mujer se olvidó del suceso, al que no le dió importancia ni trascendencia.

Llegó el padre de su trabajo.

Cenaron algo, "pellizcaron", como ellos decían.

Como si el día al irse hubiera resuelto pasar por adentro del rancho, en un fugaz instante, éste se iluminó con la llamarada dorada del sol, que se marchó de prisa, dejándole sitio al lucero. Brilló éste, entonces, en el cielo verdiazul, que fué palideciendo en una dulzura cuyo contagio suavizó todas las cosas.

Parecía que iban a nacer solas las leyendas.

El domador se acomodó en su banquito de ceibo.
Acunó a su niño.

Y cuando quiso preguntarle cómo se había portado y qué había sido de su proyecto de fabricar su camarada, el pequeñuelo —luego de tanto ajeteo— se había quedado dormido.

Dormía, pero, cosa curiosa, en las pestañas de sus ojos claros había una lágrima, ¡como una gota de rocío sobre una flor!

VII

LA CREACION

Soñó nuestro minúsculo amigo que lo hamacaban suavemente en su cuero y que una voz dulce le cantaba el arroró, como cuando era chiquito.

Después le pareció que abría los ojos para saber quién lo acunaba y lo arrullaba y se encontró con un personaje que de primera intención le resultó desconocido.

Era un anciano negro, alto y grande, que le sonreía.

Su corpulencia llenaba el rancho y no se explicaba cómo había podido entrar en él.

Como correspondía, lo saludó:

—Buen día, señor.

—Buen día, querido, le contestó el gigante con una voz sonora y fuerte, pero paternalmente tierna.

Luego le preguntó:

—¿Tú pensaste en mí? ¿Me buscabas? ¿Me llamaste?

Como él no recordaba que hubiera tenido tal intención, calló.

El visitante, agregó con franqueza:

—Aquí me tienes, pues. Vengo a ponerme a tus órdenes y a tu disposición. Con entera confianza, sabes.

El niño volvió a observarlo detenidamente, pensando:

—A mí me parece que a este señor yo lo conozco, que lo he visto en alguna parte.

Y creyó descubrir que su visitante estaba hecho de barro.

Le observó el color de sus grandes manos, de su cara ancha y simpática, de sus brazos robustos, de su cuello de toro.

Notó que su cabello abundante y sus cejas espesas y su barba fluente y poblada, tenían la exuberancia apretada y desordenada del pasto. Creyó descubrir en ellos un leve movimiento, cual si los recorriera una juguetona brisa y percibió un agradable olor de yuyos húmedos —de toronjil, de hierba buena, de menta... Identificó alguna diminuta flor, la palpitación de las alas de una mariposa, el apagado ritmo del canto de un pequeño grillo.

¿Ese señor no sería la tierra? ¿No sería el barro?

Seguro que era el Dios del barro.

¿Y qué venía a hacer?

¿Vendría sólo a conocerlo y a cantarle y a hacerlo dormir con su musical voz de agua que corre y de viento que vuela?

No.

Traía otra misión.

El mismo terminó por hacérselo saber, ofreciéndosele, poniéndose a su entera disposición.

Le hizo señas para que se acercara; quería hablarle al oído para que sus papás no fuesen a sentirlo.

El aprovechó para consultarlo, en secreto:

—Dígame, señor, ¿le parece que yo puedo hacer el gaucho?

—Naturalmente que puedes. Además yo te ayudaré. Te daré instrucciones y consejos. Entiendo mucho de estas cosas.

—Como los horneros.

—Esos caballeritos son hijos míos. Yo les enseñé el oficio.

—Muy bien. Es una suerte que haya venido. Y esto, hacer lo que yo deseo, ¿a usted le parece malo, señor?

—No, hijo. Es inofensivo. Además tú no lo haces con mala intención.

—¿Y entonces cómo es que mi mamá se enoja tanto?

—Se fastidiará porque te ensucias. De ninguna manera porque construyas tu muñeco. Al contrario, ella se alegra o se alegrará ante tu obra, como la planta cuando siente y ve que le nace una flor. Y estará contenta de que te diviertas y de que poseas un juguete.

—¡Un juguete!, reflexionó él, y como opinaba diversamente, rectificó al Dios:

—Un juguete no. Porque no es eso lo que busco. Lo que yo procuro es un hermano, un compañero, un amigo.

—Será lo que tú quieras. Y, como todas las cosas, se volverá realidad si trabajas y si trabajas con amor y confianza.

—Sí, señor, trabajaré.

—Lo que te recomiendo es que trates de no ensuciar-te. Sabes, para no disgustar a tu mamita.

—Muy bien. Lo haré con cuidado. Le prometió él con toda seriedad.

Y como el gigante negro resolvió irse y al marcharse le estrechó largamente la mano, él se miró la suya para ver si se le había ensuciado.

Y la tenía limpia.

Cuando los rayos del sol se metieron curiosos por los intersticios del rancho y los cantos de los pájaros matinales los siguieron, despertándolo con el regalo de su música, saltó de su cuero movedido, se lavó en un santiamén, saludó a sus padres y tomó la latita de traer la leche.

Antes de irse cruzó por la caverna donde había almacenado su material y le dió un vistazo.

En la semioscuridad le pareció descubrir al Dios de su sueño, que estaba allí haciendo guardia.

Lo esperaba.

Por las dudas y en la creencia de que lo oíría, exclamó, cumplido:



—¡Gracias!

Y antes de volar hacia el puesto, prometió:

—En seguidita vuelvo.

Regresó lo más pronto que pudo y no pasaron muchos minutos cuando ya se embebía ante la obra de sus maestros los horneros, que ya habían levantado cuatro dedos de los muros de sus respectivos palacios.

No bien dejó la leche en su casa, Tico-tico se restituyó al improvisado taller, su rostro se iluminó con una dichosa sonrisa a la vista del barro y ya hundió en él sus manos, con un desconocido placer.

Había descubierto el más hermoso y el más precioso de los juegos.

Alzó y dejó caer puñados de blanda y dócil tierra maleable.

Se sentía alegre como nunca.

Tenía ganas de reír y cantar.

Cuando retiró las manos de la masa oscura y que le parecía caliente y se las vió totalmente negras, instintivamente se las fué a limpiar en la bombacha, pero no llegó a hacerlo porque recordó las anteriores incidencias.

No tenía que disgustar a la madre.

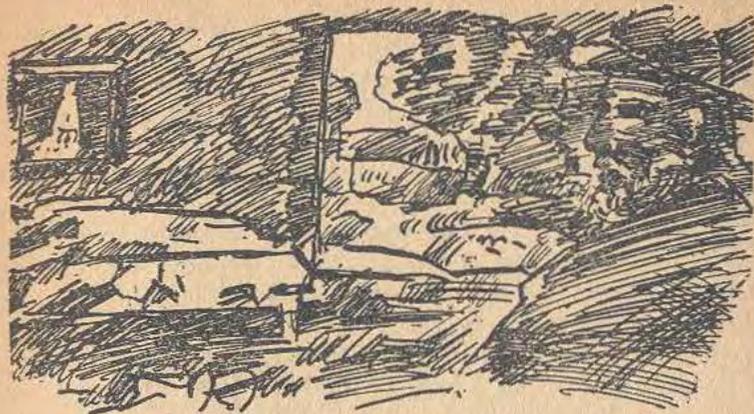
Se fué a lavar y luego trajo una gran lata de agua para corregir las inevitables manchas.

Las precauciones siempre iban a ser pocas, así que, para más seguridad, resolvió quitarse sus prendas de vestir y las arrojó lejos, considerando que desnudo iba a poder trabajar más libremente.

Comenzó a amasar y amasar el bloque de tierra mojada, mojada hasta con la levadura de sus lágrimas y terminó por pararlo como un mojon en medio de la pequeña caverna.

Constató que carecía de herramientas.

Sus manos, sus dedos, por hábiles que fueran, no le serían suficientes para algunos delicados detalles.



¿Iría a buscar el cuchillo y la azeña de su padre; la tijera y alguna aguja de su madre?

¿Y si éstos lo descubrían y se enojaban?

—De alguna manera nos vamos a arreglar, se conformaba.

Salió al campo en búsqueda de lo que necesitaba y halló unos palitos, un pedazo de alambre, un hueso de costilla de oveja.

Tales instrumentos eran providenciales.

Se iban a prestar para todas las exigencias de su oficio.

Volvió contento a su taller.

—¡Ahora sí!

Oyó repetir. Oyó bien clarito:

—¡Ahora sí!

¿Habría un eco en la concavidad de aquella cueva natural o alguien jugaba a imitarlo?

Era lo mismo. No lo preocupaba mayormente. Pero la misteriosa aprobación le dió más seguridad y confianza.

Se entregó apasionadamente, con ardor y decisión a la tarea.

Colocaba barro, sacaba, restituía, ahuecaba, rellenaba y el bloque informe comenzaba a transformarse, si no en una estatua, en una especie de monigote, que recordaba vagamente la silueta de una persona, como él la veía en su imaginación.

El cuerpo era pesado, robusto; la cabeza redonda, tosca; carecía de miembros.

Era un extraño ser que nacía lenta, dolorosamente.

Porque él luchaba y sufría, consiguiendo mucho menos de lo que aspiraba.

Buscando la forma de que se asemejase más a un hombre, le fabricó un rústico y deformado sombrero, de esos a los cuales llaman de punta de corazón y se lo colocó.

Como el adminículo le proyectó un poco de sombra sobre la frente, parecía que en ella se ocultaban los ojos y que éstos, escondidos, miraban.

Con el pulgar, levemente, él los hundió un tanto, les dió relieve.

Tuvo la sensación de que el muñeco lo miraba.

¡Era la vida!

En tal actitud, ésta nacía y empezaba.

Surgía también una cosa grave: tras la mirada, vendría la vigilancia.

No la temía.

Mejor.

Quizás hasta lo ayudase.

—Ponme esto; ponme aquello; no me hagas los brazos tan largos ni los dedos tan cortos.

Reguló un brazo, luego el otro. Se esmeró con las manos.

Como los hacía por separado, cuando se los fué a colocar, se le caían.

Tuvo que clavárselos con unos palitos.

De pronto sintió una cordial opresión sobre la espalda, una mano afectuosa le estrechaba la suya.

La miró extraño.

¡Era negra!

Se le detuvo hasta la respiración.

¿Cómo? ¡Ya! ¿Acaso su muñeco empezaba —por su cuenta— a hacer lo que quería?

Una conocida voz recia lo felicitaba:

—¡Eres un maestro! ¡Va muy linda la cosa!

El rudimentario escultor volvió la cabeza.

¿Sería el tata?

¿Su madre?

La lavandera estaba en el arroyo, en su oficio.

El padre, con su habitual tarea, andaba domando sus potros.

El estaba tan embebido en su obra, que no pensó en más nadie.

Por suerte una frescura de campos, de yuyos húmedos bienolientes, un aliento de brisa tibia, lo envolvió como en una ola de caricias.

Comprendió; adivinó:

Era el Dios del barro, que vigilaba y lo ayudaba.

¿Quién sabe en qué trabajos andaba, que no podía venir, pero, recordándolo, había mandado a su voz y a sus manos en tierno mensaje estimulante.

* * *

Poseído por una fiebre de inspiración, trabajó ardorosa, entusiastamente, hasta el extremo de quedar rendido. Menos mal que atinó a recoger su ropita y a irse y a encaramarse, como un sonámbulo, en su cuero colgante. En caso contrario se hubiese dormido allí mismo, tan cansado estaba.

Cuando regresó a “las casas” su madre, lo besó a oscuras.

El tata, que esa tarde, ensayando algún nuevo cuento sobre el lucero, no había podido acunarlo en sus rodillas,

lo quiso ver dormido y encendió un fósforo, para descubrir con sorpresa:

—¡Güe! (1) ¡El gurí se me ha vuelto negrito!

Es que estaba cubierto de barro.

Pero, entre sueños, sonreía.

El domador lo cubrió amorosamente con el ponchito moro, reservándose el descubrimiento, convencido de que el muchachito se había andado revolcando en la cañada.

(1) Güe: interjección, casi siempre de asombro o que finge tal sensación, muy usada antiguamente en el norte del Uruguay.

VIII

LA OBRA SE COMPLETA

Como Tico-tico no necesitaba que lo despertasen y era por costumbre madrugador, con las primeras luces del alba abrió los ojos, que se desmesuraron de asombro ante sus manos negras.

Supuso que en la noche el Dios del barro lo habría venido a saludar y seguro le había manchado las suyas con sus manoplas oscuras.

Hizo un esfuerzo para precisar sus recuerdos.

Y entonces consiguió reconstruirlos.

Su trabajo construyendo el muñeco; las manos que lo animaron; la voz paternal, que le daba coraje; su regreso cuando se sintió extenuado y muerto de sueño.

Comprendió que lo que tenían sus manos y hasta su cuerpo, era barro.

Parecía cubierto de polvo de carbón.

Saltó al suelo y corrió a lavarse de pies a cabeza, que buena falta le hacía, evitándose al mismo tiempo, con tal medida, la probabilidad de una severa reprimenda maternal o algo peor.

Luego cumplió sus habituales obligaciones: saludos; viaje al puesto, conducción del baldecito de leche, previo

un vistazo a los arquitectos horneros que tenían su construcción muy adelantada.

Y ya tomó el camino de su taller.

Se había resecaado un poco su tosca estatua.

La mojó.

Observó que no tenía piernas ni pies, pero aquello lo dejaría para más adelante, pues aún no había resuelto si lo haría andar a pie o a caballo o ambas cosas a la vez.

Ahora tenía que pensar en la cabeza, que era, posiblemente, lo más importante y lo más difícil del personaje.

La inexpresiva cara del monigote era chata y lisa.

Carecía de muchos detalles y de todos los rasgos.

No tenía ojos, boca, nariz, orejas.

Ni veía ni oía ni hablaba ni respiraba.

Le faltaba todo.

Para completarle los ojos tenía que procurarse dos piedritas iguales. Además convenía que fueran redondas y lustrosas.

Salió a buscarlas.

Hallaba muchas, pero inconvenientes. Casi todas eran opacas y otras no servían, por sus colores amarillos, rojos, pardos, grises, o por sus formas y sus tamaños.

Por fin dió con una, hermosísima, verde, reluciente.

Brillaba como una animada pupila.

Le redondeó con precisión una de las órbitas que ya le había hecho, limpió con saliva la piedrita de la referencia y se la colocó.

La consecuencia inmediata fué la de volver tuerto al monigote, que parece que lo miraba con tristeza, reprochándole:

—¡Me estás volviendo un fenómeno! ¡No me vayas a dejar así!

—No, hermano, le contestó él, conteniendo la risa a duras penas.

Luego se llenó de lástima.



Salió otra vez, preocupado por corregir lo que le parecía un desaguisado.

Lo favoreció la suerte.

Casi de inmediato halló otra piedrita, brillante y redonda, que parecía gemela de la primera.

Se la incrustó.

Se retiró unos pasos para observarlo.

Quedó precioso.

El muñeco realmente lo miraba, quizás agradecido.

Lo único que faltaba es que le hiciese una guiñadita como diciéndole:

—Nosotros nos entendemos, ¿eh?

Ante el progreso de su obra, lo ganó un delirio de entusiasmo. Radiante de júbilo, con incontenible impulso, armado de su hueso y de su alambre, le efectuó la abertura de la boca y le perforó los agujeros de la nariz, que natu-

ralmente no existía desde que su hombre era completamente fiato (1).

—¡Ahora sí!, exclamó alguien, que él creyó que era el muñeco.

Tico-tico saltó de contento, aplaudió y lo invitó a gritos:

—Lo que ahora tenemos que hacer es ir a darle una buena sorpresa a mi madre. Ven. Vamos.

La estatua permaneció impasible.

No se movió porque no poseía piernas ni pies.

Tampoco le dió explicaciones de su desobediencia.

El supuso:

—No tiene nada de extraño que sufra hambre, y corrió hacia el rancho, para volver de inmediato con el baldecito de leche.

—Sírvese, amigo, le alargó el recipiente.

Como el otro no se daba por aludido y continuaba mudo, le preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿A usted no le gusta la leche? Es muy linda, sabe. Toda la gente menuda toma. No sólo los guricitos, sino los potrillos, los corderos, los chanchitos, los terneros... Además, por ahora, yo no tengo nada más para darle.

El otro seguía callado.

Seguía impasible porque era sordo, pues no poseía ni orejas ni oídos.

Cuando él descubrió tal deficiencia buscó el alambre y completó su obra.

Un momento permaneció indeciso y perplejo, meditando.

—¡Caramba! Yo no me acordé de preguntarle al Dios del barro con qué lo puedo alimentar. Además él no me previno nada y la cueva ésta no tiene puerta y el amigo se me puede ir.

(1) Fiato: romo; chato. Por extensión, es habitual decirle "la fiata" a la nariz.

En verdad yo no tengo miedo de nada y eso no me va a impedir que le ponga piernas. Todos las tenemos; él las puede necesitar. Yo tengo la obligación de hacérselas y se las hago.

Y con heroica decisión, sirviéndose de sus rudimentarias herramientas, se dió a la tarea.

Cortó, escarbó y dió forma a la parte en que la mole tomaba contacto con el suelo.

Cuando la figura estuvo en condiciones de andar, titubeó.

¿Debía atajarla o dejarle el paso libre, sin perjuicio de hacerle las recomendaciones que entendía correspondían?

—No temas. El hará lo que tú desees y resuelvas, exclamó la fuerte voz conocida.

Al mismo tiempo un sano olor de tierra, un rumor de pasto peinado por el viento, un latir de alas y un rumeur de voces de insectos, pobló la caverna.

—Manda, lo autorizó el Dios de barro.

Viendo que él callaba, irresoluto, le preguntó:

—¿Quieres un juguete o deseas un ser como tú? ¿Te conformas con una cosa o quieres una criatura viva, un hermano tuyo, un hombre?

—¡Un hermano!, reclamó él con vehemencia, como si el pedido le naciera del fondo del alma.

—Entonces siendo igual a ti, teniendo tu condición, querrá ser libre. Amará el mundo y sus cosas bellas y buenas: la luz, el cielo, los árboles, los campos, las aguas, las aves, las flores. Buscará la compañía de los otros seres. Sentirá gusto en el trabajo; placer en correr los caminos; alegría en ser libre! Caminará. Se irá. ¡Pero quien ama, quien quiere, vuelve!

Otra vez el niño sintió pena, temor, dolor.

¿Perdería a su amigo?

¿Lo dejaría irse?

Si aquella era su voluntad, lo que correspondía era respetársela.

No se podía volver atrás.
No iba a deshacer y transformar otra vez en barro a su sueño.

Que viviese.

Consultó entonces al gigante:

—Señor Dios, es tarde, se hace noche; yo me tengo que ir... ¿Lo puedo dejar solo?

—Sí, déjalo por mi cuenta. El es juicioso. Además yo le haré compañía y le enseñaré —para su gobierno y conveniencia— todo lo que a mí me ha enseñado la experiencia y la vida.

Tranquilizado, el pequeño se alejó.

La madre lo llamaba:

Tuvo que irse corriendo.

—Tico-tico, ¿pero dónde te has metido, muchacho?

Llegaba el padre.

Como de la mano del lucero que nacía, el niño venía hacia él, cual si de la tierra y del cielo le trajeran una doble luz de pura ternura.

IX

TICO - TICO HABLA DEL GAUCHO
CON SU PADRE

—Sí, señor, mi tata, le dice aquella tarde en que el hombre, por razones de su oficio, resolvió traerse a las casas uno de los potros que estaba domando.

—Sí, señor, mi tata; muy regular y muy superior el pingo, volvió a comentar, en tanto que el caballo, nervioso y de hermosa estampa, se revolcaba en el potrero y como animal fino —valga el corriente concepto gauchesco —al darse una vuelta entera con todo el cuerpo en el suelo daba cabal idea de su calidad.

Como el padre recibía con absoluta indiferencia la acentuación de respeto del cariñoso tratamiento del niño, éste que buscaba una coyuntura para entrar en conversación tejida, volvió a repetir:

—Sí, señor, mi tata...

El tono, más que ceremonioso, serio y grave de la expresión infantil, terminó por producir su efecto y entonces el interlocutor se acomodó a las circunstancias, dándose por aludido, subrayando en tono de aprobación:

—Es así.

El domador era su señor y su tata.

¿Y de ahí? ¿Qué resultaba?

Para el padre: la tranquilidad de un orden consagrado y tradicional. Aunque ni el rancho ni la tierra en que se afirmaba fueran de él, él estaba en su casa, era el dueño y el patrón. Era allí un "señor don", como toda persona de bien y de respeto, que se sabe dar su lugar. Que eso era el criollo, el paisano, el gaucho. Aunque fuera pobre, que ya se sabe que no es el dinero ni la hacienda quienes hacen la dignidad ni dan la vergüenza y el pundonor.

Para el hijo: el ser respetuoso, cumplido y bien mandado. Buen hijo en fin, conquistando con ello el derecho al amor y al amparo del fuerte. Y, en su caso especial, el andar con mucho tiento y más cautela, no fuese a ser que el hombre grande, que poseía la autoridad y el mando, con un bufido (1) o un puntapié airado —aplicado a su estatua— acabara con su sueño.

Los personajes se miraron como estudiándose.

El menudo reflexionó:

—Este supone que le voy a pedir caramelos o confites o que me alce en la falda, para seguirme contando cuentos...

Pensaba que su padre no le podría atribuir sino chiquilinas ridículas.

El talludo resolvió:

—Este ya se piensa que es mozo y en una de esas me pide la bolada (2) para domar o me solicita el naco, (3) las chalas (4) y el yesquero, (5) para hacer un cigarro y empezar a fumar.

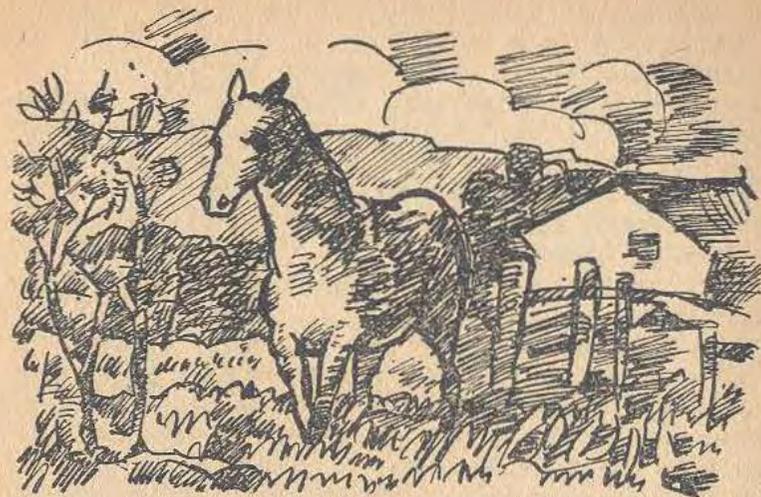
(1) Bufido: expresión y acto airados. Por extensión de resoplido de caballo.

(2) Bolada: oportunidad.

(3) Naco, tabaco negro, en cuerda, que se divide con el cuchillo y se deshace en la palma de la mano, para facilitar la confección de cigarrillos.

(4) Chalas: lámina de hojas de la mazorca de maíz, con las cuales se lian (arman) los cigarrillos.

(5) Yesquero: adminículo compuesto por una pieza de acero, una piedra y yesca, con los que se enciende fuego para "prender" los cigarros.



El niño volvió a insistir:

—Sí, señor, mi tata.

A esta altura el domador, ya intrigado, entre serio y socarrón, le preguntó:

—¿Qué se le frunce?

A pesar de que esperaba ese ansiado momento, él tragó saliva, juntó todas sus fuerzas, sus esperanzas, sus temores y con una emoción que lo volvía tímido y le velaba las palabras, murmuró, entregado:

—Es que yo le quería hablar algo de mi gaucho.

—¿De qué gaucho?

—¿De cuál? No hay como equivocarse. Hay uno solo. De mi compañero. ¡De aquel que le dije, pues!

—¡Aahh! Medio se me había olvidado. Si no estoy trascordado y no recuerdo mal, usted quería algo así como un hermanito para jugar.

—Sí... algo así... Algo para jugar, pero mucho para

otras cosas que no son juego, pues para jugar yo ya me estaba bastando solo.

—¿Qué otras cosas? Si se puede saber...

—Qué sé yo... Muchas. Muchísimas. Para prosear. Para tomar mate sin decirnos nada. Para contarnos cuentos, como el del lucero y también para lidiar, para trabajar.

—Eso es. El hombre tiene que trabajar.

—¡Y hasta para vagamundear!

—Justo. ¡Un hombre completo! Y bueno. Pero usted no se olvidará que le previne que la familia no se puede aumentar.

—¿Por qué?

Como de costumbre, extremo a que se llega a menudo, cuando una persona mayor se ve en apuros en casos semejantes, en vez de replicar explicando claramente los pro y los contra de un asunto, se escabulle sin responder o se defiende recurriendo a misterios o a fuerzas sobrenaturales.

La respuesta fué:

—Está prohibido por la ley.

Como el domador creía que con aquello alcanzaba y que su hijo se satisfaría con su aseveración y dado que no se le ocurría otro argumento, trató de inventar algo para no quedar tan mal, y explicó, solemne:

—Por la Ley, pues. Ley del tamañismo (1) del rancho.

—¿El grandor? (2)

—Eso es. Ahora el Gobierno se mete en todo.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros?

—¡Cómo nó! ¡Cómo nó, hijo! Es clarito como el agua: no cabemos más que tres en la casa. Y no muy holgados, que digamos.

Rápido el guri halló una solución:

—¿Y si yo duermo afuera?

(1) Tamañismo: tamaño.

(2) Grandor: idem.

—¡Peor!, se defendió el padre. Peor, porque entonces me llevan preso por abandono de hijo.

Ante tal cúmulo de imposibilidades, viendo como aquella extraña fuerza todopoderosa de la Ley le salía al cruce en todos los caminos, le tocó al pequeño exclamar:

—¡Pah!

Pero como estimó de poca importancia el problema, desde que su tata sólo lo relacionaba con un hermanito, con una criatura como él, de carne y hueso, tomó confianza y se animó a explayarse:

—Mire, tata, que no se trata de cristiano.

—¡Qué!, ¿al guri no le han dado los óleos (1) todavía?

—No, señor. No es eso. Yo ya le había hablado a usted algo del asunto. Medió le había pedido permiso para agenciarme un compañero. De traerlo me voy a encargar yo. Digo, si usted no lo encuentra mal.

—¿Es algún bichito?

—No, señor.

—¡Ah!, pretendió adivinar él: viene a ser como quien dice un invento mesturado (2) de verdad y mentira; un algo así como el "cuco" (3) que sirve para asustar a los chiquilines.

—No, tata. Yo lo voy a hacer al gaucho.

—¡Lo vas a hacer! ¡Y cómo! ¿Con qué?

—Si usted me deja.

El padre, magnánimo y grave, concedió:

—Está bien. Hágalo nomás.

—Sí, señor. Y cuando lo termine y esté en casa, lo voy a hacer dormir y vivir en la cueva de las piedras de la grotta, sabe, para que no nos castigue la Ley.

—Muy acertado.

(1) Dar los óleos: bautizar.

(2) Mesturado: brasileñismo o derivación de mixtura: mezclado.

(3) Cuco: ser espantoso, legendario, creado por la imaginación popular; se evoca para asustar e imponerse a los niños.

Y ya con el tono zumbón y la característica socarronería criolla, que apenas contenía, el domador le recomendó:

—A ver cómo le sale, ¿eh? Ponga el alma en la cosa. Y si es gaucho, hágalo como un verdadero gaucho. No maturranguee (1). Que no le falte nada. Ni tirador (2), ni puñal, ni bota de potro (3), ni chiripá (4), ni boleadoras (5). Hágalo completo y perfecto.

—Sí, tata, prometió él, muy serio, preocupadísimo por aquella cantidad de detalles típicos, alguno de los cuales había descuidado.

Sin más ni más salió apresurado hacia afuera a campear (6) unos marlos (7) para confeccionarle unas boleadoras a su personaje.

Pensó que unas boleadoras pesadas, de hierro o de piedra mora eran inconvenientes, por el peligro de que al manejarlas y revolverlas se le pudiera recalcar un brazo a su gaucho.

Era mejor hacérselas con huesos.

Sí, como las que él tuvo más de una vez para bolear teruterós.

(1) Maturranguear, de maturrango: alguien que es torpe en cualquier acción o faena, especialmente en las del campo, como andar a caballo, enlazar, etc.

(2) Tirador: cinto de cuero, con bolsillos donde se lleva el dinero. Se une con hebillas o con un juego de cadenas de plata, que se denomina rastra.

(3) Bota de potro: calzado rudimentario, confeccionado con el cuero crudo de las patas de los caballos.

(4) Chiripá: Paño que pasando por entre los muslos y asegurado a la cintura, sirve de pantalón.

(5) Boleadoras: Instrumentos de caza y al mismo tiempo arma, especialmente de los indios. Consiste en tres bolas de piedra, recubiertas de cuero y unidas entre sí por guascas trenzadas. Una de las bolas, por la cual se toma este artilugio, es más pequeña.

(6) Campear: buscar, de buscar en el campo.

(7) Marlo: Interior de la mazorca del maíz, cuando se le han quitado los granos.

X

¿Y QUE NOMBRE LE PONDREMOS?

¿Y qué nombre le pondremos,
mantantiruliruliru?

¿Y qué nombre le pondremos,
mantantirulirulá?

(Canto de un juego infantil popular.)

No le fué difícil a Tico-tico encontrar unas guasquitas para fabricar sus boleadoras, sus Tres Marias, como les llaman los paisanos, haciendo una imagen derivada de las tres estrellas que siempre aparecen juntas en el cielo y que ellos conocen con esa denominación.

En una escapada se las llevó a su hombrecito de barro y se despidió de él hasta la mañana siguiente en que vendría a bautizarlo, pues estaba atareado en encontrarle un nombre que fuese adecuado a su tipo y condición.

“Que le venga lindo y bien” hubiera dicho si le fuese familiar la popular canción infantil.

Se hubiese entretenido más en la diminuta caverna, que ya se llenaba de sombra, pero el tinte lila y dorado que tomaba el firmamento, las suaves colinas y el inmenso campo verde, en que se perdían las ovejas y el ganado, le recordaron que ya estaría por aparecer el lucero, sobre el cual su papá ensayaba siempre sus bellas historias interminables.

Su madre le dió la leche; su padre lo acunó sobre sus secas y membrudas piernas y recomenzó la deshilachada leyenda:

—Sí señor, ahora le voy a contar la historia de cuando el lucero estaba solito en el cielo.

—¿Solito? ¿No había más nadie allí—

—Es así. Vivía solo y bastante aburrido y va a ver cómo fué que consiguió compañía.

Tata - Dios estaba fumando bajo el árbol de la noche, que es un ombú copudo que agarra todo el cielo, cuando a media rienda (1) le llegó un chasque (2) con una noticia muy importante. Se sacó el pucho (3) de la boca, se lo colocó atrás de la oreja, y el cigarro, cuya luz era el lucero, se le empezó a apagar.

—No te me apagues; espérame un poquito, puchito mío, le rogaba él, cuando bien lo podía mandar que se quedara encendido. Y el pucho caprichoso, dale a intentar consumirse, parecía un ojito amarillo que tuviese sueño y que se quería cerrar.

Tata - Dios le repitió el pedido.

El pucho pestañeaba: aquí me prendo y aquí me apago. Se llenaba de ceniza; ya no echaba más humo, de haragán no más.

Entonces al viejito le dió rabia y le pegó un soplido bárbaro, ¡tan fuerte!, que, como lo ves, encendió bien al lucero y al mismo tiempo le arrancó un gran chisperío —que son las estrellas— que desparramó por todo el cielo!

—¡Ah, sí! ¡Lindacho! Y el hombre tuvo sus hermanas, alcanzó a pronunciar el niño, que, pensando en su estatuíta y en el nombre que había de ponerle, se quedó dormido.

Se quedó dormido, pero como su mente estaba tan ocupada en su problema, mientras el domador lo llevaba a su dormitorio aéreo, ya iba soñando.

(1) A media rienda: a la carrera.

(2) Chasque: correo velocísimo que lleva un parte o una noticia. Voz quichua.

(3) Pucho: colilla de cigarro.



Estaba en su taller el escultor.

Le agregaba a su monigote todo lo que el padre le había recomendado que no fuera a olvidar, incluso las boleadoras, cuando oyó una voz cariñosa que le aprobaba:

—¡Bravo, amigo! ¡Lo felicito! El hombre ya está pronto para vivir.

La natural sorpresa de escuchar voces que no se sabe a quien pertenecían, lo hizo mirar para todos lados.

Descubrió al que hablaba.

Lo reconoció.

Era el Dios de barro.

Reconfortado por su presencia y por sus frases de estímulo, se sintió protegido.

Le expresó su contento y lo saludó afectuosamente.

El Dios traía en la mano una maciega verde en cada uno de cuyos tallos temblaba, transparente y brillante, una gota de rocío.

—¿Y eso?

—Es para que no se reseque y se quiebre tu obra, le informó y soplando sobre las largas guías de la planta hizo caer sobre la estatua una fina y leve llovizna.

—Y cuando el gaucho se encuentre solo, lejos mío, ¿cómo se va a dar o quién le va a dar esos baños?

—No los va a necesitar. Con éste le alcanza para toda la vida y, por lo contrario, después debe preocuparse de evitarlos.

—Lo tendré muy en cuenta, exclamó agradecido el monigote, que respiró y se despezó, abriendo y estirando los brazos.

—Esto marcha, sonrió el Dios, frotándose las manos alegremente y le preguntó a su ahijado — porque nos olvidamos de informar que lo había declarado tal al amigo Tico-tico:

—¿Has pensado en el nombre que le vas a poner?

—En eso estoy. Como es algo muy importante, me cuesta mucho resolverlo. Después hay que tener en cuenta que un nombre la gente lo tiene para siempre.

—Cierto. Hay que hallarle un nombre que sea bonito y además que le siente.

—Sí, que diga algo.

—A ti te corresponde hallárselo.

—¿Le parece que el nombre del Comisario o de algunos estancieros ricos le darían importancia?

—Opino todo lo contrario. Lo considero inconveniente. Nuestro amigo es un gauchito pobre, humilde y mal empilchado (1). Esos señorones serían capaces de molestarse con semejante tocayo.

—¿Y si le ponemos el nombre de un yuyo, de un bicho, de un arroyo o de un pájaro?

—¿Don Arerunguá? ¿Don Calandria? ¿Don Zarzaparrilla? ¿Don Apereá?

—O esos nombres de payadores o de gauchos famosos: Santos Vega, Martín Fierro, Juan Moreira?

—¿Y si no sale cantor?, ¡que peleador esperamos que no resulte!...

(1) Empilchado: con buenas pilchas. Pilchas: prendas, ropas, alhajas.

—Entonces yo preferiría llamarlo como usted, señor Dios o algo parecido.

—Te agradezco la atención, pero al fin, si es tu gusto.

—Sí. Eso sería lo mismo que una presentación, como si llevase un letrero que dijera: yo soy esto y esto. Estoy compuesto de tal cosa y he sido fabricado con tal materia.

—¿En resumidas cuentas?

—Hombre de tierra.

—Cabal, aprobó el Dios. ¡Macanudo! Se te ha ocurrido una excelente idea. El apelativo le viene al pelo. ¿Se llamará entonces?

—Gaucho Tierra.

—¡Muy bien! Gaucho Tierra. Así, natural, sencillo y claro como la verdad. Ya que con esa designación no se expresa sino la verdad.

Y el ser sobrenatural, afirmó, sentencioso:

—Las cosas y los hombres han de ser lo que son y nada más que lo que son. Otra pretensión es desvarío y locura, que salirse de sí es no encontrarse o no ser nada.

—Sí, señor padrino, aceptó respetuoso el pequeño, entendiéndolo como juicioso y sabio.

Tras ello, como si saborease el nombre, cual si lo sintiera en su fuerza, en su grandeza y en su belleza, silabeó el nombre:

—Gau-cho Tie-rra.

El bautizado no sé como se contuvo de gritar:

—¡Presente!

El chico ya se dirigía a él:

—¿Usted habrá sentido, no? ¿Qué opina? ¿Le gusta?

Le brillaron los ojitos de piedra al preguntado. Moviéndose la cabeza afirmativamente. Dió la impresión de respirar fuerte por los agujeros de su nariz fiata y abriendo aquella su boca —semejante a la hendidura de una alcancía— expresó su asentimiento:

—¡Pero muy bien, requetebién! Estoy perfectamente de acuerdo. Tanto con tu elección, como con lo que dijo el Dios. Gaucho Tierra. ¡Lindo nombre! Me viene como el

azúcar arriba de los buñuelos. Lindo nombre para un paisano trabajador, honrado y patriota de toda la tierra, como prometo serlo. Patriota del mundo, porque quiero amar a todos los prójimos y no pelear con ninguno. ¿Me entiendes?

—Sí.

El hombrecito de barro juró:

—¡Por esta cruz! (1), y puso el dedo índice de la izquierda atravesado horizontalmente sobre el de la mano derecha y se los llevó a los labios, dándoles un beso.

El Dios de barro sonreía con simpática condescendencia:

—Así me gusta que las cosas se tomen en serio.

Después le recomendó al ahijado.

—No me lo vaya a tener siempre encerrado. Démele aire para que no se apolille. Acuérdesse que el hombre tiene las piernas para caminar, como el pez las aletas para nadar y el ave las alas para el vuelo.

—Sí, padrino, aceptó el muchacho. Ya eso lo habíamos conversado con mi tata.

Luego, con un dejo de tristeza, comentó:

—Lo malo va a ser que en una de esas mis padres no me van a dejar vagamundear con él, como a mí tanto me agradaría! ¡Voy a tener que dejarlo ir solo!

El Dios lo tranquilizó:

—Todo llega a su tiempo. Ya le tocará a usted también y le alargó su gran mano negra, vellosa y barrosa, despidiéndose:

—Hasta más ver.

—Si usted me permite abrazarlo, padrino, le solicitó Tico-tico y abrió los brazos y tocó algo duro, que sin embargo le pareció amoroso y caliente junto a su pecho.

Era el suelo del rancho.

En el sueño se había caído del cuero.

Como ya las barras del día doraban suavemente las penumbras de la cabaña, no se volvió a acostar.

Además tenía grandes ansias de ver a su amigo.

(1) Por esta cruz: Juramento popular tradicional. Se refiere posiblemente al emblema de la cruz cristiana.

XI

HAY QUE DARLE CABALLO AL GAUCHO

No sabemos si lo había oído cuando soñaba o si se le ocurrió de improviso, pero cuando encontró a su padre, luego del filial saludo, le espetó:

—Hay que darle caballo al gaucha, porque un gaucha a pie es como un pez fuera del agua.

—Es razón, admitió el domador. Ese es mi oficio y en eso andamos: amansando potros para ofrecerles pingos a los jinetes.

—Sí, señor, mi tata.

—¿Pero por dónde se va a descoigar, amigo? ¿Por qué me sale con esto?

—Usted, mi tata, me ha enseñado a ser derecho y por eso yo le hablo claro como el agua. Lo que sucede es que el Gaucha Tierra necesita en qué andar. Tenemos que agenciarle un caballo.

—¿Y quién es el Gaucha Tierra? ¿Es usted?

—No, señor. Yo creí que usted sabía. Es mi compañero. El que yo hice.

—¡Que usted hizo!, exclamó entre sorprendido y ju-guetón el domador.

—Sí, señor, y le puse las boleadoras que usted me recomendó, así como las demás pilchas. Y, sobre la marcha, lo invitó:

—¿Quiere que se lo presente?

—Bueno.

El pergenio echó adelante; el padre lo siguió.

El hombrón tuvo que agacharse un poco para penetrar en la caverna de piedra.

En los ojos tamañazos y en la boca abierta, se pintaba el explicable asombro del paisano.

—¡Pah! ¡Pero está muy bien el muñeco!

—¡Muñeco, no, tata!, aventuró una protesta el niño.

—Bueno, amigo, no se ofenda. Era un decir, ¿no?

Pero es patente una persona.

—¡Es el Gaucho Tierra!

—¡Pero mire que me está saliendo ardiloso (1) usted, ¿no? ¡Qué mano para manejar el barro! Su gaucho tiene de todo: ojos y nariz y boca y brazos y piernas! Es verdad que le salió medio negrito, pero eso no desmerece, ¿no?

—Para mí los blancos y los negros son iguales.

—En los caballos los oscuros son más sufridos. A los blancos los persigue el rayo, como usted ya sabe.

—Debe ser porque se ven más en la oscuridad.

—Entre tanto su mama se va a reír mucho cuando vea su trabajo. Y va a tener más confianza en dejarlo solo en las casas. Ahora usted va a tener con quien jugar, sin miedo que la Ley le diga nada.

Alabó la ocurrencia:

—Gaucho Tierra. ¡Qué apelativo! Muy importante. ¿Y lo sacó de su cabeza no más?

—Sí, señor, mi tata: medio lo inventé y medio lo soñé. Y ya, en el tono solemne que usaba en lo que él consideraba sus importantes momentos, explicó:

—Pero este gaucho no es para jugar, así como quien dice, como lo puede hacer un chiquilín, y por eso es que le ruego que me le agencee un caballo.

—¿Un potro de esos que yo domo?

—No, señor, esos son muy grandes para él. Al pe-



dirle un caballo, me refiero a algo que le venga bien para montar.

—Hablando, le gente se entiende... Comprendo... comprendo...

Y el paisano siempre en su actitud jocosidad, indaga:

—¿No le acomoda una tortuga?

El niño se adapta a la broma, contestando:

—No, señor, porque es muy lerda. Camina muy despacio.

—¿Y un zorrino?

—Ese bicho tiene muy mal olor y mi gaucho con ese pingo no va a poder ir a ninguna fiesta.

—¿Y un tatú?

—Es peligroso, porque como tiene el lomo redondo se le puede resbalar el recado. Además si al tatú le da por escarbar y meterse en una cueva, me deja a Tierra de a pie.

(1) Ardiloso: adjetivo derivado de ardid.

—¿No le convendría un zorro?

—No, tata, porque tiene fama de ladrón y le puede dar malos ejemplos.

—¿Y un carpincho?

—No, porque es mancarrón asustadizo y cuanto encuentre una laguna se va a tirar de cabeza y me lo ahoga a mi gaucho.

—¿Y un gato montés?

—No, porque es muy arisco.

—¿Y un terutero.

—No, porque es él el que se pone las espuelas y es muy chico y muy gritón.

—Paisano fino y delicado el tal Gaucho Tierra... A menos que le demos un águila.

—No, porque ella vuela muy alto y él es hombre del suelo y no quiere caer de las nubes.

—¿Querrá un hurón, amigo?

—No, porque es animal traicionero, que mata los pájaros o les roba los huevitos y yo quiero que mi hombre sea amigo de todos.

—En una de éstas prefiere un lagarto.

—No, porque es haraganazo y en cualquier viaje que hiciese, cuanto calentase el sol se iba a echar a dormir la siesta.

—Ya dí, se alegró el padre. Y ni se lo nombro al candidato, pero tengo la seguridad que le va a venir que ni de encargo.

Y montó a caballo en uno de sus redomones y salió disparando por el campo, recorriéndolo a los cuatro vientos, perdiéndose en los bajos, ascendiendo por las cuchillas, atravesando los bañados, metiéndose en el monte.

Como consecuencia de sus maniobras, al rato no más apareció arreando una copiosa tropilla en que venían mampelaus y liebres, chanchos silvestres y nutrias, lagartos y tucu-tucus, comadreas y gallinetas, zorros, cuervos, chimangos, avestruces, chajaes y hasta ranas y sapos saltones.

Traía no sólo los que el domador le había ofrecido, sino toda la fauna habitante de prados, pedregales, esterros, malezas y arboledas.

Al rumor de las patas y de los gritos, chillidos, relinchos, balar y graznar de la tropa, apareció la patrona, bastante asustada.

—¿¡Pero qué es eso, el fin del mundo!?, gritó haciéndose cruces.

Y, cuando vió a su marido entreverado entre el bichaje revuelto, vociferó:

—¡Pero te has vuelto loco!

—No, mujer, contestó él. Ando tropeando el único ganadito que nos ha regalado Dios a los pobres.

—¿Y para qué, si se puede saber?

—Para fundar una estancia de engaña-pichanga (1) con Tico-tico y para que él elija y agarre caballo para su Gaucho Tierra.

—Estos hombres son como chiquilines chicos. No tienen seriedad para nada, criticó la paisana y se metió en el rancho, tan enfurruñada que continuó largo rato con el rosario de sus rezongos.

El pueblo de animales se detuvo entre temeroso y asustado.

—Bolee (2) lo que le guste, le ofreció el padre al hijo.

El chico, sin titubear, con ojo e instinto de conocedor, eligió un avestruz, con entera satisfacción del domador, que aprobó:

—No se equivocó, amigo. Usted no va a hallar mejor parejero ni bicho de más aguante. Y así, agarrándolo nuevo, pichón, charaboncito, nunca podrá hacerle mejor regalo a su gaucho.

Lo que sí que los ñanducitos (3) son medio peligrosos

(1) Engaña-pichanga: embuste, fantasía, mentira.

(2) Bolee: de boleear con las boleadoras: arrojarlas tras el blanco elegido y hacer que el adminículo de la referencia se enrede en sus piernas, inmovilizándolo.

(3) Ñandú: avestruz de América del Sur.

con sus espantadas, sus galopes y sus gambetas (1). Supongo que el Gaucho ¡Tierra será de a caballo.

El hijo aseguró:

—¡Es jinetazo! (2)

—Entonces lo que ahora hay que hacer es ir arreglando el recado. Y no se olvide de las espuelas, aunque el hombre no lo judee (3) a su flete (4). Yo te voy a regalar un rebenque, y se alejó a preparárselo.

Tico-tico palmeó al Gaucho Tierra y le previno:

—Apróntate para mañana. Y no facilites, que en una de esas el pingo es arisco y corcovea.

—No me asusta. Estoy dispuesto a todo. Yo nací gaucho y me portaré como un verdadero gaucho, contestó con confianza el aludido.

El chico salió a escape a buscar la leche.

El sol ya estaba alto.

Se hacía tarde.

(1) Gambetas: esquives rápidos del animal, ejecutados al huir.

(2) Jinetazo: aumentativo criollo de jinete.

(3) Judee, de judiar: tratar con crueldad y desconsideración, hacer sufrir a un ser humano o a un animal. Vocablo creado posiblemente por similitud al reprobable acto legendario de Judas.

(4) Flete: caballo o su equivalente.

XII

EL GAUCHO TIERRA SALE A CORRER MUNDO

La madre de Tico-tico no le dió la importancia que prestó su marido al descubrimiento del muñeco.

Quizás estaba demasiado cansada de trabajar y tal vez su cariño, que era tierno y profundo, alcanzaba sólo para su hijo.

Lo quería bien a éste y si le hubiese dolido su separación, no le sucedía lo mismo respecto al monigote de un juego que le daba la sensación de una hobada.

De manera que las idas y venidas del domador y de su chico a la cueva de piedra y la selección del charaboncito de entre la multitud de bichos que trajo el hombre en su famosa tropa, no alteraron la naturalidad de sus sentimientos ni el orden de su labor ni la regularidad de sus funciones y quehaceres domésticos.

Sonreía condescendiente y, dentro de la mayor discreción, reprochaba a su marido las "alas", que al hacerle todos los gustos, le estaba dando al chiquilin.

Le parecía a la humilde mujer que si el padre admitía que el curioso Gaucho Tierra era dueño de salir por los caminos a correr mundo, con ello se autorizaba a su hijo a imitarlo.

Aquella escuela no le agradaba.

Y se dijera que el domador, en una especie de instinto de una enseñanza de la libertad, jugaba con el muñeco a darle a su hijo campo abierto para que campara por sus respetos.

Entre tanto quien realmente ganaba y obtenía ventajas era el Gaucho Tierra, al que Tico-tico le preparaba la maleta con una mudita (1) de ropa interior, una camisa y contadas vituallas, reducidas a un ticholo (2), una galleta, dos espigas de maíz y un trozo de queso medio picado, pues el hombre era, por su constitución, sobrio, temperante y sufrido.

No le acondicionaba mate ni le preparaba yerba, porque el placer de amarguear le estaba prohibido al hombrecito de barro en razón de su natural condición.

Así se lo hizo saber o se lo recordó, su amo y señor.

—No olvide, Tierra, que usted no puede beber mate ni caña y ni siquiera agua.

—¿Por qué?

—¡Cómo! ¿No se acuerda? Eso lo hablamos delante suyo con el Dios. No se da cuenta, compañero, que si toma líquido se va a deshacer por adentro.

—Es verdad. Es que parece que no había terminado de comprenderlo bien.

—Menos mal que usted no se cansará nunca, como para sudar; que no será goloso; no tendrá algún otro vicio de esos muy feos, como la embriaguez; jamás se le hará agua la boca y sabrá aguantar el llanto y no llorará.

—¿Y cuando me duela algo o sienta pena y tristeza?

—Lo soportará, valeroso. Será un verdadero gaucho. Aguantará o llorará para adentro —que es un no llorar llorando— para que nadie se entere.

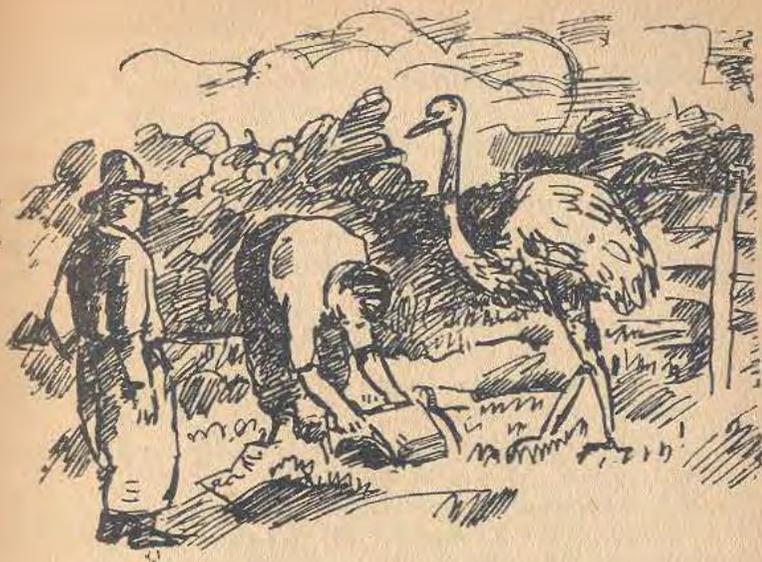
Y continuaba con sus instrucciones y consejos:

—Lo primero y principal, no olvidarse nunca de la materia en que uno está hecho.

—Eso es, reflexionaba el aleccionado: somos de barro.

(1) Mudita: de muda: juego de ropa interior.

(2) Ticholo: barritas de dulce brasileño, de mediana calidad.



—Ahora, en cuanto a trabajo, usted búsquelo tanto honesto como que le acomode. Pero tenga amor propio. Cuando se ponga en un compromiso, cumpla. Y no se deje tomar la delantera, ni ganar por nadie en la lidia.

—No aflojaré.

—Y para comenzar vamos a ensillar el caballo —lo haremos juntos para que aprenda— y a dar unas vueltitas y pegar algún galope para probar el animal.

Empezaron a ensillar el avestrucito, que era bastante cosquilloso.

Lo acariciaron, lo palmearon, y luego de colocarle el bocado, (1) le pusieron una manea por las dudas.

La manea, fabricada de guascas (2), consiste en dos especies de pulseras unidas que se abren y abrochan con

(1) Bocado: freno rudimentario, reducido a una guasquita flexible, que se ata ajustada en la quijada del caballo.

(2) Guasca: cinta de cuero crudo sobado.

unos botones trenzados, sobre los remos delanteros del pingo.

Después le colocaron en el lomo la jerga o bajera (1) y, por su orden, la carona (2), el basto o recado (3) y ya le acomodaron la cincha, que hay que ajustar bien para impedir todo movimiento de los arreos. A esta altura agregaron los cojinillos —dos lanosos cueros de oveja— y luego una pieza de cuero curtido, ancho y flexible, el mandil, sujetando el conjunto con una correa denominada sobre-cincha.

Tico-tico sostuvo las riendas del freno del charabón y ofreció al gaucho el estribo izquierdo del recado, donde, éi, tras colocar un pie, boleó la pierna enhorquetándose con destreza en su flete ágil.

El pingo, inmóvil, quedó como clavado en el suelo.

—¿Y ahora? ¿Por qué manerea?

El avestruz aclaró la situación, pidiendo:

—Es que se ha olvidado de quitarme la manea. Así no podré dar un paso o me va a obligar a saltar como un chingolo.

Así lo hizo.

Luego el ñandú preguntó:

—¿Cuando mi patrón se apee, me tengo que sentar o él salta?

—Baja como lo que es, como un criollo, explicó Tico-tico.

El interesado rió:

—Este me cree algún chapetón... (4)

Luego se acomodó el sombrero, se ajustó el barbi-

(1) Bajera: rectángulo de paño grueso y burdo. Lleva ese nombre porque va abajo de todas las otras piezas del recado.

(2) Carona: cuadrilongo de suela que cubre la jerga o bajera.

(3) Basto o recado: lomillo: silla de montar, masculina.

(4) Chapetón: inexperto. Se decía de los godos en los primeros tiempos de la Colonia.

jo (1), se afirmó en los estribos, cerró las piernas, hundiendo ligeramente las espuelas en los flancos de su montado, y partió al galope.

No se despidió.

No por descortés o maleducado, sino porque quiso evitarle a su amigo una emoción demasiado fuerte.

Efectivamente, Tico-tico tenía los ojos anegados en lágrimas.

Estaba conmovido y preocupado pensando en los trabajos que iba a pasar su amigo, porque, al verlo alejarse tan decididamente, se dió cuenta que se iba.

Quizás no le había hecho suficientes recomendaciones.

Quizás no le había dado todos los consejos necesarios.

Lo que le hubiese dado —a haberlo podido— era un gran abrazo.

Sí, y también le hubiera facilitado algunos pesos, que siempre hacen falta y “emparejan zarjas y abren aldabas”, como repetía expresivamente su padre.

Pero ya sabemos que Tico-tico era muy pobre.

No tenía ni para él.

No le pudo ofrecer ni un real. (2)

Lo único que le podía ofertar era su corazón. ¡Su corazón! ¡Que quizás el Gaucho Tierra, en realidad, se llevaba!

Qué deseos tenía de ir a decirle eso a su madre y de contarle su pena, para que lo consolase.

No se animó.

La mamá podía ponerse celosa y como de costumbre, tenía tanto que hacer, andaría muy atareada.

Se refugió en los brazos del domador y suspiró:

—Se fué.

El tata comentó:

—Así es. Déjelo. Se va a hacer hombre. Y usted sabe, don Tico-tico: ¡rodando y a golpes se hacen los hombres!

(1) Barbijo: Barboquejo: cuero o cinta que pasando por abajo del mentón se une en dos partes al sombrero, sujetándolo.

(2) Real (un): Antigua moneda de plata de valor de diez centésimos de peso. La calificación es de proveniencia española.

XIII

RODANDO

Galopó el Gaucho Tierra.

Galopó largo y tendido, como si sintiese la necesidad de alejarse de su pago.

No se explicaba aquella prisa sino como una evasión, como si huyera de un imán, que, contra su voluntad, intentaba retenerlo y atarlo con raíces de sentimiento y de miedo a su querencia.

De temor, porque siempre que uno se enfrenta a lo desconocido siente flaquear sus fuerzas.

De afecto, porque es amable el calor y la solicitud del cariño.

Comprendía que si se dejaba ganar por su ternura, no sólo giraría en redondo y regresaría al rancho, sino que después de tal renunciación a su primer salida, se le iba a volver muy cuesta arriba y muy difícil un segundo viaje.

Estimaba como un deber, como una obligación, aquel paso y aquella aventura, pero sentía cierto remordimiento por haberse separado tan secamente, casi con grosería, de quien era algo así como su creador y su padre y su hermano y toda su familia.

En efecto, Tico-tico lo había hecho, le había dado la existencia, además de todos los elementos que poseía

y se había alejado de él sin cumplir la mínima exigencia del clásico verso popular que sentenciaba:

“Es obligación del hombre
ser político y atento”

Lo había dejado sin siquiera expresarle:

—¡Muchas gracias!, y ¡Que seas feliz!

Sin despedirse:

—¡Hasta la vuelta!

Debía haberle dado un apretado abrazo varonil, aunque no se hubiesen dicho nada, para no delatar la emoción que los embargaría.

... Que lo dominaba ahora mismo y estaba a punto de ahogarlo con un nudo en la garganta, como sentía en sus ojos dos lágrimas ardientes, que era preciso contener con viril entereza, para evitar que al correr por sus mejillas le cavaran dos surcos que delatarían su terrena naturaleza.

—En fin... suspiró, detuvo su cabalgadura; se empujó sobre los estribos y miró hacia atrás, hacia la lejanía.

Ya iba muy lejos.

No vio sino el verde y el azul de campo y cielo, y el color rojizo del camino, que se afinaba como el fin de un silbido, entre las graciosas curvas de las colinas.

No vio nada de lo que hubiera anhelado ver.

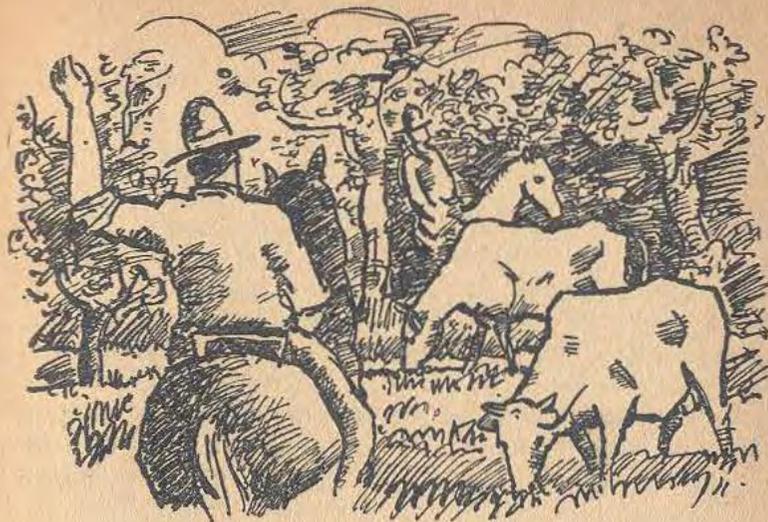
Y no supo si el silencio y la tristeza que estaban arriba y abajo, en las nubes y en el pasto, en los cerros y los montes, en los grupos de ovejas, en el ganado quieto, en las contadas estancias perdidas, salían de las cosas o brotaban de su alma.

Como para desahogarse de la angustia que experimentaba, tocó en la rienda a su flete, lo espoleó resuelto y le aplicó dos o tres enérgicos chirlos.

El charabón dió unas espantadas y disparó como una flecha, mientras abría las alas e intrigado, se preguntaba:

—¿Pero qué pulga lo habrá picado al negro loco éste?

A la distancia se empezó a percibir cada vez con ma-



yor precisión una casita, que, en la inmensidad de la campiña, parecía de juguete.

Era una pulpería, un almacén de comestibles y ramos generales.

Llegó a él.

Se apeó de su pingo, al que ató bajo una enramada, (1) despeinada como nido de espinero y, levantándose el poncho sobre los hombros y haciendo sonar las espuelas, entró al comercio.

Saludó, tratando de adaptarse al ambiente:

—Santos y buenos días.

El almacenero le contestó con cierta displicencia:

—Buenos..., pensando: ¿Qué me podrá gustar este gauchito de morondanga? (2)

(1) Enramada: Construcción sumaria, constituida por cuatro palos sosteniendo un techo de ramaje.

(2) Morondanga: Insignificante; mezquino.

Se observaron.

—¿Se va a servir algo?

Gaucha Tierra no contaba con un solo vintén. (1)

—No, señor. Gracias.

—¿De pasaje?

Esta pregunta parecía significar: ¿Cuándo se va?

—Es así, contestó él, y agregó: Rodando... y, además buscando trabajo.

—¡Ah!

Se volvieron a mirar.

El dueño de la pulpería, deduciendo del aspecto del visitante que quizás lo pudiera tomar de empleado por poco dinero, se explayó:

—Aunque puedo pasar sin él, porque uno en las apuradas sabe arreglarse solo, yo necesitaría un peoncito para todo servicio... Aunque he de agregar que éste no es mucho.

—Sí, señor, así será.

—¿Y usted, qué sabe hacer?

—Lo que cuadre, contestó él. Sé domar y trabajos de campo.

—¿Y de apuntes y cuentas?

—Me la remedeo, (2) se defendió temeroso de confesar que estaba ayuno de toda instrucción. Su propósito no era mentir, sino evitar que el comerciante conociendo su deficiencia, no lo colocase.

No pudieron continuar el diálogo porque en ese punto entraron unos paisanos que solicitaron que les sirvieran "caña", que es un fortísimo licor alcohólico.

Sin que al parecer les quemara el gaznate, como en realidad sucede, vaciaron sus vasos los bebedores.

Pidieron:

—Otra vuelta.

(1) Vintén: Antigua denominación que se daba a una moneda — de proveniencia portuguesa — de dos centésimos.

(2) Remedeo, de remediarse: suplir, con más buena voluntad que maestría, una función.

Chasquearon la lengua los referidos clientes y pese al gusto que le encontraron al terrible aguardiente, pronto éste comenzó a producir sus malos efectos, haciéndolos hablar alto y reírse, no tardando en comenzar a hacer burla del Gaucha Tierra.

A duras penas soportaba él las impertinencias. Disimulando su fastidio, salió con el pretexto de mirar su caballo.

A su regreso el pulpero y los gauchos —éstos bastante alterados por el beberaje— lo observaban con cierta chocante prevención y desconfianza.

Algo había sucedido.

Todavía los paisanos se atrevieron a hacer algunas referencias sobre él, pero parecía que no las tenían todas consigo.

Uno bromeó:

—Si las historias no mienten por esos mundos se encuentran algunos hombres enanos y oscuritos de color, que son hijos de Mandinga (1) o que le pasan raspando.

Lo miraban y contenían la risa.

Otro preguntó si era viernes, día de salida de los lobizones. (2)

El de más allá planteó la diferencia que existía:

—Entre un ñato, ñato, ñato y un resbalón de carpincho. (3)

Al aludido le estaba dando rabia.

Y aunque era persona pacífica y educada, tentado estaba de darles una lección.

Se tanteó el puñal, como acomodándose.

Se refirió a su parejero, más ligero que la luz, como que era capaz de escapar hasta a la justicia.

Los atrevidos —que de pronto se sintieron contagia-

(1) Mandinga: el Diablo.

(2) Lobizones: vieja superstición popular: hombre que se vuelve perro o cerdo.

(3) Carpincho: roedor corpulento, anfibio, habitante de nuestros ríos y arroyos. Tiene fama de horriblemente feo.

dos de miedo— se escabulleron y él, al quedarse solo con el almacenero, trató de concretar la posibilidad de encontrar empleo en su establecimiento.

El dueño del comercio ya observaba otra actitud que la que él le conocía.

Como ignoraba a qué razón obedecía, insistió:

—Bien, señor, si es que usted necesita un empleado, yo estoy a sus órdenes.

La contestación del pulpero fué hacerse la señal de la cruz y abrir los ojos y la boca en espanto y terror desmesurados.

Cuando pudo articuló un pedido:

—Hágame el favor de retirarse.

—Yo no le he faltado, caballero, puntualizó él.

—Mire, váyase antes que haga una barbaridad, balbuceó el otro, desenfundando y empuñando un descomunal trabuco (1), que tenía la boca como un cañón.

—¿Pero por quién me ha tomado? Yo no soy un fascineroso ni un asaltante.

—¡Esos paisanos lo han reconocido! Perdone si es ofensa, pero me dijeron que usted debe ser hijo de Mandinga, porque se parece mucho al Diablo cuando era chico.

—¿A quién?, se admiró él, que no tenía noticias de tal ente o personaje.

Pero ya el otro, aterrorizado, temblando, le apuntaba entre grandes gritos, que atrajo a su entera familia, que comenzó a chillar a coro:

—¡Cruz Diablo! ¡Cruz Diablo! ¡Cruz Diablo!

Al Gaucho Tierra, la escena primero le produjo risa: se acordó que Tico-tico le gritaba eso a las lechuzas. Luego le causó lástima. El injustificado miedo de aquella gente, terminó por llenarlo de tristeza.

Pensó:

(1) Trabuco: antigua arma de fuego, de caño de bronce y enorme boca, por la cual se cargaba.

—Yo tengo que averiguar la razón de estas extrañas historias.

Y mientras montaba en su charabón y se alejaba al trote, sintiendo el ruido de las puertas y las ventanas que se cerraban violentamente, se le ocurrió la frase vulgar:

—El que no sabe es como el que no ve.

Y su piedad alcanzó al pulpero, a su familia, a sus clientes y hasta a sí mismo, porque tampoco él veía bien y claro el asunto...

De lo que tenía seguridad absoluta era de que él era el Gaucho Tierra y no ese espantajo, a cuyo solo nombre la gente temblaba, y que metía miedo hasta a los gauchos crudos!

ENCUETRO CON PEDRO MALAS ARTES

Como caía el sol y el mundo se llenaba de sombras, no sabiendo nuestro amigo adónde dirigirse, temeroso de algún otro peligroso equívoco, resolvió hacer noche en el callejón.

No era tranquilizador tal sitio para pernoctar, especialmente porque debía dormir a la intemperie. Pero extremaría las precauciones y al fin y al cabo una noche se pasa pronto y ya se vería qué debía hacer cuando de nuevo se abriese la mañana.

Aunque le machucaran el cuerpo —la cuestión era estar en lo seco— improvisó su cama sobre un montón de piedras y cuidó de acostarse con los pies hacia el rumbo que se proponía seguir para que no resultase que cuando reiniciara la marcha desandase camino.

Bien cubierto para que el relente no le fuera a causar algún desperfecto, intentó dormir, sin dejar de pensar en el probable paso amenazador de una tropa asustada o de algún vehículo que lo pudiera llevar por delante.

Por eso de vez en vez, por abajo del poncho, asomaba uno de sus ojitos de piedra y vigilaba el campo somnoliento, el camino silencioso, la noche calma, bajo el grande y hermoso cielo estrellado.

No conseguía conciliar el sueño.

El frío, sin ser mayormente intenso, era molesto.

Y como habían sido tantas y tan fuertes las emociones y hasta las peripecias de la jornada, éstas insistían en revivir en su memoria y en reproducirse en su imaginación.

Lo más notable y lo que podía tener importante influencia y hasta serias consecuencias en su vida era lo que le había acontecido en el almacén.

—¡Qué disparate!

Mire que confundírsele con aquel extraño personaje malvado a quien parece que todo el mundo tenía miedo; con aquel sujeto que no ejercía más digna y honesta ocupación que la de hacer mal y molestar al prójimo.

En realidad era ofensiva la comparación.

Y, lo peor, peligrosa.

Comprendía que debía evitar producir tal efecto, lo mismo que dar la impresión de ser diferente de los demás.

No podía descubrir que era de barro.

Y aunque a éstos se les ocurriera apreciar como singular su cabalgadura, no por ello iba a dejar a su charaboncito adicto y fiel, además de excelente.

Cada cual tiene el flete que prefiere o que le acomoda.

Y si a muchos les gusta el caballo, eso no obsta para que otros monten un perro, jineteen un burrito llorón o redomoneen una lagartija.

Cuestión de gustos o de conveniencias.

Si no se parecía al común de las gentes, él no lo hacía de propósito.

Con todo, trataría de no llamar la atención.

En estas ideas se le ocurrió que todo viandante que acampa en el callejón, necesariamente enciende fuego para tomar mate o asar un pedacito de carne.

El no tenía la costumbre de amarguear (1), pero haría fuego, hasta para anunciar su presencia, que no tenía por qué ocultar.

(1) Amarguear: sorber mate amargo.

Con tal fin salió de su improvisado nido, juntó medio al tanteo unas charamuscas (1) y dió vida a una pequeña fogata.

Alguien, desde la distancia, la descubrió, porque pronto sintió un discreto silbido que se repitió con breves intermitencias, como buscando contestación.

Silbó.

Podía suceder que un necesitado reclamase ayuda.

Su buen corazón no podía permanecer indiferente a un requerimiento de esa índole.

Escrutó la oscuridad.

Luego de un momento sintió los cautelosos pasos de una persona que se aproximaba.

Al tenue resplandor del fueguito descubrió un paisano menudo, que le pareció de media edad y bastante despiltraado.

El recién llegado saludó ceremonioso:

—Muy buenas noches, camarada.

Y sin aguardar contestación y desde la sombra, sin acercarse más, interrogó, precavido:

—¿Solito por estos andurriales?

—Sí. Solo y mi alma.

—¿No pertenece a la policía, no?

—No, señor.

—No tiene perro, ¿eh?

—No, señor.

—¿Anda de a pie, también?... Como yo...

—No. Ahí está mi flete. Atado a sogá.

El desconocido se sorprendió descubriendo el avestruzito, pero disimuló su impresión, transformándola en lisonja:

—¡Prevenido el gaúcho! El que monta siete-octavos (2) sabe lo que son paréjeros.

(1) Charamusca: ramitas secas, tronquitos, pajas, combustible vegetal menudo.

(2) Siete-octavos: referencia a la pureza de sangre de un caballo. Cuarterón; media sangre; tres-cuartos, etc.

Y para conquistarse la confianza de su accidental compañero, se ridiculizó:

—Yo soy un bobeta para todo. Calaverón (1) y jugadorazo, me gusta dar changüí (2) y facilito al contrario y así me va. Vea si no lo que me acaba de acontecer en una jugada: me ganaron el caballo ensillado —¡tenía un apero de mi flor— y lo entregué sin chistar. Y aquí me tiene, a los saltos como pichón caído del nido.

Se conmovía calladamente el oyente.

El verboso personaje guardaba una distancia que no fué salvada hasta que solicitó:

—Si da licencia.

—Arrímese, amigo, invitó Tierra y ofreció, cumplido: No lo puedo obsequiar sino con unos choclos, que se pueden asar, aunque están medio duros.

—El diente del pobre se amolda hasta a moler piedras, rió el visitante y ya entablaron conversación.

Se empezaron a contar mutuamente sus vidas y sus sinsabores.

En juego visible, ambos callaban datos e informaciones que consideraban inconvenientes.

Gaucha Tierra, por discreción; no porque tuviera nada criticable que ocultar.

El otro porque en su existencia se contaban más picardías, trapisondas y pellejerías que discretas acciones.

Nuestro amigo no mentía.

Quizás olvidara algo.

No es del caso abrir todas las puertas de la casa a un desconocido.

Su huésped repetía un invento tras otro y ya se las daba de héroe de fabulosas hazañas o se pintaba como víctima de ajenas tropelias.

(1) Calaverón: de calavera: hombre sin conducta; de moral equívoca.

(2) Changüí: simulación de torpeza en el juego, con propósito de engaño.



En un momento en que decayó la prosa, sacó de entre sus ropas unos naipes marcados y mugrientos y lo invitó:

—¿Qué le parece si matamos el rato jugando una partida?

—Gracias, señor. No sé jugar.

—Es fácil. Yo le enseño. El "monte" es simple y entretenido. Lo aprende en un periquete. Despuntamos el vicio por un realito no más.

Se resolvió a responder.

—Yo no dispongo de dinero.

—¡Ah! No es por interés, fingió el otro, que tampoco tenía un centésimo, pero pensaba jugar fiado.

.....

—Al fin, a pesar de haber charlado tanto aún no nos hemos presentado, dijo el desconocido, lleno de cumplimientos, agregando:

—Yo soy Pedro Malasarte. Seguramente me habrá oído nombrar.

—Uno conoce tanta gente, disimuló él su ignorancia.

—Soy más conocido que la ruda. Lo malo es que se han hecho conmigo muchas fábulas. En realidad más es la fama que la obra. Me atribuyen muchas infamias. Me levantan infinidad de falsos (1). Hasta el nombre me desfiguran y me cambian. Es que hay gente pésimamente intencionada. Nosotros, por ejemplo, no somos ni Malas Artes, ni Urdemales, ni Malasarte, como nos endilgan. Un error de pronunciación nos ha disfrazado el apelativo. Mi papá, que era medio tartamudo hasta cuando firmaba, me inscribió en el juzgado con el nombre cambiado. Nosotros somos Malasuerte, que parece que es el triste destino de todos los gauchos desamparados de esta tierra y esa misma mala suerte que nos persigue hizo que todo el mundo nos colgara el sambenito de un nombre que no concuerda ni con nuestra índole ni con nuestras acciones.

Reflexionaba el gauchito de barro que debía ser una mala causa la que exigía tan reiterada y minuciosa defensa, cuando el charlatán abogado, le preguntó:

—¿Y usted?

—¿Yo? Tampoco poseo muy buena suerte.

—No. No es eso. Yo indago su gracia.

—Ah... Gaucho Tierra, para servirlo.

—¿Lo de tierra debe ser por la color, no?

—Puede... pero hay tierras de muchos colores.

—Pero el barro siempre nos parece oscuro.

—Eso me causó un contratiempo. Hizo que un pulpero y unos cuantos paisanos ignorantes me tomaran por otro.

—¿Por quién?

—Por el Diablo.

—¡Por el Diablo! ¡Caramba! ¡Cuenta! ¡Cuenta que el caso debe ser interesante!

Y ya se le ocurrió a Pedro Malasarte hacerles una jugada a un estanciero rico, que siempre viajaba con mu-

cha plata, al almacenero referido y a la policía, que vuelta a vuelta, por nada no más, lo andaba molestando.

Volvió, a incitarlo.

—Cuenta, amigo, cuenta.

Y el aludido narró con lujo de detalles el suceso de la pulpería. Malasarte le solicitó aclaraciones.

—¿Entonces, usted es como de tierra?

—Parece...

—¿Y monta en un avestruz?

—Ya lo ve.

Como al desgaire, preparando su jugarreta, Pedro agregó:

—Sí, señor... es así... Lo que es el destino, ¿no? No me va a negar, amigazo, que usted es cristiano suertudo.

—¿Por qué?

—Mire que venir a toparse (1) con uno que le puede arreglar las cosas.

—¿Qué cosas?

—Digo por si usted, para evitarse líos, quisiera cambiar su color por el de una persona blanca.

—¿Y eso es hacedero?

—Natural. Facilísimo. Además, cuando usted quiera deshacemos el trato y yo le devuelvo su color morocho y usted me da el mío y tan amigos como antes.

—¿Y qué hay que hacer para eso?

—Usted se saca toda su ropita; hacemos un atado, me presta su caballo ensillado y en un abrir y cerrar de ojos, yo la llevo a bendecir en la Capilla de Barros Blancos y en seguidita vuelvo y cuando usted se vuelve a poner sus prendas el cambio está hecho.

—¿Y si me quito las botas y se me mojan los pies? temió nuestro conocido.

—Bah, no se va a resfriar por eso. Usted es un hom-

(1) Falsos: calumnias.

(1) Toparse: de topar: dar un golpe con el testuz; en este caso, enfrentarse.

bre que vende salud. Después, en todo caso, se sube al alambrado y arrimamos el fueguito abajo.

—Ah, bueno, exclamó. Así sí, Así me conservo seco.

—Si, va a estar medio como tatú asándose en una parrilla parada. Pero es un momento. Yo no me voy a dilatar (1) mucho.

Nuestro amigo se empezó a desnudar.

Pedro Malasarte cambió con el pie el sitio del fogón y mientras se decidía a ensillar al ñandú, que estaba cosquilloso y arisco que daba miedo, meditaba:

—Curioso el detalle de que el negrito le mezquine tanto al agua.

Terminadas ambas operaciones, el Gaucho Tierra se subió a los alambres y el aventurero montó en el charabón y con el paquete de ropas en una mano y en la otra, riendas y rebenque, le cerró piernas al pingo ajeno, saludando:

—Hasta ahorita no más.

Mascullando para su coleteo:

—Ya me puedes echar galgos. Si te he visto no me acuerdo.

Y, para repetir sus travesuras, ya planeó disfrazarse de Diablo, pintándose de negro con barro y poniéndose el traje del gaucho.

Tierra, desnudo, subido en el alambrado, temblaba de frío.

En el lento correr del tiempo sentía que los minutos se volvían siglos y ahí se hubiese quedado agarrotado y vuelto un bloque de hielo si el escaso calor de su fogata a medio extinguirse, no lo confortara.

Su situación se hacía insostenible.

El fuego iba a terminar por apagarse.

Y él estaba desnudo y a pie.

Y el paisano, que iba a regresar al minuto, no volvía.

Empezó a dudar de su promesa.

(1) Dilatar: demorar, tardar.

¿Lo habría engañado?

Su oído finísimo percibió un leve rumor de pisadas.

Escuchó un golpeteo de pico característico.

Era el avestruquito que volvía.

Venía solo.

—¡Hermano!, se desahogó él en un gran suspiro.

—Sí, hermano, contestó el otro con un tono de reproche. ¡De la que nos hemos salvado!

—¿Qué sucede?

—¡Todavía no comprendes! Eres demasiado confiado. Tu candor te va a dar muy malos ratos. Ese hombre te engañó. Ha puesto en práctica una de sus malas artes. Intentó robarte para continuar con sus pillerías... Imagínate que fué a la casa del bolichero a asustarlo y a sacarle dinero. Menos mal que después de la fechoría, se quitó tu ropa para lavarse y yo aproveché para recuperarla y huir a todo lo que daban mis patas.

Y aquí la tienes y aquí me tienes a mí, para que pongamos la mayor distancia posible entre nosotros y ese bandido.

¡Ese pícaro, que aún encuentra quienes festejen sus truhanerías!

El charabón, que remató su informe con vehemencia e indignación, era una persona muy bien y muy decentita.

El gaucho se vistió a prisa, arrepentido de su excesiva buena fe y ya montó en su flete y se alejó velozmente del lugar del infeliz encuentro.

* * *

Le escarabajeaba en la mente una idea que quería des-
echar.

Le parecía inmoral aprobar la fechoría de Pedro Malasarte, asustando y robando al almacenero, pero una especie de voz burlona, que ignoraba de dónde le brotaba, le soplabá en el oído:

—Se la tenía merecida. ¡Bien hecho por zonzo! ¡Mire que creer que eras el Diablo!

El no podía admitir la venganza, así como no la ejercitaba.

Aquello había sucedido sin su intervención.

¿Quién lo había mandado?

Recordó al Dios de barro.

El lo confundía, lo entreveraba con Tico-tico, con la tierra, con el domador...

Con el señor tata —como reverentemente lo llamaba el niño— que repetía, sentencioso.:

—Dios castiga sin palo ni guasca.

Y el bolichero le producía una infinita compasión, más porque creía en aquellas ocurrencias, que por la materialidad de los pesos que le habían quitado...

XV

PEON DE ESTANCIA

Galopó y galopó.

En una dulzura de caricia el cielo descolorido empezó a inundarse de un leve y dulce resplandor.

El aire, que besaba la tierra y su frente, se volvía ligeramente tibio.

Era el día, que se apresuraba a ejercer su paternal dominio vigilante.

El lo anima y lo embellece todo.

Despierta las flores, hace cantar los pájaros, ayuda al ser humano, dándole confianza y esperanza.

Cual si fueran en su honor, se oían trinos, algarabías de horneros y "picapaus", silbidos de perdices, intermitentes zumbidos de chicharras que, en el monte, templaban sus instrumentos incansables.

Calentó el sol.

Era lo que nuestro viajero quería y necesitaba.

Sofrenó el caballo; se detuvo; echó pie a tierra.

Su cuerpo requería un descanso y un alimento; su flete un resuellito y un respiro y alguna brizna de hierba fresca.

El hambre lo hizo hurgar en la maleta, más desprovista que nunca ahora que el indeseado huésped nocturno le había devorado las espigas de maíz.

Hizo fuego.

Por sus bonitas y delicadas flores, amarillas o rosado-carmineas unas y de un lila azulado otras, descubrió unas plantitas de macachines y bibíes, cuyos bulbos sabrosos desenterró con el cuchillo y asó para restaurarse.

Fortalecido —él tenía hambre chica y se conformaba con poco— oteó el horizonte.

Tenía que encontrar una casa, un sitio, un refugio preservado y confortable, donde estar tranquilo y a su gusto.

No era exigente.

Pero reclamaba aunque fuera lo mínimo.

Al fin y al cabo no era un bicho, un reptil, un animalito ni siquiera un ave o un insecto, para andar acampando a la intemperie o viviendo a monte.

Entre una aglomeración de árboles descubrió un establecimiento.

Era una estancia. (1)

Antes de ensillar el charabón lo hizo atravesar el alambrado y, ya dentro del enorme predio, lo aperó, lo montó y tomó al trotecito hacia las casas.

Cuando se aproximaba a las construcciones le salió una brava jauría de perros a ladrarlo.

Pronto los animales se aquietaron, como si luego de olfatearlo, lo hubieran declarado amigo o lo hubieran reconocido.

Pero surgieron unos hombres, que con poco comediamento lo interrogaron:

—¿Qué se le ha perdido, amigo?

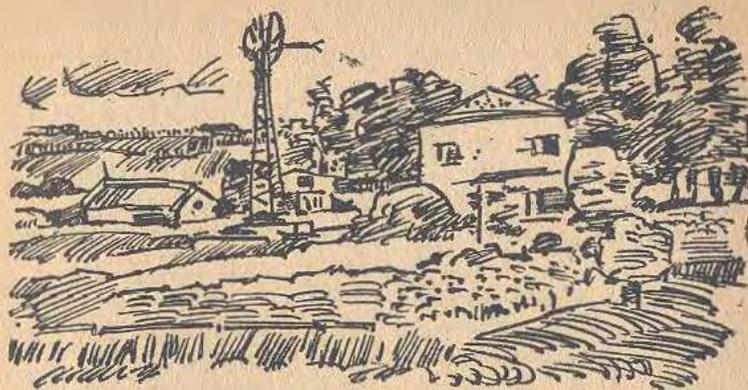
—Nada, señores, contestó él, respetuoso. Pero eso no dificulta que un corremundo pueda encontrar algo aunque no se le haya extraviado.

—¿Y qué podría ser eso?, rió un personaje que tenía la apariencia de ejercer autoridad sobre los demás.

El respondió:

—Puedo encontrar trabajo, señor, que ya pueden ofrecérmelo o ganarlo.

(1) Estancia: gran extensión de campo, dedicada a la ganadería.



Le agradó al preguntón la respuesta y la comentó:

—Muy bien, morenito (1) alarife (2). Te voy a conchabar.

Agradeció él, ofreciéndose:

—¿Con caballo y todo, patrón?

—De a ratos, porque no vas a montar montado ni a ordeñar las lecheras desde arriba de tu pingo.

—Para esas lidias, señor, me amaño a caminar, a trepar o a ponerme en cuclillas, con respeto.

—¡Cómo con respeto!, evidenció su sorpresa el estanciero.

—Con respeto, señor, porque dije en cuclillas y el cristiano bien puede agacharse para muchas cosas.

Además, patrón, para realizar una tarea, todo depende del animal que se jinetea. Yo oí mención de un paisano que ordeñaba de a caballo.

—¿Y qué hacía? ¿Le pedía a la vaca que subiera arriba del rancho? ¿O la ataba del pescuezo de la copa de un ombú?

(1) Morenito: eufemismo de negrito; negro o persona de pigmento oscuro.

(2) Alarife: vivaz, despierto, inteligente.

—No, señor. Porque no valdría la pena tanto trabajo ni tendría gracia el recurso. El gaucho del cuento usaba como matungo a una tortuga.

De muy buen humor quedó el hacendado con las rápidas e ingeniosas contestaciones y discursos del recién llegado y dispensándole su confianza resolvió presentárselo a su esposa, quien, con propósito de burla, indagó:

—Dígame, Gaucho Tierra, ¿por qué lo han hecho tan negro?

—Por mi mismo nombre, señora, y para diferenciarme de los lirios bien blancos como usted, —que es blanca y es flor—, y que nacen de la tierra bien negra.

—Muy bien, Tierra. Su lisonja, además, es muy agradable. Pero yo desearía saber por qué los lirios —que son tan delicados y bonitos— se mueren lo mismo que los abrojos y las espinas.

—Debe ser, mi ama, para darles el consuelo —a estos últimos— de que siempre disfruten de buena compañía. Lo feo debe ser menos feo cuando se acerca a lo lindo, como la noche se vuelve clara cuando se mira en la luna.

La dama, halagada y admirada, ordenó darle al nuevo peón una moneda de oro y como lo mandaran hacer un trabajo de a pie, aprovechó la oportunidad para enviar al avestruquito a su casa.

Le encargó a su flete que, sin perder tiempo y andar entreteniéndose o contando los pasos, como hacen sus congéneres cuando pastan, se diera una galopada hasta el rancho del domador, llevando sus noticias y el regalo de la libra esterlina que él había recibido como obsequio.

* * *

Nuestro amigo de barro había salido dos o tres veces a mirar el horizonte a ver si aparecía de regreso su mensajero, pues lo necesitaba.

Con otros mensuales tenía que ir al fondo del campo, a componer un alambrado.

Volvió el charabón y cuando él, con la gravedad co-

rrespondiente le fué a hacer las observaciones del caso por su llamativa demora, el avestruquito le explicó que Tico-tico, contentísimo, no terminaba de hacerle preguntas, muy interesado, como era natural, por las alternativas y acontecimientos de la vida de su querido amigo.

La cuestión no fué para más.

Ensiló su pingo, fué a hacer de alambrador, cambiando postes, barrenando palos, asegurando hilos y así se fueron sucediendo los días, cumpliendo al pie de la letra con sus obligaciones de peón de estancia.

Junto con su habilidad, al patrón le gustaba probar su ingenio y viéndolo montear, le puso en evidencia la fuerza de los hachazos de un empleado hercúleo, que cortaba un tronco más rápidamente que él.

—El es más grande, señor. A mí me toca pegar más seguido y pegar dos veces.

—El gana tiempo.

—Yo no lo pierdo en fumar y no charlo... si no me prosean.

—Con eso, como yo le doy conversación, parece que quiere decirme que lo entretengo.

—Como usted es el que manda, cuenta tendrá en ello, patrón.

—¿Y por qué?, si eso no me produce nada.

—También se gana cuando se ríe y mire que la risa ni se compra ni se vende y ni siquiera se tiene cuando se quiere ni admite préstamo ni trueque.

—¿Te molesta que yo me ría?

—Me alegra tanto como a usted, sabiendo que la risa es salud y que quien no ríe está como asistiendo a su propio velorio.

—¡Este negro es un doctor!, relinchaban sus carcajadas los otros peones.

—Y una hormiga para la lidia, comentaba viéndolo arrastrar trabajosamente las grandes ramas de los árboles caídos.

Además, como era muy frugal, esto es, se alimentaba

con poca cosa —¡es un pajarito para comer!, se admiraban sus compañeros— no tomaba mate y se conformaba con charqué seco, fariña y galleta dura, el estanciero estaba muy contento con él, ambicionando:

—¡Si fueran así todos los peones!

Súmese a eso que nunca pedía permiso para salir. Jamás incurría en el detestable y desagradable vicio de emborracharse, pues como no podía beber no conocía el gusto del vino y hasta ignoraba su existencia.

Era atento, servicial, cumplidor.

No necesitaba que lo despertasen de madrugada ni que lo mandasen dormir, sin perjuicio que le había tomado mucha afición a las sabrosas veladas de la cocina de afuera, en la que los peones —mientras mateaban— proponían adivinanzas, repetían décimas y narraban cuentos y sucesos.

Así acortaban las largas noches de invierno, mientras afuera caía la lluvia fría y el viento, como un gato furioso, aullaba y a veces empujaba la puerta, insistiendo para que le dejasen un lugarcito caliente al lado del fuego.

El, mudo, silencioso, bebía ávidamente las anécdotas graciosas, los hechos heroicos de las lejanas revoluciones o las leyendas de miedo, en que se mencionaban sucesos tristes, raros, misteriosos u horripilantes.

LOS CUENTOS, COMPLICADOS CON SU SECRETO LE HACEN PERDER EL EMPLEO

El estanciero era severísimo en la prohibición del juego en su establecimiento.

Con exacto criterio lo consideraba un vicio, que no sólo dominaba a sus víctimas, sino que las desviaba del buen camino y hasta de las buenas costumbres.

Debido a tal circunstancia las sencillas veladas de la cocina eran sólo tertulias de conversación, en las cuales, por el idéntico nivel de sus personajes, cualquiera podía “meter la cuchara”. (1)

Por cierto que dichas reuniones eran interesantes y, en relación a la vida o al trabajo del campo, sumamente instructivas.

Para Gaucho Tierra se volvían una ventana, por la cual no sólo miraba, sino por donde descubría el mundo.

La noción de la propiedad —a la cual le era tan difícil hacerse— se la fueron dando las marcas y señales, que identificaban las haciendas, majadas y caballadas.

Con su cuchillo aprendió a dibujar en el suelo las primeras, que se graban en el anca de los caballos o de los

(1) Meter la cuchara: forma verbal que significa intervenir en una conversación.

vacunos, calentando un emblema de hierro en el fuego e imprimiéndolo luego sobre la piel del animal.

Distinguió las muescas, orificios y cortes, que les hacían en las orejas a los lanares.

Descubrió los principios que unos y otros domadores usaban en su oficio y las formas de curar los animales "abichados" (1), pasmados (2) o mancos del encuentro (3).

De ahí pasó a la medicina popular campesina, que para cada enfermedad encuentra una hierba, hoja, raíz o flor, eficaz e infalible.

Pero lo que a él realmente lo seducía con su poderoso encanto singular eran los cuentos de humoradas, de picardías y más los de terror, a los cuales eran tan afectos los paisanos.

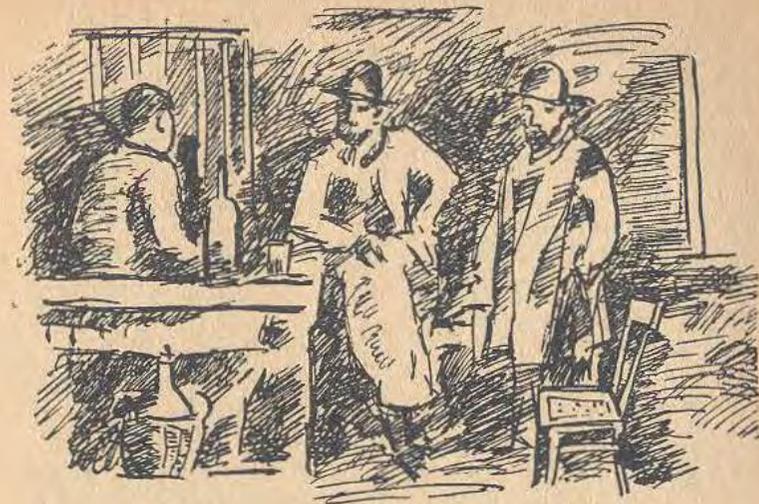
No había quien se riese más que él con las bandidadas de Pedro Malasarte —se cuidó muy bien de revelar que lo conocía—; de los ardidés y estratagemas de don Juan el zorro; de los recursos de Joao Priguiça, popular personaje legendario de la frontera brasileña, que se vale de cuanta artimaña existe o se pueda inventar, para hurtarle el cuerpo al trabajo... Pero tampoco se encontraba otro en la rueda que se impresionara más que nuestro amigo, cuando escuchaba la secuela de angustias del séptimo varón de una familia, que los viernes por la noche tenía que volverse lobizón, transformándose en un perro de pelo revuelto y luciente colmillo o en un chanco negro, grandote, que echaba fuego por los ojos.

Su cuerpo de barro se estremecía con los escalofríos del miedo cuando se hacía referencia a las ánimas —que allí se creía que eran las almas de los muertos, que andaban penando—; a los aparecidos; a los fantasmas o a esc

(1) Abichado: animal que tiene una herida que se le agusana.

(2) Pasmado: animal al que se le atribuye una dolencia a causa de beber agua fría, estando extremadamente cansado. Quizás insolación.

(3) Manco del encuentro: Dislocamiento de las extremidades anteriores de un equino,



curioso personaje con el cual lo confundieron, el Diablo.

Este señor le daba mucho que pensar y le era difícil admitirle su exclusiva actitud para el mal.

—¿Pero por qué un hombre sólo tiene que preocuparse en hacer daño? se preguntaba.

Su sentimiento de la justicia se le antojaba que ésta debía alcanzar a todos por igual.

.....

A veces se le ocurría que toda esa caterva irreal, inexistente y estrafalaria, debía andar roncoando las casas, empujando las puertas, espiando por las ventanas...

Y cuando se iba a dormir, tenía que encontrar alguno en su catre o soñaba que, como en las fábulas oídas, de pronto una mano helada lo empezaba a destapar o, lentamente, comenzaba a robarle el poncho que lo cubría.

En general sucedía que en las vueltas que daba mientras dormía se le resbalaba el abrigo y ya suponía que en aquello había una zurda intención y un tremendo misterio.

Un resuello de carpincho, un gemebundo aullido de perro, un chistido de graznar de lechuza, le ponían la carne de gallina.

No sabemos si su cabeza no estaba construída para todas aquellas fantasías o si, de primera intención, tales ideas no se le acondicionaban en debida forma, produciéndole un mareo muy grande y haciéndole ver visiones por todas partes.

El, en oportunidades, conversaba con el avestruz, refiriéndose a dichos fenómenos y el bichito le comentaba juiciosamente:

—Vaya a saber... Mi ciencia alcanza para poco, pero yo no soy más que un ñandú, y me conformo con ella. Escasamente instruído, como tú sabes, me sacaron muy joven del seno de mi familia. Mi padre siempre nos enseñaba algo, porque él había caminado mucho, pero nunca nos contó nada que nos asustase o nos quitara el sueño ni dejó de llamar agua al agua y pasto al pasto, como todo animal que se respeta y tiene el debido culto a la verdad y el natural amor que corresponde a los hijos.

Lo que sea se verá.

Lo que sí, que hay que verlo y no sacarle el cuerpo.

¿No te parece?

Gaicho Tierra, un tanto indeciso, moviendo para uno y otro lado su cabeza de barro, opinaba:

—Lo que dices es razonable, pero a algunas cosas conviene mezquinarles el bulto, por las dudas, que no es lo mismo hablar de fuego que quemarse.

—También puede ser, manifestaba el charabón, que era bastante tranquilo y conciliable.

* * *

El patrón no tenía una sola queja del empleado nuevo, que hubiera permanecido en la estancia toda la vida si no hubiera sucedido una incidencia que, para los que ignoraban la causa que la provocó, quedó como un enigma indescifrable.

Ya cuando se dispuso el baño del ganado con el veneno garrapaticida, (1) había llamado la atención que mientras Tierra andaba en los apartes y en las arreadas se comportaba a la altura de los más guapos y resueltos compañeros, pero luego mermó su acción.

No dejaba nada que desear cuando le tocaba empujar a los animales ariscos y abrir y cerrar las porteritas a los vacunos recién bañados. Pero frente a los bichos que salían espantados, erizados, sacudiéndose y haciendo saltar el líquido apestoso, cambió su comportamiento.

Miedo no parecía ser.

No abandonó la lidia, pero tomó una serie de precauciones defensivas que, más que sorpresa, provocaron bromas, risas y cuchufletas de parte de sus colegas de labor.

El hombrecito de barro se improvisó unos guantes de trapo y terminó por confeccionarse un capuchón que le cubría cara y cabeza y al cual le hizo dos agujeros por donde mirar.

Con tal vestimenta parecía un disfrazado.

Los paisanos soltaban unas ríotodas jubilosas cuando lo enfrentaban y no faltó alguno más chusco, que con evidente intención, entre burlona y despectiva, le gritaba:

—¡El amigo se creyó que estamos en carnaval! ¡Oigalé la mascarita!

O:

—¡Cuidado, niña hollincito, que se me puede ensuciar!

Tierra estaba bastante fastidiado y más de una vez se decidió a hacer pagar cara la insolencia de los atrevidos.

Después pensaba en la probabilidad de perder su colocación y se armaba de paciencia o aumentaba la que ya le era habitual.

Proyectaba explicar más tarde, cuando se reunieran en la cocina para la cena, la razón de sus medidas, pero sea

(1) Garrapaticida: líquido para matar las garrapatas, parásitos voraces, negros y grandes como una arveja, que parece se incrustan en la piel de los vacunos. El valor de los cueros afectados por esa plaga desmerece su precio.

por cortedad o porque la revelación de su secreto podía resultar peligrosa, no se exployó.

Como de costumbre, antes que mentir, prefirió callar. Fué peor.

Se le hizo un ambiente hostil y molesto, que le imposibilitó toda defensa en su última actitud, la que, necesariamente, le costó el empleo.

Unos días más tarde, con la llegada de unos compradores de ganado, fué preciso parar rodeo, operación consistente en reunir y concentrar en un sitio del campo toda la hacienda.

La peonada madrugó y por cierto nuestro amigo no fué el último en levantarse.

Mientras sus compañeros mateaban y churrasqueaban, él hacía sonar entre sus dientes unos pedazos de galleta y los granos de maíz, —bastante duros—, de unos choclos tostados en el ardiente rescoldo del fogón.

Cuando el capataz gritó el: ¡Vamos!, Tierra sofrenaba precavido a su pingo brioso, que se salía de la vaina, como quien dice, para correr, pechar o permitir enlazar un toro chúcaro o una ternera arisca.

El tiempo estaba tormentoso y pesado.

El día quizás era malo para la faena y por eso se ordenó que las tareas se hicieran a prisa.

Nuestro gaucho respondía y ayudaba con coraje y destreza a todos los que requerían su colaboración, mientras el cielo se ponía cada vez más oscuro y comenzó a relampaguear y a tronar que era un espanto.

Era hermoso el espectáculo de los cientos de vacunos, que mugían y entrechocaban sus cuernos y el galopar y el vocerío de los jinetes que revoleaban lazos y ponchos por sobre el testús de las bestias.

El personal trabajaba con decisión y entusiasmo.

En primer término estaba nuestro hombrecito de barro, que con la ventaja de la rapidez de su charabón, se podía trasladar más pronto que ninguno al sitio en que era menester su presencia y ayuda.

Pero de pronto, del cielo sombrío, empezaron a caer unas enormes gotas de agua, precursoras de una copiosa lluvia, que ya había bajado en forma de espesas cortinas grises en parajes cercanos y que unos minutos más tarde se descolgarían allí.

Ante el fenómeno —al cual nadie dió importancia— se vió a nuestro personaje dar grupas con su ñandú al inquieto y pintoresco grupo del rodeo y salir para las casas disparando, frenético, espoleando y castigando a más no poder a su flete.

—¡El negro es loco!, comentaron.

—¿Por qué le habrá dado esa viaraza? (1)

Cuando regresó el patrón —sin más ni más— le arregió la cuenta y, como había sido un excelente peón, accedió a su humilde —y para nosotros explicable— ruego de que, por favor, le permitiese quedarse bajo techo hasta que cesara la lluvia.

Aquella tregua —el estar el mensual despedido, quieto y triste, aguardando el instante en que se despejara el tiempo para salir de nuevo a rodar— disipó la ira del señor, que insistió en conocer la causa de la huida de Tierra del rodeo.

El no se resolvió a hablar concretamente.

Con mucho tacto, apenas si dejó entrever que todo había obedecido a un imprevisto e irresistible miedo.

Sin revelar que era de barro, se refirió a su vago conocimiento de la legendaria inundación de la tierra, conocida por el diluvio y dijo que creía que había vuelto a empezar...

Por eso se había puesto a salvo.

El patrón reflexionó un poco, y explicó:

—Sí, eso sucedió una vez... Parece que hace años...

Gaucho Tierra le contestó con un refrán:

(1) Viaraza: ocurrencia extravagante; arranque improvisado; arrebato; ataque demencial.

Gato que roba un menudo, (1)
repite el robo dejuero.

Con ello daba a entender que el fenómeno podía repetirse.

El tenía sus poderosas razones para —en tal caso— ponerse a buen recaudo.

No había que facilitar.

(1) Menudo: entraña, cualquiera de ellas; habitualmente se refiere a los de las aves. También se dice achuras, cuando corresponde a las de vacunos o lanares.

XVII

EN UNA FONDA

Había llovido mucho.

Por suerte el charaboncito era bastante alto y disponía de sus flacas, —aunque robustas piernas—, lo suficientemente largas como para permitirle atravesar el arroyo Guaviyú, encaramado sobre su lomo, sin mojarse.

Los caminos y los campos, como bajo un celeste cristal, fulgían con la inundación.

Esa apariencia de universal bañado, alegría de zancudos —garzas, gallinetas, juan grandes, patos y sus vecinos teruteros— provocaba la desesperación del viajero que prometía:

—Si tengo que pernoctar en la calle o en el campo raso, voy a dormir de a caballo, sin apearme de mi pingo.

Afortunadamente no le fué menester castigar con tal penitencia inmerecida a su ñandú.

A lo lejos descubrió unas construcciones blancas, que resultaron ser las de una fonda, casa de comida y hospedaje.

Se acercó y pidió posada.

Lo observaron con cierta desconfianza —en una de esas porque venía en el avestruz, en una de esas porque era chiquito, en una de esas porque era bastante oscuroito

de color— le objetaron algunas dificultades y terminaron por proponerle como refugio un destartelado galpón.

Esta construcción era un rancho semi abandonado, cuyo techo de vieja paja brava, prometía a la señora llover paso libre entre sus agujeros y rendijas, sólo comfortable a las peludas arañas y a las oscuras vinchucas, insectos venenosos muy aficionados a la sangre humana.

¡Mala farina!

Pero cuando no hay más remedio, hay que adaptarse a las circunstancias y hacer de tripas corazón. (1)

Pidió algo de comer y cuando la dueña del establecimiento se enteró que no tomaba mate ni leche ni comía churrascos, conformándose con pororó, (2) choclos asados y pan duro o galleta vieja, pensó:

—Este mozo me convendría para peón y le ofreció cuatro reales por mes —como quien dice— para concharlo.

—Es medio poco, doña.

—Pero tiene casa y comida, recalcó ella y subrayó:

—Y si usted padece de eso que me dice, aquí puede hacer con comodidad el tratamiento que su dolencia le exige.

—Yo no estoy enfermo de nada, señora.

—¡Ah! yo creía que usted tenía humedad crónica o que algún daño (3) lo había dejado aguachento (4).

Eso era lo menos que ella había pensado del forastero.

El, —encantado en el fondo—, había terminado por aceptar.

Y mientras empezó a hacerse cargo de las tareas del establecimiento, mandó al avestruzito a casa de su amigo a llevarle un saludo y un montón de pesos, que podríamos

(1) Hacer de tripas corazón: acomodarse a lo que sale; forzar a que lo material se vuelva lo ideal; la realidad, sueño.

(2) Pororó: maíz frito con grasa en la sartén.

(3) Daño: maleficio; brujería.

(4) Aguachento: hidropesía o enfermedad que atribuye un exceso de agua en la sangre.

asegurar que eran ganados con el sudor de su frente, si no supiéramos que el negrito no sudaba.

Trabajó fuerte el hombre.

Cortó leña; arreó las lecheras, ordeñó; carneó una oveja, sin que lo salpicara una sola gota de sangre; hizo fuego; acarreo agua y comenzó a aprender a servir a los clientes.

Atendió la mesa en la hora del desayuno, en el almuerzo y en la cena y ayudó a tender las camas y a barrer las habitaciones.

Muy atento y muy servicial, se captó la simpatía de todos y en especial de la patrona, que le agradaba mucho la doble excelente condición de su empleado, de ser callado y sobrio.

El no daba conversación: era discreto.

Casi no comía: lo hacía parcamente.

No se sentía y salía barato.

Luego, excepcional y recomendable cualidad, no era lengüeta, esto es, no andaba metiendo los dedos en los tachos de dulce; ni probando la comida que tenía que cuidar o revolver; ni bebiéndose los restos de las bebidas que quedaban en el fondo de las botellas.

Pero sucedió que el hijo de la fondera, que tenía debilidad por el alcohol, empezó a acentuar su inclinación, bebiendo más de la cuenta no sólo de día sino de noche, a escondidas de su madre.

La señora notó que el barril de vino mermaba de manera llamativa y, en vez de pensar en la buena filcha (1) de su hijo, comenzó a desconfiar del peón.

Un día, luego del almuerzo lo llamó al hombrecito de barro y fingiéndose molestada de la vista, le rogó:

—A ver, joven, si me hace el favor de soplar me este ojo, donde parece que me entró una basurita.

(Ella se proponía sentir el olor de su aliento para descubrir si él era el ladrón de su vino).

(1) Filcha: ficha de juego; imagen peyorativa sobre una persona; ser inmoral.

El gaucho no entendió bien lo que debía hacer.

La patrona le explicó:

—Haga un vientito con la boca, como cuando enciende el fuego.

El reflexionó:

—Le entró algo en la vista. Pero resulta que como yo tengo la boca seca y reseca y estoy igual por dentro, si soplo, no tiene nada de extraño que me salga una polvareda y, en vez de curarla, terminaré por llenarle de tierra el ojo enfermo. Va a ser peor el remedio que la dolencia.

Aquello no convenía a ninguno de los dos.

Contestó que no podía hacerlo.

Acentuada su desconfianza, ella insistió.

Lo mandó, casi se lo impuso.

El se mantuvo firme, se negó rotundamente y la señora se enojó hasta ponerse furiosa y estuvo a punto de despedirlo.

En realidad se contuvo porque lo necesitaba mucho y le resultaba muy conveniente.

Optó por conservarlo a su servicio y por resolverse a llevar el barril de vino a su habitación, donde, unas noches más tarde descubrió a su hijo, — ¡al nene!, — caído al pie del barril...

Aquello pasó, pero pronto la fondera debía recibir la visita de un personaje, que no sabemos si era el Jefe de Policía, el Intendente del Departamento o el Presidente de la República.

La cuestión era que iba a llegar alguien muy importante.

Ella se propuso lucirse, no sólo con su arte de cocinera, sino con la manera de presentar y servir sus manjares.

En tales preparativos tenía su comercio revuelto y convulsionado; nervioso e inquieto a su personal.

No había aclarado aún cuando despertaba a su servi-



dor, teniéndolo al retortero (1) entre enseñanzas, recomendaciones, órdenes e instrucciones.

Tanto sermón, tanto palabrerío y tanta monserga, le dejaban a él la cabeza zumbando como un avispero.

Fregar, barrer y acomodar — luego del habitual quehacer — era lo de menos. Lo peliagudo eran las lecciones que, a marcha forzada, impartió a su empleado, a quien en cinco minutos, pretendía transformar en un veterano mozo de hotel y en una persona amable, fina y bien educada.

Que cómo debía pararse sin abrir las piernas cambuecas (2) de tanto montar a caballo y domar; que dónde había de colocarse la servilleta y cuál era el lado por dónde un plato se servía o se retiraba y qué sonrisa utilizaría para alcanzar el pan, servir el vino o pasar la sal!

(1) Al retortero: de aquí para allá.

(2) Cambuecas: piernas cómbas; curvas y separadas como dos paréntesis.

Y que siempre el N^o 1 debía ser el señor Presidente y cómo debía contestar si le formulaban ésta, aquélla o la otra pregunta.

Le hizo repetir palabras difíciles que él jamás había oído ni entendía, hasta el extremo de que estuvo tentado de protestar:

—Sepa, patrona, que yo me he colocado de peón para todo servicio, pero no he venido a que me instruya para salir escribano, doctor o procurador o teniente alcalde.

Peró su experiencia le mandó ser prudente, tener quieta la lengua y resolverse a hacer lo que pudiera y con su mejor buena voluntad.

Continuó tolerando la prédica y la retahila; trató de retener en la mente frases y gestos, sin suponer que todavía quedaba la cola por desollar, esto es, que la señora le preparaba una última prueba, que podríamos llamar de fuego.

De pronto la fondera empezó a examinarlo, cual si lo hubiera visto por primera vez y tras un prolijo estudio llegó a la conclusión de que el mozo de barro, aunque sólo fuera en aquella oportunidad, debía componerse para resultar un poco más claro.

—Uno es como lo han hecho, argumentó él, y el ser levemente oscurito y aún un mucho, no lo estimo a deshonra.

—No lo digo con tal propósito, — adujo el ama, — pero como yo pienso ponerte un delantal blanco, hasta el pescuezo, si no te empolvás un poco, vas a resultar como una mosca entre la leche.

—¡Delantal! ¡Empolvarme!, profirió él con espanto, como si le propusieran asarlo al asador, para que se lo devorase el Presidente de la República.

—¡Ah, nó, doña! ¡Ah, nó! ¡Ah, nó! ¡Eso sí que nó! ¡Yo no soy mujer ni me voy a dejar fajar como niño chico o como difunto a quien le ponen la mortaja!

—¡Usted, — le retrucó fuera de sí la patrona, — se va a poner el delantal, se va a peinar con raya al medio y se va a blanquear la cara!

Si hubiese tenido sangre roja en las venas, Gaucho Tierra se hubiese quedado colorado de rabia y de vergüenza.

—¡Por quién me habrá tomado!

Y conteniéndose para no decir alguna barbaridad, guardando la mayor compostura de que era capaz, exclamó:

—Válgale que usted es mi patrona y lleva polleras y yo le debo respeto, por mi ama y por mujer, pero tenga entendido que yo no soy ni china loca ni mono de probista para hacer gracias que hagan reír a la gente. Déjeme en el corral con las vacas; en el chiquero con los cerdos; en el picadero, hacheando leña; trayendo agua del manantial y ya barriendo, limpiando o restregando, lo que cuadre o mande. Y si me quiere de mozo del comedor me ha de tomar tal y cual soy, con mi chiripacito, mi golilla, mis botas con espuelas y mi tirador de cuero de lobo, que así anda el gaucho en lidia o en fiesta y no provoca ni ofende a nadie y puede ser cumplido y político y atento, sin recurrir a trapos ni menjergues que lo hagan pasar a uno por un mujerengo que sería aparentar, contra mi gusto e inclinación, lo que — por fortuna — no soy.

Pálida de furor e indignación, la señora apenas oyó tal sostenido, cuan inesperado discurso, vociferó:

—¡Vean al mosquita muerta lo que se traía escondido bajo el poncho! ¡Facilite animal de poca figura!, como decía el finado mi esposo. ¡Cómo te haría poner en vereda, si él viviese! Mala condición la de viuda! ¡Pero yo sabré valerme y hacerme respetar!

—Yo creo no haberle faltado, señora, se defendió él.

—Ya es ofensa no obedecer a las personas mayores. Pero basta. ¡Ya te puedes mandar mudar de aquí, negro atrevido, insolente y mal agradecido! Es que uno se equivoca. Los quiere hacer gente y salirle con eso!

Y ya, no sabiendo cómo herirlo y maltratarlo, fula de rabia, repitió:

“A los blancos hizo Dios
y a los mulatos San Pedro
y a los negros hizo el Diablo,
para tizón del infierno”.

—Mujer enojada y tigra con cría, que los aguante otro, mascullo para sí el aludido e informo:

—Prevégase, señora. A usted la han informado pésimamente. Yo no soy hechura de Mandinga. A mi me compuso el compañero Tico-tico y con buen material. No soy encontrado en un hormiguero ni abajo de una torta de vaca y conozco mi mano derecha y tanto como agachar el lomo, (1) sé darme mi lugar y sé respetar. Sepa, además, que al tal Diablo, lo he conocido sólo de mentas y no hace mucho.

—¡Se vé!, exclamó despectiva la dama. ¡Se ve a la lengua!, recalcó con tono ofensivo y alcanzándole lo que le adeudaba de sus jornales, le gritó:

—¡Ahí tiene lo suyo! ¡Y ya se me calla la boca y se me manda a mudar y ligerito, eh! ¡Antes que lo eche a escobazos!

(1) Agachar el lomo: trabajar.

XVIII

“LAS ANIMAS”

En realidad nuestro personaje se alejaba tristemente de la fonda.

Se había encariñado con el sitio, con el ambiente y sus habitantes.

Lástima que aquella gente — la buena paisana — fuera tan caprichosa y tuviera ideas tan extravagantes.

¡Caramba! ¡Ya debían saber lo que era un gaucho!

Y dejarse de pinturas, de firuletes y de macacadas.

Tremendo sería que por todas partes le fuese a suceder lo mismo.

Con estos malos pensamientos se turbaba y oscurecía su mente.

Si un poco contribuían a ello sus reflexiones sobre su falta de suerte, quizás en parte también se debían atribuir a influencia del tiempo, que estaba bastante nublado y desapacible.

El sol oculto entre unas nubes grises, se dijera que pretendía irse antes de su hora, llamando a la noche que, con todo derecho, mañereaba escondida tras de los cerros o en la oscuridad del monte.

El arroyo, como si hubiera corrido mucho y estuviese cansado, respiraba un aliento de niebla, que iba envolvién-

do el paisaje en un tul algodonoso, húmedo, que al gaucho no sólo resultaba molesto, sino peligroso.

Con tal que aquello no lo mojara.

Ladró un zorro escondido.

Desde un poste del alambrado graznó una lechuza.

—Buenas tardes, comadre, la reverenció él, muy atento.

La dama de la cabeza giratoria ni se dignó contestarle el saludo.

—¡Bicho mal educado, aparte de feo, eh?!

Y le brotaron en el recuerdo, con sus desagradables reminiscencias, todas las historias y los cuentos de miedo que había oído en las enramadas y cocinas, de ranchos, boliches y estancias.

Se repite que el saber no ocupa lugar, sin embargo hay tanta futilidad y tanta tontería que no valdría la pena conocer y detenta una parte de nuestra memoria!

¿Para qué le habrían narrado aquello?

Daba por seguro que si él tuviese un hijo —lo curioso que lo identificaba en un Tico-tico chiquito, débil, negrito como él— daba por cierto que jamás se le ocurriría llevarle la cabeza con semejantes despropósitos.

¡Los aparecidos, los fantasmas las ánimas, las luces malas!

Esos inventos de la fantasía popular que se creería que aguardan la soledad y la sombra para salir a asustar al viajero pusilánime, abandonado, perdido.

El era un hombre valeroso y fuerte, resuelto y corajudo, capaz de enfrentarse a cualquier dificultad o peligro, pero carecía de recursos contra lo irreal, lo inasible y lo desconocido.

Su ignorancia, de la que no tenía la culpa, le hacía admitir las más burdas supersticiones y daba por verdaderos los absurdos y disparates de las patrañas, que contaban las leyendas y las fábulas difundidas en nuestras campiñas.

Se le concretó en la memoria su primera aventura,



cuando lo tomaron por el Diablo, a quien, bajo aspectos siempre perversos, había conocido en repetidas consejas.

Lo curioso era que por más esfuerzos que se proponía hacer para conservar su entereza, cuando oía aquellos relatos espantosos le entraba un desasosiego y una angustia extremas, al tiempo que escalofríos de terror le recorrían el cuerpo.

Ahora pensando en eso se le renovaban las pasadas impresiones.

¡Qué cosa, no!

Se le embrollaban en la cabeza esas reminiscencias molestas, que lo ponían en condiciones de admitir y creer las más descomunales mentiras, cuando, como desembocando de la niebla vió venir hacia él, por el camino, hasta tres borrosas figuras blancuzcas.

Empezó a mirarlas con atención mezclada de espanto, distrayéndose al extremo de no atinar a explicarse de cómo

de había surgido un caballo, al parecer desbocado, que cruzó a su lado con fugacidad de relámpago, llevando sobre sus lomos dos nuevas indecisas figuras blancas.

El avestruz, tan inexperto como su amo, dió una espantada que casi lo arroja al suelo y ya otros fantasmas, zigzagueando y huyendo, aparecieron en el callejón.

—¡Las ánimas!, gritó él, aterrorizado, temblando, erizada la piel, y espoleó y castigó a su flete, huyendo sin rumbo.

Si por él hubiese sido no se detiene "hasta el fin del mundo".

Extenuado por la frenética y larga carrera fué el charabón quien terminó por acucillarse, rendido.

El impulso que llevaba su pingo lo hizo rodar por el suelo y medio perder el sentido.

Cuando se repuso vió frente a él dos lucecitas verde-amarillentas, que se le ocurrió —tanta era su tribulación— que fueran velas o lámparas de alguna casa y entre ahogado y tartamudeante, mientras se quitaba su abollado sombrero, saludó:

—¡Ave María Purísima! (1)

Una voz que creyó reconocer, le contestó afectuosa:

—Viva el hombre.

Estaba frente a la cueva del Zorro, que indagaba:

—¿Pero qué le pasa, don Tierra, que está tan pálido y agitado?

—Nadita, respondió él, como si con el diminutivo achicara hasta su mismo miedo. Es que pegué una galopada medio sostenida disparando de la tormenta y de la lluvia.

—¿De qué lluvia me habla?, rió el Zorro. Pucha que está resultando maturrango! No se diga, un campero! Pero no ve que mientras no se levante la neblina no va a llover!

Conocía las mentas (2) de la raposa. Sabía que la su-

(1) Ave María Purísima: Forma de saludo de carácter religioso usado antiguamente.

(2) Mentas: prestigio; díceres, fama, antecedentes.

ya no era casa honrada, pero como la necesidad tiene cara de hereje, se decidió a solicitarle:

—Si no le resulta muy molesto, don Juan, y puede concederme hospitalidad, haría noche en su residencia.

—¡Cómo no!, se ofreció muy cumplido el dueño de la casa. Disponga no más, compañero. No hay mucha comodidad, porque yo soy un gaucho pobre, que vive como puede, pero lo que hay es suyo.

—Gracias.

Y ansioso el recién llegado de explayarse sobre las rarísimas cosas que terminaba de ver, —aunque con cierta desconfianza de que el Zorro fuese a burlarse de sus temores, —como para entrar en materia, lo tanteó:

—Dígame, mi buen amigo, ¿usted cree en ánimas?

—¡Ánimas!

—Sí, pues, las almas que andan penando. Las almas de las personas que se han muerto y tienen sus culpas. Las que han cometido algún delito o han dejado plata enterrada.

Y con la fresca, cuanto espeluznante visión de lo que había visto, agregó:

—¡Las ánimas... que suelen aparecer de día... y andan a caballo!

El Zorro lo miró y supuso mientras le chispeaban los ojillos maliciosos:

—Este negrito está desvariando...

No quedó en eso, pues luego de comentar:

—¡Ánimas y jineteando!

Explicó en tono zumbón:

—Respecto a las ánimas, que hay de dos clases, mi abuelito me decía que a unas las hacen los hombres y a las otras las fabrica el miedo. Las primeras, como inventos que son, no pasan de tales. Las otras no, porque si uno es zonzo con ribetes de bobeta y sienta plaza en el batallón del miedo, ahí andan...

—¿Dónde?!, le creció el susto a Tierra.

—¿Dónde?, pues en la cabeza de los que creen en eso.

—¿Entonces, usted no cree?

—Esas son historias para asustar a los chiquilines que

no les hacen caso a las madres; que no comen o mañerean para dormirse de noche.

—Ah, sí! admitió admirado el hombrecito de tierra, pero no podía cerrar los ojos. No podía conciliar el sueño. Veía visiones en la sombra. Potros cabalgados por fantasmas galopaban en remolinos vertiginosos que le hacían girar la cabeza.

Cuando por fin se durmió, soñó que doña María la fondera lo tenía en la falda haciéndolo comer helada escarcha, hasta que lo atoraba.

—¡Te voy a vestir de blanco por dentro! le gritaba.

Y seguía embutiéndolo, hasta conseguir que él se fuera ablandando hasta deshacerse y deslizarse y correr por el suelo como un oscuro y triste arroyito de barro.

Después se volvía un río, un ancho río de corriente negra, a cuyo margen se detenían, al parecer temerosas, una cantidad de ánimas blancas montadas a caballo.

Era una suerte, ya no iban a pasar más para asustar a la gente...

XIX

LA ESCUELA

Al día siguiente el huésped madrugó.

Saludó al Zorro, que como la noche anterior había andado de correrías, apenas abrió un ojo para desearle buen viaje y aunque el caballero don Juan continuó durmiendo, él en términos corteses, improvisó un discurso para agradecerle el hospedaje.

Era muy educadito.

Mientras ensillaba su pingo notó la falta de algunas guasquitas, que supuso que el dueño de casa habría colocado entre las suyas por equivocación.

No se las iba a estar reclamando al pobre amigo que descansaba y como continuaba muy preocupado con sus pensamientos, no era de extrañarse que en tanto enrollaba el poncho o aseguraba la maleta a los tientos, conversara solo, en voz alta.

Seguía con las "ánimas"...

—El dice que son inventos.

En ese preciso momento don Juan resolló fuerte, se dió vuelta en su lecho de pasto y murmuró como entre sueños, pero con bastante claridad:

"No se asuste de las sombras
ni del conversar del viento.
No hay más fantasmas, amigo,
que los propios pensamientos".

Lo miró.

Como se le descubrían los colmillos amarillentos, se dijera que sonreía.

Podía pensarse hasta que se burlaba.

Sonaba de juro.

Montó a caballo y, aunque sin destino cierto, partió.

Un poco por costumbre, por vicio no más, pues no tenía apuro por llegar a ningún lado, galopó tragando camino, cuando divisó a lo lejos, viniendo a su encuentro dos viajeros de blanco.

¡Güé!

¡Otra te pego y me retiro!

Se repetía el fenómeno.

Se evidenciaba que las ánimas se habían resuelto salir de día también.

—Era lo que faltaba!

¡Qué audacia!

Y el Zorro que se reía y decía que eran cuentos e historias.

¡El debía enfrentarse a las apariciones!

Tentado estuvo de volver bridas y disparar a escape.

Hizo de tripas corazón y pese a estar temblando como pajarito encantado por la serpiente, dejó acercar a los fantasmas para hablarlos — si le alcanzaba para aquello el coraje — o para ver qué le hacían.

Venían a caballo, conversando y riendo.

No eran hombres grandes, eran pequeñuelos, muy aseaditos y peinaditos, que le hicieron recordar a su querido Tico-tico.

Más atrás venían otros dos, pero éstos montaban un solo petizo.

Se habían puesto los delantales que había inventado doña María y vendrían a ponerse a sus órdenes para servir al señor Presidente.

Los niños — no eran otra cosa — lo saludaron y tomaron un camino que se perdía entre los pastizales.

Aparecieron otros.

Como surgieran más de los alrededores, resolvió seguirlos para conocer su destino y la razón que los reunía.

Todos iban vestidos de blanco como los del día anterior y no tenían nada de raro ni demostraban ninguna animosidad ante él.

Guardando distancia —por precaución— el hombrecito de barro los vió aproximarse a un hermoso edificio, que no parecía almacén ni fonda ni estancia, y penetrar a todos por su gran puerta sobre la cual lucía un adorno ovalado, rico de bellos colores.

Un tico-tico retrasado, que llegó apurando su matunguito, fué quien, respondiendo a su temeroso y desconfiado pedido, lo informó:

—Esto es la Escuela, don... Lo que está arriba de la puerta es el escudo de la patria.

Algo entendió...

—Ah, la patria! Son todos los pagos... Hum... Ahí es donde enseñan a leer y escribir y cuentas?

—Exacto.

—Vea, nó!

Y él que había supuesto que los pequeñuelos eran las famosas ánimas.

Tendría que darle la razón a don Juan.

Mire que había sido bagual y zonzo.

Bueno, ya dice el viejo refrán: una vez hay que perderse para después ser baqueano.

La panzada (1) de risa que se tomaría el Zorro cuando se enterase de su equivocación y su miedo!

¿Con que allí era adónde no lo habían podido mandar a su amigo, el hijo del domador y la lavandera?

Ahora él, — ¡mire si es bueno conocer mundo!, — iba a tener la oportunidad de aprovecharla, pues no iba a perder esa coyuntura que le permitía su frecuentación.

Como vió que hicieron los chicos, se apeó del ñandu-

(1) Panzada: comida abundante, excesiva. Se usa en sentido figurado: una enorme porción de risa.

cito, lo aligeró de su apero, lo ató bajo la enramada y alzándose los costados del poncho sobre los hombros, quitándose el chambergo y con gran ruido de espuelas, penetró en el local de enseñanza.

La maestra, que en aquel instante dirigía la palabra a sus discípulos, se interrumpió, asustada.

Los niños cuchicheaban, curiosos y comunicativos:

—Un gaucho de los de antes.

—Lo que sí que no es muy bien despachado (1).

—El negrito que vimos en el avestruz.

El recién llegado saludó:

—Santos y buenos días.

Cuando repuesta de la impresión primera, la señorita le contestó, le formuló la pregunta que correspondía:

—¿Qué se le ofrece, señor? ¿Qué desea?

El se trabucó un poco:

—Este yo... mire..., no. Camino, no? Busco trabajo.

Pero ví todos estos chicuelos... Me dijeron que aquí era una Escuela donde se enseña y como siempre es bueno aprender algo y cuando se aprende no se pierde el tiempo, entré. Entré y como esto me gusta, me quedo. Eso sí la señorita da licencia.

La maestra lo oía con tanta atención como asombro.

Los alumnos no sabían si ponerse serios o reírse.

La aspiración del visitante era plausible y correcta.

Allí enseñaban. El necesitaba aprender... Nada más natural que pretendiese ser un discípulo más.

Pero su figura y su vestimenta llamaban excesivamente la atención y además, aunque era pequeño de estatura, el huésped daba idea de que hacía tiempo que había salido de la infancia.

Después no se acostumbraba que los niños vinieran solos a ingresar a la escuela.

Los traían los padres, los tutores, los patronos.

(1) Despachado; mal despachado: una cosa dada con escase. Una persona pequeña.



Pero, naturalmente, no se le podía rechazar sin estudiar sus antecedentes y averiguar algo a su respecto.

La señorita, para evitar algún momento desagradable — pues a pesar de que sus pequeñuelos eran respetuosos y bien educados, podían burlarse del gaucho — aprovechó la oportunidad para darles una lección sobre el loable propósito de instruirse del novel discípulo.

Luego lo hizo acercarse a su escritorio para tomarle los datos.

—¿Nombre?

—Gaucho Tierra.

—Gaucho no es nombre, es calificativo.

El entendió apelativo.

—El apelativo es Tierra, doña. Gaucho Tierra.

—¿Padres?

—Aparte de Tico-tico que me hizo, no conozco otros.

—¿Edad?... ¿Entiende?... Tiempo de vida.

—¡Ah!... Tiempo de vida... La cuestión se me embrolla un poco. A momentos me parece que nací ayer u hoy.

Cuando me pongo a cavilar, se me ocurre que soy viejísimo, que tengo años...

La maestra, irresoluta, mientras relacionaba el apellido del gaucho con la tierra, pensaba que, en realidad ésta es joven y vieja a un mismo tiempo.

Indecisa, con la mano en el aire, inactiva la lapicera de los apuntes, no sabía qué hacer...

¿Cómo llenaba la ficha?

Por otra parte, cómo iba a despedir al infeliz paisano, que se le acercaba humildemente a suplicarle una migaja de saber.

—Escuche, Tierra: yo no lo puedo inscribir, porque usted no tiene padres, existiendo además, la duda sobre la edad, que también lo impide; pero no lo puedo rechazar, porque usted me necesita. Algo hemos de hacer. Siéntese ahí. Tome los útiles como lo hacen los otros niños. Y copie esto.

—¿Copie?

—Haga esto.

Y le señaló una serie de signos que había escrito en la parte superior de una página de papel.

—Sí, señorita, asintió sumiso el hombre y comentó:

—En mi vida he dibujado muchas marcas, pero nunca he encontrado una tan difícil como ésta. ¿De quién es? Seguro pertenece a algún ricacho.

—Es suya.

—¿Cómo! ¡Mía! ¡Y yo no sabía! Entonces viene a resultar que yo dispongo de una marca, aunque no tenga hacienda!

—Es su firma. Es su nombre.

—¡Mi nombre! ¡Gaucho Tierra! ¡Ahí dice Gaucho Tierra! Es como si estuviese yo arriba del papel. Medio como si fuese yo?! ¡Pah!

—Sí. Algo así, sonrió ella ante la singular interpretación.

El, paciente y tenaz, se aplicó a reproducirla lo más

exactamente, que su torpeza y su inexperiencia se lo permitían.

Los niños lo observaban, bromeaban.

¡Qué bicho más raro les había caído como compañero!

Pero era bueno; la señorita le había cobrado simpatía.

Cuando llegada la hora de la terminación de las clases la chiquillada se retiró, él continuó en su banco dibujando su nombre.

La maestra llamó a su hermana, con quien vivía en aquel desamparo y aquella soledad, y le explicó el caso, solicitándole opinión y consejo.

—¿Qué hago?

—Despídelo.

—Me ha dicho que también busca trabajo.

—¿Y qué sabe hacer?

Se lo preguntaron:

—De todo, contestó él. Lo que manden: Lidia de campo. Y hasta cocinar si se precisa, pues estuve empleado en una fonda.

Hablaron de sueldo.

—Si la maestra me enseña, yo no puedo cobrarle nada.

Un ahora más tarde el gaucho estaba en la cocina.

Las hermanas, en la máquina de coser, confeccionaban un guardapolvo.

El, que se había disgustado con doña María cuando quiso imponerle el delantal blanco, ahora lo iba a aceptar de buen grado.

* * *

En la casa y en la escuela todo marchaba como sobre rieles.

No sucedía lo mismo en la cabeza del nuevo educando.

No entendía infinidad de cosas.

Entre otras, la razón del mal; la existencia de los alambrados, que atajaban el paso; la necesidad de comer, especialmente cuando no se tiene qué. El podía pasar sin llenar tal exigencia. Si no comía, continuaba tan campante. Pero a las otras personas no les sucedía lo mismo y a ve-

ces, aunque pidiesen, no les daban. Y eso que algunos tenían mucho. ¿Y no sería por eso mismo que los otros tenían poco?

Hallaba muy raro que los ricos tuvieran hambre como los pobres. ¿Por qué los primeros no se compraban falta de necesidad?

Hacia preguntas.

Insistía.

Tenía mareada a la maestra, que, inútilmente, trataba de explicarle, por lo menos lo que ella sabía.

El pobre no tenía la culpa de interpretar mal algunas cosas o de equivocar su significado.

Quizás se debiese a que tenía la cabeza chica y de barro.

Pero no era tan negado, porque ya sumaba con los dedos y distinguía muy bien la o, hasta descubrir que los carros contaban con cuatro oes y que los sombreros y los pozos tenían una sola.

Sabía firmar y contar hasta cien.

Como la curiosidad se le despertaba en todo sentido y le parecía que cada novedad de que se enteraba le abría un poco más los ojos, un día pensó:

—Si sigo así ya no me va a quedar cara y se asustó y resolvió irse.

Y se apuró por temor de que si le seguía metiendo cosas a su cabeza, en una de esas no iba a poder con ella.

Todavía era libre.

Por eso se iba, como escapándose de un hermano suyo que le pedía que se quedase...

Así fue como una madrugada, sin que lo sintieran, se levantó, ensilló su fiel charabón y "por aquí que no hay espinas", se mandó mudar, no sin antes dejar su guardapolvo dobladito y su cuaderno abierto, en el cual, haciendo una demostración de los conocimientos adquiridos, puso: $2 + 2 = 4$, y firmó: Gaucho Tierra.

XX

UNA CHANGA (1)

Con el propósito de alejarse de la atracción que se le ocurrió ejercía sobre su espíritu la escuela y la buena maestra, galopó y galopó a través de los campos.

Cuando se encontró en el callejón, en lo que antes se denominaba camino real, respiró hondo, cual si sintiera un alivio.

Era libre y ahora doblemente libre, porque entre sustos y sorpresas, aprendizajes y lecciones, se había limpiado del temor del misterio, del miedo de cosas inexistentes y tontas, que significan una incómoda y molesta compañía.

Es verdad que otra vez estaba en la calle, desocupado.

De nuevo era preciso buscar empleo o quehacer.

—Lo hallaré, exclamó con confianza y coraje.

Y como buen paisano, a quien en cualquiera de las circunstancias de la vida, siempre se le ha de ocurrir una frase sentenciosa y socarrona, repitió:

—El toro no se me irá si el lazo no se revienta.

Atenuó la marcha de su pingo y empezó a silbar bajito.

Quizás porque bebía por los ojos la dulce melancolía

(1) Changa: Trabajo saltuario, de poca entidad. Importe del mismo. Se dice hacer o ganar una changa. Changador —mozo de cordel— deriva de changa.

de los campos solitarios o porque surgían de su alma tiernos recuerdos de Tico-tico y del paisaje de su querencia, su música pareció entristecerse.

Lo oyó el charaboncito que, como también sabe silbar por herencia de raza, agregó su silbido al suyo, pensando que si así su amo mitigaba sus penas, más fácil las espantarían entre ambos.

Como en realidad el sonido que emiten los avestruces es como un desolado gemido, él lo sofrenó, lo mandó callarse y entre veras y bromas le previno:

—Epa, compañero, ¿usted se cree que estamos velando a alguno?

La agachada restableció la normalidad correspondiente a dos seres sanos, aptos y fuertes, a los que no correspondían lamentelas y no tenían nada que temer de nada.

Continuó la marcha.

La primera casa que divisó en la lejanía era un comercio.

Hacia él se dirigió.

Pudiera ser que allí le dieran razón de algún trabajo.

Y si en verdad él no conservaba muy buena impresión de su primer visita a una pulpería, no por ello iba a dejar de frecuentarla, desde que ése era el sitio en el cual no sólo se necesitaba comprar lo que precisara, sino que era el lugar propicio a encontrar otros seres humanos.

El no iba a vivir como un matrero (1) o sólo con bichos.

Para eso era hombre, aunque de barro, ¿no?

No pensaba preguntar nada.

Iba a oír no más.

Saludó; entró; hizo alguna compra de comestibles; separó una reducida parte, que almorzó, tanto para ir pasando el rato y lo demás lo acondicionó en la maleta.

(1) Matrero: hombre que vive en el monte, por lo general perseguido por la justicia. Alguien que huye de los demás. Solitario e inadaptado.

Ignoramos si por el calor del ambiente o la modorra de la digestión o porque sin apercibirse de ello se hallaba muy cansado, la cuestión fué que se durmió en el banco en que estaba sentado.

Lo despertaron voces, gritos y músicas.

Abrió los ojos asombrados.

Alrededor de veinte gauchos colmaban el pequeño local y conversaban y bromeaban con sus vozarrones toscos, con la sola excepción de los momentos en que gemían o sonaban, sentidas, alegres o graves, las armoniosas cuerdas de una guitarra.

Dulzuras de estilos, quejas de vidalitas, alegres ritmos de viejos bailes movidos y pintorescos, se alternaban con rasgueos y fantasías, en los cuales se floreaba el guitarrero habilidoso.

Cantaba en oportunidades un payador (1) y los paisanos aplaudían y vociferaban sus aprobaciones, disputándose el honor de agasajar al cantor y al músico.

Era una hermosa fiesta, que lo hubiera retenido largo tiempo, si no lo molestara bastante la presencia de algunos sujetos, que, excediéndose en las libaciones, denotaban evidentes muestras de desagradable borrachera.

El ya había visto a muchos ebrios en la fonda.

El espectáculo que ofrecían, no sabía si era más repugnante que triste o más compasivo que chocante.

Aquella gente que perdía el sentido, que tartajecía tonterías, que tambaleaba, no guardaba el equilibrio y terminaba por rodar por tierra, estupidizada e inconsciente, lo confermaba como si fuera él quien bebiese.

¡Qué desgracia caer en ese vicio!

Resolvió irse.

Con tal propósito se incorporó, y, cuando iba a dejar el banco, fué descubierto por la asamblea.

(1) Payador: Poeta popular. Cantor que improvisa sus composiciones.

Mejor dicho, fué señalado a los demás por uno de los paisanos:

—¿De dónde cayó este invitado, que no lo vimos entrar?

—¿Cuál? ¿Quién?

—Este gauchito petizo, que no es de la cuadrilla.

Por el color y el tamañismo en una de esas es el Negrito del Pastoreo (1).

—No diga despropósitos, compañero, terció otro, a quien el alcohol le había puesto resorte en la diestra para santiguarse.

—Vamos a invitarlo con un vaso de caña.

—Gracias, rechazó él, serio y grave.

—Vino, entonces.

—No bebo, informó el aludido, sin alterarse.

—¡No nos va a hacer esa ofensa!, gangoseó la lengua estropajosa de un borracho, que en su ley de boliche entendía que no se podía rechazar una invitación de esa índole.

—Disculpen, caballeros. Pero no tengo costumbre.

—¡Qué costumbre ni que niño muerto, va a chupar (2) y se acabó!, cargoseó el mismo individuo.

Gaicho Tierra lo miró de frente y entero y decidido expresó:

—¡Señor, yo soy libre de mis actos! ¡No bebo!

Alguien comentó:

—Ensilló el picaso (3) el muscinga (4).

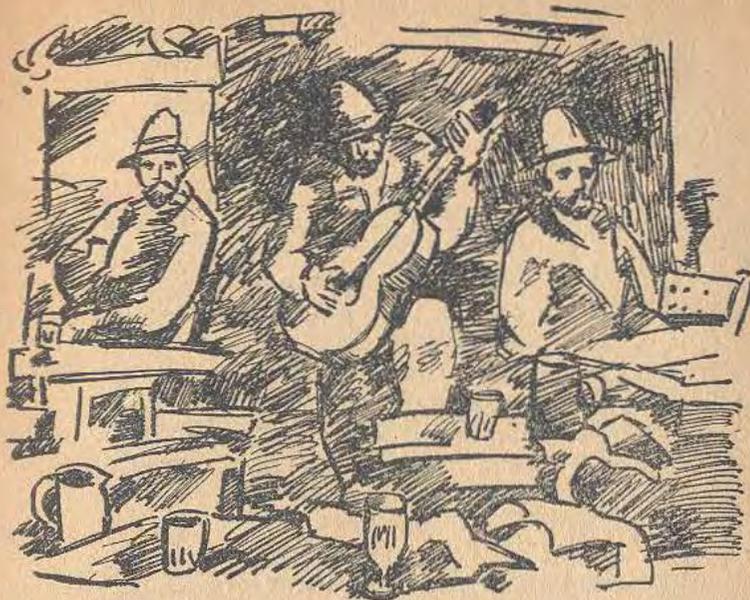
—¡Había sido más bravo que tábano en día de tormenta!, comparó el de más allá.

(1) El Negrito del Pastoreo: santo criollo, negro, humildísimo, inventado por los gauchos, al cual no sólo estiman muy milagroso, sino que como es una divinidad pobrísima, la conforman con infimos obsequios.

(2) Chupar: en este caso: beber.

(3) Ensillar el picaso: enfadarse; enojarse.

(4) Muscinga o munyinga: despectivo de negro. Voz de probable proveniencia brasileña.



Otros intervinieron:

—Nada de farra. Hay que divertirse, pero no faltar. Si el hombre no quiere, hay que dejarlo.

Un pacificador se abrió paso entre la muchedumbre.

—Sírvasse de algo, amigo. Coma lo que guste.

—Estoy servido, caballero. Terminó de almorzar.

Un gaicho barbudo, que se enteró de la incidencia, se aproximó a nuestro hombrecito de barro y se disculpó:

—Hágase cargo y disimule, compañero... Cosas de la bebida... Nos estamos divirtiendo porque mañana tenemos fandango y como siempre el patrón nos da algo adelantado, nos pasa lo que a la mayoría del paisanaje, no podemos vernos con un real en el bolsillo y no nos quedamos tranquilos hasta que no le vemos el fin.

Por significar un asentimiento que diera a su interlocutor una impresión de cordialidad, aprobó:

—Eso es.

El otro repitió:

—Sí, señor.

Y le preguntó:

—¿De pasaje, amigo?

Es así. Y buscando algún acomodo; alguna ocupación.

—En una de esas nos viene bien, sabe. Trabajo efectivo no le podemos ofertar, pero si quiere ganarse una changuita va a hallar oportunidad.

Como sabemos, el Gaucho Tierra siempre estaba en disposición de ocuparse de lo que se presentara.

Su primer impulso fué aceptar, pero quiso enterarse —previamente— de la índole de la lidia a que lo invitaban.

—¿Y qué hay que hacer, señor?

—Tiene caballo, por supuesto.

—Es verdad.

—¿Habrá parado rodeo alguna vez?

—Sí, señor. ¡Cómo no! Conozco esa tarea. Sin despreciar a los presentes, en una estancia en que trabajé fui considerado número 1 en tal campereada.

—Va a estar en las suyas entonces. La única diferencia consiste en la hacienda que hay que manejar.

—¿Es alzada (1), es chúcaro (2), es silvestre, criada a monte?

—Es arisca y ligeraza, amigo. Y mueve más rápido sus dos patas, que un caballo las cuatro.

—¡Dos patas!, se sorprendió él.

E imaginó unos toros, unas vacas y unos terneros rarísimos, como nunca había visto.

—¿Ganado inválido?

—No, señor. Sano. De mucha salud y de más aguante.

(1) Alzada, alzado: ganado huído y vuelto salvaje.

(2) Chúcaro: cerril, asustadizo.

El informante rió franca y alegremente ante el estupor de Tierra:

—A ver si acierta con los animales:

Adivina, adivinador,

esta sencilla adivinanza,

ponen los huevos de un grandor,

que no se le halla comparanza.

Y el gaucho barbudo continuaba riendo, mientras nuestro amigo pasaba revista en su recuerdo a la tropa de bichos que el domador le había traído a Tico-tico, para que eligiese su pingo.

Callaba por temor de equivocarse.

¿Qué animal podía ser que pusiera huevos?

El tal trabajo no pasaría de una broma.

El proponente del acertijo, tras el formulismo de averiguar si se daba por vencido, aclaró el enigma clarísimo.

—Son avestruces, amigo. ¡Avestruces! Mañana vamos a pararles rodeo a una manada, tropilla o bandada —como se llame— de esos camaradas.

—¿Y para qué?, si es que se puede saber.

—No es un secreto. Para desplumarlos.

—¿Y es necesario matarlos para pelarlos?, y ya iba a rechazar la proposición, cuando el otro aclaró:

—No, no. Se agarran con buenos modales; como si se les fuera a hacer una caricia. Con guantes, como quien dice. Se le sacan sólo las plumas de la cola y algunas de los alones y después se sueltan.

—¿Entonces luego se las suelta?

—Sí. Natural. No los vamos a tener en jaulas. Algunos bichos caborteros (1), locos, los más brutazos y atropellados, se machucan y estropean. Pero éstos son los menos. La mayoría sale tan campante... cuando mucho asustándose y pegando algunas espantadas. Tal vez lo que se ven rabones (2).

(1) Cabortero: animal mañoso, arisco y agresivamente rebelde.

(2) Rabones: carentes de cola.

—¿Y para qué judean así a los animales?

—No es por gusto. El nuestro es un oficio. Pagan, sabe. Se necesita ganarse la vida y con este trabajo uno hace de estanciero de avestruces, como el gurí del cuento hacia de hacendado de ganado petizo. ¿Conoce?

—No sé a qué se refiere.

—Le voy a referir el cuento. Bueno, pues: en cierta ocasión un viajero llegó al vado de un arroyo, que estaba crecido que daba miedo. Como no era conocedor del paraje, le preguntó a un muchacho que andaba por allí:

—¿Por aquí es el paso?

—Sí, señor.

—¿Es hondo?

El gurí le contestó:

—Al ganado de mi padre le da por el pecho.

El pasajero se asotó (3) y hasta nunca, vida mía! No se le vió más.

El muchacho no había mentido.

Lo único que pasó es que no completó la información.

El ganado de su padre era una bandada de patos.

A la intencionada narración, siguió la promesa del jornal.

Para esto el de la barba consultó a uno de sus socios.

Se concretaron las indicaciones respecto a su tarea.

—Como usted no tiene práctica hemos resuelto que vaya en los carros y ayude a levantar el cerco y luego, con una canasta, reciba las plumas que le irán entregando los desplumadores.

Ya iba a decir "muy bien" y comprometerse a lo propuesto, cuando, proviniendo de la ventana del boliche, sintió el castañeteo característico que, golpeando la parte superior con la inferior del pico, producía su charabón.

Pidió permiso para retirarse un momento y salió.

(1) Asotarse: arrojarse al agua.

LA CAZA DE LOS AVESTRUCCES

No bien lo tuvo al alcance de su voz, el ñanducito, angustiado, preocupadísimo, le preguntó:

—¿De qué hablabas con esos sujetos?

—Me ofrecieron trabajo.

—¿Sabes quiénes son?

—No.

—¡Los enemigos, los torturadores, los asesinos de nuestra raza!

—¡Cómo!

—¿No te lo dijeron ya?

El, comprendiendo recién la real gravedad del asunto, se disculpaba, confesando:

—No me percaté del alcance de sus intenciones.

—Yo ya había adivinado que planeaban el crimen.

—¿Alguien te informó?

—No era necesario. No en balde pertenezco a la familia. Yo sentí el olor.

—¡El olor!

—Sí. Imaginate. Esos dos carros grandes que están ahí, que les pertenecen, llevan las trampas con que acostumbramos a apresarnos, encerrarnos y martirizarnos, golpeándonos y arrancándonos salvaje y despiadadamente nuestros adornos.

—¿Qué serían?

—Pues, ¡nuestras hermosas plumas, hijo!

—Entonces renuncio a la prometida change. ¡Yo no me voy a hacer cómplice de esa perversa y malvada acción!

—Es lo menos que puedes hacer. Pero de inmediato, el avestruzito se rectificó:

—No, no, no. Lo he pensado mejor. Es de otra manera que tienes que secundarnos y ponerte de nuestro lado.

—Estoy a tu entera disposición.

—¿Qué trabajo te señalaron?

—Juntador de plumas. Los otros las arrancarán y yo las recibiré y pondré en un canasto.

—Bien. Como esa tarea la tienes que desempeñar a pie, te harás conducir en los carros, de manera de dejarme toda mi libertad de acción.

—¿Y tú? ¡No te vayas a comprometer!

—Yo trataré de desbaratar los planes de esos malhechores. Como es tarde para hablar, discutir y convencer a mis hermanos, procederé solo y por mi cuenta.

Vuelve a firmar tu contrato y —a escondidas— cómprame en el comercio un kilo de grasa, un serrucho fino y unas tijeras filosas.

—¿Qué vas a hacer con esas cosas tan raras?

—Ese es mi secreto.

Puso en ejecución Gaucho Tierra lo que el charaboncito le indicó.

Se despidió hasta la mañana siguiente de sus nuevos patrones, que le recomendaron:

—No se nos vaya a dormir, plumero. Cuando aclare ya tenemos que andar entreverados con el bichaje.

—Cuando doy la palabra, no fallo.

Y mientras fué a buscarle un seguro escondrijo a su hlete, constató que los avestrujeros continuaban su desordenada y ruidosa algazara en el boliche.

* * *

El joven charabón estuvo dudando sobre cuál sería la

mejor táctica para contrarrestar la acción de los malvados perseguidores de su especie.

Era tan imprevista y tan apremiante la amenaza.

No tenía con quien consultar el grave suceso. No había ñacurutú (1), bicho sabio; ni una calandria, persona familiarizada con los hombres; ni un bicho feo (2), mozo vivaracho (3) y alarife (4), a mano.

No era conveniente que lo vieran con su amo y como el caso era de tan seria responsabilidad, le exigía mucha preocupación.

Exponerse a salir para ponerse al habla con sus hermanos, imponiéndolos del inminente ataque destructor, especialmente sin llevarles soluciones concretas, era aventurado.

Las damas avestruzas y los señores machos que hacen de amas secas, teniendo en cuenta que tenían los nenes a medio criar, podían asustarse hasta el paroxismo y perder la cabeza.

Los ñandúes viejos, los caciques de las bandadas, quizás se indignaran y, locos de furor, eran capaces de querer declararles la guerra a los cristianos.

También podía prevalecer la desesperada idea de huir. ¿Pero adónde? ¿Hacia dónde?

El conocía los alrededores. Para el lado donde se ponía el sol, estaba el bosque intrincado y el río ancho, insalvable. Para dirigirse a las sierras, el único camino viable era el del campamento de los facinerosos asaltantes.

El campo aquel formaba una rinconada que, seguramente, había sido bien elegida para la criminal fechoría. ¡Era tarde para escapar sin despertar sospechas!

Echando mano a toda su astucia, disimulándose con

(1) Ñacurutú: buho americano; lechuzón.

(2) Bichofeo: Benteveo, ave voraz e inquieta.

(3) Vivaracho: deriva de viveza, que nace a su vez de vivo; presteza mental.

(4) Alarife: muy despierto. Persona que parece que adivina las cosas.

habilidad, se fué de un galope hasta el monte y descubrió que existía una valla improvisada, construída rústicamente con palos y paja brava y chilca. Encajonaban esa empalizada dos sangradores (1) profundos, donde vió aglomerados ramas y follaje secos, al que seguro iban a prender fuego. Esos obstáculos terminaban por formar y cerrar el teatro o cancha, hacia donde los desalmados victimarios empujarían la masa de sus congéneres.

Miró a su alrededor.

Por allí, pastando calmoso, andaba el incauto pueblo de su gran familia.

Era mejor no decirle nada sobre el peligro que pendía sobre sus alas y sus colas, si no queremos exagerar la amenaza, que se extendería a sus existencias.

El menor movimiento defensivo realizado inoportunamente y sin orden y disciplina, podía despertar el alerta del enemigo y hacer fracasar sus planes.

Había que realizarlo todo con gran discreción y cautela.

Caída la noche, protegido por las sombras, en puntas de pie, fué hacia los carros de los verdugos, en los cuales no dormía nadie, y allí se pasó las horas manipulando con sus instrumentos.

Cuando dió por terminada su faena, ya andaba la invidiada haciendo fuego, preparando los mates y los asados o enfrenando las mulas de los carros y los caballos de los jinetes.

El se escabulló, llevando escondidas bajo sus alas sus herramientas y se fué a refugiarse en un sitio propicio para vigilar y luego dirigir su plan de acción.

No tardó mucho en oírse el rumor de la puesta en marcha de la máquina destructora.

Se movieron los vehículos, previo instrucciones a sus

(1) Sangradores: zanjones que, junto a ríos y arroyos, se forman por la erosión de las aguas de las lluvias o el flujo de las corrientes.



conductores de que debían colocarse en la posición adecuada que impidiese que el viento llevase el tufo de que estaban impregnadas las redes en dirección a las confiadas aves que iban a cazar.

Si ellas lo olfateasen se alborotarían, volviéndose más ariscas y quizás hasta furiosas y agresivas.

Se abrieron en amplio abanico los que podríamos llamar los espantadores de a caballo y empezaron a arrear a sus víctimas dispersas, las cuales integraban un verdadero ejército, dado que desde días atrás las iban congregando, trayéndolas con disimulado engaño desde los otros campos hacia la rinconada donde se iba a efectuar la batida.

Retumbaban los galopes, repercutían los gritos y clamores, resonaban las órdenes y ya un rumor sordo, el de los cientos de patas de los ñandúes, se percibía golpeando el suelo, quebrando el pasto, haciendo desplazarse y rodar las piedras sueltas.

El inmenso círculo comenzó lenta y progresivamente a reducirse y estrecharse.

Y como ya, del cielo tintado de aurora, descendía una rosada claridad, se percibía el gris tornasolado del curvo lomo de los avestruces, que iban formando como pequeñas y densas ondas flotantes, que se unían o se dispersaban en sus espantadas carreras.

Cuando la luz del sol empezó a perfilar de oro todas las cosas, ya la masa de aves era lo suficientemente apretada y espesa como para parecer una nube o una corriente de espuma cenicienta, desde la cual emergían, inquietos, ansiosos, aterrorizados, innumerables cuellos largos, terminados en esas finas y nerviosas cabezas triangulares de redondos ojos de cuenta y chato pico entre amarillento y azulado.

Revoloteaban en el aire ponchos, cojinillos y hasta lazos, agitados incesantemente por los brazos viriles.

Clamorean incitantes las voces de los hombres.

—¡Marche!... ¡Marche!... ¡Fuera!... ¡Fuera!...
¡Papapapaff!...

Resonaron imponentes y recias las órdenes.

—Que avancen los carros.

—¡Pie a tierra!

—¡Armen los cercos!

Descabalgaron los gauchos, ataron las riendas de los frenos sobre el cogote de los caballos y los largaron, mientras un muchachón los arreaba hacia una esquina del alambrado.

Y, mientras unos continuaban espantando a los bichos, otros descargaban de los vehículos las pesadas redes pardas, hediondas a la grasa y la sangre de los miles de ñandúes que habían martirizado en anteriores campañas.

Los tejidos de piola se extendieron por decenas de metros y mientras unos paisanos las arrastraban, otros los seguían con unos robustos jalones, gigantescas estacas que, en el momento oportuno, había que clavar rápidamente en tierra para construir la improvisada valla, que aprisio-

naría aquel mundo de patas, de cuerpos, de plumas y de picos, donde —como en un hervoroso mar vivo— tenía que perderse el Gaucho Tierra con su canasta.

La movible cárcel se estrechaba cada vez más.

Los hombres gritaban como en un salvaje y enloquecido coro.

Sentiase el seco, casi metálico, martilleo de los picos de las aves.

Un vaho cálido, un relente denso, con un acentuado olor animal, fluía de la aglomeración.

Una voz estentórea mandó:

—¡Cierren!

Como en repetidos ecos, que saltaron de uno a otro oído, el paisanaje transmitió la orden en gritos que se terminaron por perder a lo lejos:

—¡Cierreen! ¡Cierreen! ¡Cierreen!

Y las redes se apretaron más sobre el revuelto hervor de hombres y animales.

El teruteraje de todo el contorno, asustado, hacía corona en el cielo diáfano, sobre el enorme y agitado rodeo; entrelazaba vuelos inquietos y llovía desde el aire el escándalo agudo de sus gritos.

—¡Vamos!, volvió a sentirse imperativa la voz de mando.

Como en acatamiento y asentimiento, volvió a corearla la peonada.

Y, con justificado miedo, pues son famosas como terribles las coces de los ñandúes y aun sus mismos picotones, medio azonzaban a ponchazos a sus víctimas o las semi-asfixiaban apretándole el cuello y comenzaban a arrancarles despiadadamente las primeras plumas de la cola y de las alas, cuando, entre sorprendidos y airados, los avestruces a una y sin acuerdo previo, empezaron a gritar:

—¡Atajen! ¡Atajen! ¡Atajen!

¡Qué iban a atajar!

Las grandes aves desesperadas habían arremetido fu-

riosas contra las redes y éstas —de acuerdo con el trabajo del charaboncito— empezaron a ceder, abriéndose en capaces boquetes, por los cuales huían frenéticos, desesperados, locos los ñandúes.

El gris río de cuerpos se desbordaba impetuoso.

Los peones iban de un lado a otro sin saber qué hacer.

En un breve espacio desaparecieron, se eclipsaron hasta las últimas aves.

El capataz, como si le estuviera dando su lección de grosería y brutalidad a los desertores, vociferaba todas las pésimas, las torpes, las más malas palabras que sabía y furibundo y desesperado se inclinaba sobre las redes a examinarlas.

—¡Pero si estaban buenas!

—¡Pero si son todavía nuevas!

—¿Pero qué ha pasado?

—¡Pero cómo han cedido?

—¡Pero las habrán cortado adrede!?

Observadas minuciosamente por treinta ojos, éstos no terminaban de comprobar que las roturas y los cortes fueran intencionales.

La tijera, el serrucho y luego la grasa del charaboncito, habían obrado milagros.

Su hazaña no terminó en eso, pues —además— enseñó el camino a sus hermanos de raza, que, a lo lejos, aún huían, con las grandes alas abiertas, en dirección al refugio, bastante seguro, de las sierras abruptas.

LA POLICIA

Al hombrecito de barro los avestrujeros no le dieron un cobre (1) por su fatiga y como quedaron tan irritados por su "pelada de frente", (2) por lo que significaba el fracaso de su inútil preparación, aún lo retuvieron un poco en averiguaciones, pues terminaron por sospechar de todo y de todos.

Las redes habían cedido de una manera tan completa y total, que los anduvo minando la duda de la posibilidad de la existencia de una mano culpable.

Se reunieron para hablar, llegando casi al punto de pelearse, pues si bien convenían en que ninguno de ellos pudo hacer más de lo que hizo, desde el capataz al último peón se atribuían falta de coraje y decisión para las soluciones extremas.

Ahora que había pasado la oportunidad no faltaba quien compadrear, (3) amenazando con degollar a todos los bichos, para después extraerles cómoda y tranquilamente las codiciadas plumas.

(1) Un cobre; una moneda: antiguamente existían centésimos de cobre, que representaban un ínfimo valor.

(2) Pelada de frente: mal éxito de un propósito. Acción que se frustra.

(3) Compadrear. Véase compadre.

Y si a la autoridad no le gustaba, "que se rascara".

Es conveniente saber que, según ellos, el Gobierno, excediéndose en miramientos, que no tenía con los cristianos, se había erigido en tutor del bichaje, prohibiendo bajo severas penas que se comiera un tatú, se cazase un zorrino, se cuerease una nutria o se sacara un lobo del río.

El mismo Comisario los había hecho llamar por un milico, para recomendarles que no cansaran ni fueran a lastimar a los avestruces.

Que viniese él, el pavilalongas (1) ése, a darles arroz en el pico, a ver si le sacaban un dedo y a pedirle por favor que les fiara unas plumitas.

Si lo que había que hacer era bolearlos y enlazarlos y darlos contra el suelo y ponerles el pie sobre el pescuezo y pelarlos a tirones, sin lástima, como quien cerdea (2) una yegua y que después le fueran a llorar a la mama.

¡Qué tanto remilgo y tiquismiquis!

Entre tanto se habían gastado como cien pesos en los preparativos de la cacería y en adelantos de jornales y tenían las redes rotas o reventadas y ni un kilito de plumas.

Luego debían presentarse, ante quien había adelantado el dinero, los acopiadores.

Tras mucho acalorarse, no entenderse y gritar, resolvieron ir a dar cuenta a la policía.

Y uno que se consideraba más instruido y más enterado de las exigencias legales, intervino:

—Pero si llevamos la denuncia es preciso decir de quién desconfiamos.

Habrá que hacer meter preso a alguno, amenazó el capataz, que empezó a pensar en las probables maniobras de algún otro avestruce, de los que le hacían la competencia.

—¿A quién?, se asustó y defendió la mayoría.

(1) Pavilalongas: neologismo despectivo de formación arbitraria.

(2) Cerdear: tusar groseramente; cortar sin cuidado, clandestinamente, las crines de un yeguarizo.

Alguien indicó como candidato al que se consideraba más débil:

—Al negrito ése, que a última hora se tomó como peón plumero.

—¿Y ése no es inocente acaso?, se levantó una voz, cual si fuera la de la justicia.

El acomodaticio replicó indiferente:

—Tal vez... pero como no hay otro.

El capataz, comprendiendo el ridículo —que a él lo alcanzaría— en el que iba a caer aquel montón de hombres grandotes, acusando al pequeño gauchito de barro, se opuso:

—Vamos a hacer papeles, compañeros. Se nos van a reír en la jeta.

—¡Esa gurrumina (1) insignificante, que se alza una vara del suelo, pudo más que ustedes!, nos va a echar en cara el juez.

Gaicho Tierra, en busca de su charabón, ya se había alejado bastante del grupo. Pero como poseía un oído muy fino y a él lo ayudaban siempre el viento y los ecos y hasta algún bichito de buena voluntad, se enteró del diálogo peligroso y amenazador y no veía la hora en que se pudiera juntar con su pingo para huir a campo traviesa.

Por fin dió con su compañero y lo felicitó por el éxito de su estratagema.

Más tarde lo enteró de la conversación de los avestruces y le expresó el temor de que lo pusieran mal con la autoridad.

—Eso sería muy incómodo, convino el avestruce. Especialmente ahora que "les roncó el Diablo en las tripas" (2) y se han vuelto nuestros aliados y nuestros defensores.

(1) Gurrumina: niño pequeño o su conjunto.

(2) Roncar el Diablo en las tripas: recibir un anuncio sobrenatural, que como una prevención de exigencia de cumplimiento, rezonga en los intestinos, tal una amenaza demoníaca.

—Además que yo no quiero saber nada con gente de armas.

El ñandú lo tranquilizó:

—En último caso, yo me responsabilizo del hecho.

—Y te ponen entre rejas y yo me quedo solo y a pie en medio del callejón.

—Ya se verá. Lo que es por mi gusto y ¿por qué no he de repetirlo?, también por mi cariño, que considero que te lo he probado, yo no te abandonaré nunca!

Gaúcho Tierra se conmovió y lo abrazó.

El charabón le planteó:

—Me imagino que no condenarás mi actitud en defensa de mi gran familia avestruquera.

—Pero naturalmente que no, hermano. Estuviste en tu ley, que, por otra parte, también —en ese caso— era la mía. Y estuviste macanudo. Te aplaudo y te admiro.

Y se volvieron a abrazar.

Infortunadamente el viaje se interrumpió por algo inesperado.

Como el avestruquito estaba ensillado, él montó y partió.

Modificando el conocido refrán, adaptándolo a él, se podía decir: Gaúcho Tierra propone y el señor Tiempo dispone.

El cielo se había encapotado.

El sol, hundiéndose entre nubarrones sospechosos, precipitó una noche amenazadora de tormenta.

La lluvia venía hacia ellos.

Y, apresurada, ya les pisaba los talones.

—¿Corremos, hermano?, invitó a su flete.

—Bien.

Luego le confió:

—Yo ya estoy cansado de estos trotes y, como sabes, existen poderosas razones para evitar mojarme. Estoy resuelto a pedir posada en la primera casa que encontremos.

Tú mandas.

—No. Siempre es bueno ponerse de acuerdo.



No tengo inconveniente.

Las primeras gotas los sorprendieron ante un edificio discretamente iluminado.

Se acercaron.

Golpearon las manos.

Llamaron.

Gritaron.

Nada.

Se aproximaron más. Se refugiaron bajo el alero de uno de los ranchos.

Gaúcho Tierra delectó con dificultad.

—P, o, po... ele, i, li... c... i... a... cía. Po-li-cía. Policía.

Su primer impulso fué de huir.

Como aún no había descabalgado, tocó en la rienda a su flete, quien resolvió no darse por aludido.

Entonces él insistió:

—¡Vamos!

—¿Para dónde? ¿Para adentro o para afuera? No será para adentro, pues si tal deseas, tendrías que apearte.

No será para afuera, porque llueve. Por mí, aunque prefiero no mojarme, obedezco. Tú dirás. Resuelve. ¿Qué significa el vamos?

El discurso no tuvo otra respuesta que una confesión: —Es que yo tengo cierto temor.

—¿De qué?

—De que los avestrueros nos puedan haber denunciado.

—Ni por sueños. No poseen elementos de prueba. No saben nada. Ni siquiera conocen mi existencia.

El insistió:

—Es que la policía me infunde cierta impresión de amenaza poco tranquilizadora. Y aunque se afirma que es guardiana de la vida y hacienda de los vecinos, dada la fama que se le atribuye no puedo evitar una vaga desconfianza.

El charabón adujo:

—No hay que ser excesivamente suspicaz. Vaya a saber si las historias que corren sobre los representantes de la autoridad son verídicas. Si sus sables grandotes y sus revólveres tamañazos significan un peligro o una defensa.

Se murmura también que el caballo del señor Comisario gana siempre todas las carreras que corre y esto se repite con la intención de que la gente crea que, hasta cuando pierde, por temor de una represalia, los jueces inclinan el platillo de la balanza de la justicia hacia el lado del que manda y es más fuerte...

En una de esas son habladurías y el señor Comisario sólo tiene la condición de ser el dueño del mejor parejero del pago.

En cuanto a que se sostenga que esos personajes son farfantes (1), altaneros y prepotentes, no hay que olvidar que... pudiera ser que el traje tan lindo que llevan, el gorro de visera de charol, los relumbrosos botones y los

(1) Farfantes: hombres altivos, soberbios, de insolente arrogancia.

números y galones de oro que gastan, aún a su pesar, los eche para atrás, les engrose la voz y los envalentone.

Intervino, aclarando, él.

—Es exacto. También he conocido yo patrones que gritaban así, por cualquier nadería. Señores que se alunaban (1) y hasta decían palabras feas, cuanto el peón no se paraba derecho o no era una luz para cumplir una orden o realizar una faena.

Hay gentes a quienes llaman de genio pronto, resultando a veces que esa destemplanza les nace sencillamente de que les duele la barriga o cualquier otra achurita (2) —como el mondongo, el librillo o el hígado— los cuales no les funcionan con seriedad. Y pensar que con un "tecito" de yuyos, de hierbas medicinales, esa gente se podía componer!

Por suerte él gozaba de salud, disponía de un excelente carácter y creía que no debía tener adentro del cuerpo aquellos menudos que producían tantas molestias y males, haciendo enojar con demasiado frecuencia a sus propietarios.

Hemos notado que contra su natural simple, suena un tanto prolijo y doctoral el disertar del fiandú. Quizás no se deba a otra razón que al propósito de distraer a su amo, y junto a disiparle el miedo o la prevención, preservarlo de la insidia del agua.

Volviendo a la realidad, nuestro amigo no sabía que actitud adoptar.

¿Gritaba? ¿Golpeaba las manos? Esperaba que algún bicho viviente se asomara y los descubriese?

Resolvió desensillar su pingo para que estuviese cómodo.

Luego, quitándose el sombrero, comenzó a entrar despacito en el local del cuento, cuidando de no hacer mucho ruido con las espuelas.

(1) Alunarse: enfadarse. A las personas que al levantarse de dormir, muestran gesto de enojo se les llama alunados.

(2) Achurita: diminutivo de achura; órgano interior del cuerpo; entrañas.

En la habitación de entrada no había nadie.

En la segunda roncaba a pata suelta un centinela.

En la tercera pieza tampoco se encontraba ser viviente visible, que uno no puede contar las pulgas, las chinches y las vinchucas (1), que se esconden en las rendijas de las tablas del piso, de las paredes o del techo y que les chupan bonitamente la sangre a los cristianos, que no eran como él, de barro seco.

Felizmente su cuerpo estaba a cubierto del ataque de esa sabandija, que habría que exterminar para tranquilidad del prójimo.

(1) Vinchuca: insecto venenoso, que es vehículo de una peligrosa enfermedad.

XXIII

UN CRIMINAL INOCENTE

Fué a avanzar más, local adentro, cuando llegaron a sus oídos unas extrañas y dolorosas lamentaciones.

Se conmovió.

Alguien sufría y como él poseía un excelente corazón, no podía permanecer impasible.

Guiado por el eco de las palabras se acercó a una estrecha repartición del edificio, cuya puerta poseía una ventanita fuertemente enrejada y, además, un sólido candado que la aseguraba.

Aquello era la cárcel, o dicho con más propiedad, la celda en la cual encerraban a los delincuentes peligrosos.

Se podía decir que él ignoraba que los hubiera, pues parecíale imposible la existencia del mal en el mundo, pese a cierta experiencia en contrario que como sabemos, ya acreditaba en la cuenta de su vida.

A él se le ocurría que las maldades la gente las realizaba sin querer o bien que, quien así se equivocaba, pronto se arrepentía y se enmendaba, como sin duda alguna, corresponde.

El ser que allí se hallaba encerrado era quien se dolía de su infausta estrella, de su infeliz destino y nuestro amigo, con los buenos sentimientos que no le cabían en el pecho, se acercó a las rejas tratando de consolarlo.

—¿Qué le pasa, paisano?, se interesó.

—¿Qué quiere que me pase?, caballero, respondió el otro, con una voz lastimera que daba la sensación de nacer del fondo de la tierra... Lo que acontece es que soy el varón más desdichado de la humanidad!

—No hay mal que dure cien años, trató de tranquilizarlo él, que, como era indiferente al transcurso del tiempo, éste le hacía la misma mella en un minuto, en un día o en un siglo.

—Es que —continuó el mísero— no es lo malo sólo la desgracia, sino que, cuando a ésta se suma la injusticia, eso se hace muy pesado para que lo soporte aun el más pintado y agalludo de los seres humanos.

—La verdad siempre triunfa y resplandece, lo conformó nuestro negrito, —y la verdad no se equivoca.

—Será, si usted lo atestigua, —repitió el otro muy obsecuente,— pero el asunto es que la justicia y la verdad son una cosa y los hombres otra.

—No entiendo.

—Paso a explicarme: a mí me acusan equivocadamente de algo que no he cometido. Pero el Comisario testarudo, insiste en no creerme. Y me va a mandar al Juez y va a ser peor.

—Si usted no es culpable, va a ser mejor.

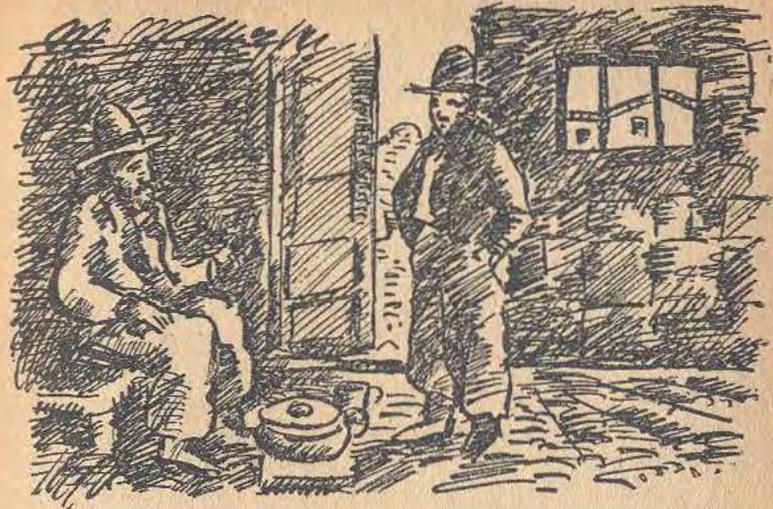
—No crea. Además y entre tanto aquí me tienen encerrado, como a un ratón en una jaula. A mí, que soy una persona de bien. Y luego, que tengo una familia que mantener.

—Ah, eso es más serio.

—Si será serio, caballero. Tengo una amante esposa, unos tiernos hijos y hasta un gato y un perro, porque, dentro de mi pobreza soy muy considerado y caritativo.

—Muy bien.

—Y sin embargo lo que yo padezco está muy mal: Ellos debían largarme para que yo gozara de la libertad que, por designio divino, disfrutaban todos los cristianos y hasta los bichos. Me quitan ese bien supremo sin decir



agua va... Esas cosas hay que averiguarlas sin prisa (1). Abrirle las puertas a uno, dejarlo ir viviendo y cuando se han reunido todos los testimonios y comprobantes, mandarle una esquela, diciéndole:

—Querido don Fulano y esto y aquello y que sé yo y que sé cuando. Y usted hizo tal y cual y le aplicamos la ley... Y yo ensillo mi caballo, me despido de mi familia, con lágrimas en los ojos y me vengo solito, solo solito y me encierro con ese candado grande, le doy tres vueltas a la llave y se la entrego al carcelero, por esta misma ventanita que usted ve aquí. ¿No le parece?

—Naturalmente que me parece. ¿Y qué es lo que le atribuyen, camarada prisionero?

—Me achacan horrores, amigo. Imagínese que inven-

(1) Prisa: prisa.

tan que hice ahogar a un mercachifle, (1) que se estaba bañando conmigo en la laguna del Charrúa y que después me apropié de su carro y su caballo y una latita de galletitas de María... que tenía rebosante de libras esterlinas.

¿Usted me ve cara de eso?

Calumnias, don.

Es verdad que nos bañamos juntos y que jugamos al "yacaré", (2) que consiste en zambullir, perseguirse y agarrar al contrario por abajo del agua y etcétera.

—¿Qué es eso de etcétera? ¿No será por eso?

—Sí, es verdad que yo le pegué un tironcito regular de una pierna... Pero él se ahogó solo. E igualito como hacen todos los ahogados, apareció tres veces en la superficie del agua. En la tercera, —el pobre gringo era muy considerado y me apreciaba de alma, ¡éramos amigazos!— me señaló con el dedo como diciéndome:

—Para ti. Te dejo todo para ti.

Y yo le repliqué:

¿Para qué te vas a incomodar? ¡Muchísimas gracias! Porque uno tiene también su educación, aunque es pobre, ¿no?

Todavía le prometí prenderle unos cabitos de vela al Negrito del Pastoreo.

Pero uno que pasaba por el paso, ya se dejó decir que el italiano gritó que si yo lo salvaba me iba a dar algo.

Yo eso no lo senti.

Se lo juro. Porque si no hubiera sido lo mismo el resultado, ¿no es? Lo salvo y me tocan las cosas. Y ahora el Comisario está dale que dale con que yo soy delincuente, criminal y el Diablo a cuatro!

¡Decirme eso a mí!, que una vez me quedé con el pie

(1) Mercachifle: Comerciantes ambulantes, que antiguamente andaban por nuestras campañas con unos carros cargados con múltiples mercaderías.

(2) Yacaré, caimán: nombre de un saurio de nuestros ríos y arroyos.

en el aire hasta que se me acalabró, por temor de que bajándolo pudiese matar una hormiga y eso que era de las coloradas, de las que pican!

—¡Quién le gana a bueno!, se admiró Tierra.

El otro machacó:

—¿Por qué se me quita la libertad? ¿Por qué?

—¡La libertad es de todos!, afirmó el negrito, pensando en su existencia y en sus galopadas sin impedimentos y sin rumbo.

—Natural, gimió su informante, —que, entre paréntesis, era un redomado bribón, ya le había hecho una al hombrecito de barro, y ahora disimulaba su personalidad.

El prisionero —como quien no quiere la cosa y como quien no dice nada— agregó:

—Si a mí me hiciesen la gauchada de darme eso a que tengo derecho, lo correspondería gustoso con el fruto de mi trabajo, que por cierto, no es apropiarme de la ajeno.

—¿Y cuál es su industria o habilidad?, indagó Gaucho Tierra, que, aunque no era interesado, soñaba con un porvenir mejor para Tico - tico, él y el charaboncito.

El otro explicaba:

—Caramba, yo cometí la incorrección de no presentarme. Yo saco versos de mi cabeza. Soy medio poeta, sabe, Payador, como me suelen llamar: el payador Perico, porque también canto e improviso. Y en esta misma cárcel, sin ir más lejos, he hecho un compuesto que me va a dar un platal.

—¿Un compuesto? ¿Es acaso cosa de comer?

—No, pues. Así se denomina cierta rima o canción que aman los gauchos. El mío consiste en unos versos, que me han salido de bien adentro, en los cuales cuento mi fatalidad y pido la protección del cielo.

Gaucho Tierra que estaba ayuno de todas esas rarezas y sutilezas, pensaba en los pájaros cantores, el viento, los grillos y las chicharras, aguzando la mirada para precisar la silueta del extraño personaje que le revelaba tales novedades.

Pero ante la última información y no sin cierto asombro y temor, expresó:

—¡Del cielo! Del cielo es, si no me equivoco, de dónde llueve.

Por lo tanto el cielo significaba para él algo muy peligroso.

El poeta ofreció:

—Si usted quiere se los recito.

Dado que estaban bajo techo, a cubierto, él aceptó:

—Con mucho gusto. Pero si usted me permite, señor payador, voy a traer mi caballo para que participe en el deleite.

—¡Su caballo!

—Sí, mi pingo, que es un charaboncito muy inteligente.

El cantor que ya se conocía de memoria al hombrecito de barro, temiendo que el ñandú pudiera sospechar algo sobre su identidad, lo disuadió de la idea.

—No, mire don, no lo traiga al avestruz. Por lo general los avestruces no entienden ni son afectos a los poemas.

Y se los recitó, no sin dejar de recalcar con acentuado énfasis su título, lleno de un pintoresco sabor popular, con evidentes miras a conquistarse de entrada a sus humildes probables auditores:

COMPUESTO

Del horrible crimen que le achacan injustamente a un honrado padre de familia

Pido a todos atención
y a todos atención pido,
que aquí les voy a contar
el suceso más verídico
que aconteció en estos viejos
pagos de Mataojo Chico.

Una jugada inocente
de un pobre y un hombre rico,
en la que éste se ahogó,
aunque ninguno lo quiso.
Del hecho quedó en sospecha
el pobre que quedó vivo.
Le endilgaron el suceso,
colgándole el sambenito
de perdulario y malvado
y de ladrón y asesino.
Me asista el Señor Más Alto,
que sólo la verdad digo,
que yo soy tan inocente
como el más puro angelito
y sin embargo aquí estoy,
—fatalidad del destino,—
sufriendo en esta crugia
soledades y martirio,
abandono de los hombres
y carencia de cariño;
víctima de una desgracia,
sin contar con más delito
que el de ser un hombre bueno,
trabajador y sumiso
Vengan los Santos del Cielo
—aunque me dejen solito—
y les traigan agua y pan
y cobijen a mis hijos,
aunque olviden de que a mí
se me da injusto castigo!

El Gaucho Tierra había quedado mudo y conmovido.

La compasiva historia le infundió una dominante impresión de tristeza y un impulso rebelde, tanto como un oscuro disgusto el castigo inmerecido del cual se dolía con voz tan solemne y compungida el misero reo, el cual —olvidado de sí mismo— sólo pensaba en los suyos.

Como si el compuesto lo exigiese, el payador insistió:

—¡Me dan injusto castigo! ¡Me dan injusto castigo!

Como correspondía, dado su candor y su bondad, el negrito lo creyó todo a pie juntillas y, emocionado y vehementemente, se ofreció:

—Si yo puedo hacer algo por usted, disponga.

—¡Cómo no! Y le va a ser muy fácil. No tiene más que dar vuelta a la llave, que, por comodidad, dejan puesta en el candado, y pronto.

Nuestro personaje no titubeó. Chirrió la llave en la cerradura. Cedió el candado. Se abrió la puerta y el preso se precipitó hacia su libertador, a quien dió un abrazo tan fuerte que por poco lo rompe por el medio.

Después, cosa rara: ¡mire lo que se le ocurrió! Tapándose la cara, cual si estuviera llorando —se explicaba: ¡la emoción!— fué a la habitación donde roncaba el centinela, lo alzó en vilo, lo depositó dentro del calabozo oscuro y cerró la puerta, dándole al candado tres vueltas de llave.

Tierra indagó:

—¿Y eso?

—Es una broma.

—¿Y usted, ahora, a dónde va?

—A mi casa, pues. Allí aguardaré lo que resuelva la justicia.

Lo vió salir muy ligero y, eludiendo al avestruz, saltar en pelo (1) el primer caballo que encontró a mano y salir de estampía en dirección al monte.

El charaboncito que lo observaba, comentó:

—¿A dónde irá que más valga? Hizo bien en no montarme a mí. Yo no lo llevaba. No quiero trato con sujetos de su calaña. ¡Con lo que nos hizo una vez!

—¡Cómo! ¿Y tú lo conoces?

(1) Saltar en pelo; montar en pelo: subir a un caballo no ensillado, no enjaezado.

—No se me despinta el bandido, por más que esté pálido y barbudo. Es el de aquella noche.

—¿Quién?, urgió ansioso el amo.

—Pues Pedro Malas Artes, en cuerpo y alma.

Recién comprendió el hombrecito de barro.

El bandido le había "pasado la pierna"!

Lo había engañado como a un niño.

Como lo que era, pues el Gaucho Tierra, por confiado y por puro, no era sino un niño.

Se puso a pensar en la gravedad de la acción, que, si era noble y generosa, quizás no todos la considerarían así.

¿Esperaría el regreso del Comisario para revelarle la verdad?

¿Sería más conveniente evitarlo?

Y si el Comisario —como quizás correspondiese— lo castigase a él por el otro?

El no conocía al representante de la autoridad, que en una de esas podía suponerlo un cómplice del famoso payador.

Su instinto de libertad no lo dejó reflexionar más.

Sintió un gran miedo.

Le pareció que las paredes se empezaban a mover hacia él, para aprisionarlo, estrecharlo y ahogarlo.

Ensiló su pingo en un abrir y cerrar de ojos, se le enhorquetó de un salto, olvidando los estribos, y salió como un viento.

Lo hizo a tiempo.

En ese preciso instante llegaba la autoridad.

Le pareció sentir violentas vociferaciones.

No era oportuno detenerse a descifrarlas.

(1) Pasar la pierna: engañar, en general con ingenio.

UN EMBRUJO

Razón que le sobraba tenía el Comisario para proferir sus gritos airados.

El centinela no estaba frente al despacho.

Infringiendo su obligación, no montaba la correspondiente guardia.

El centinela no se encontraba en la segunda habitación.

Parecía haberse evaporado.

No se hallaba por parte alguna: ni en la enramada ni en el galpón ni atrás del tartagal del fondo.

Lo reclamaron; lo llamaron; le gritaron.

Quien contestaba era el silencio, no respondiendo.

—¡Ese cachafaz sabandija!, condenó el superior. ¿Pero dónde se habrá metido?

Sin que precisamente se lo preguntaran a él, de ofrecido no más, uno de los guardia civiles, un zambo (1) petizo y retacón, (2) terció:

—Dejuro que se ha resertau (3).

—Usted se calla la boca, que nadie le ha pedido opinión.

(1) Zambo: mestizo de negro e indio.

(2) Retacón: de escasa estatura y complexión robusta.

(3) Resertau: desertado.

En ese momento se escuchó una voz medio aflautada, que daba indicio de provenir del calabozo:

—¡Primero! ¡Señor Primero!

—¡Este Malasarte! ¡Mire que darle por hacerse el mascarita!

—Es que yo no soy don Pedro, insistió la voz.

Todos se detuvieron en la búsqueda. Se hizo un silencio y el Comisario se acercó a la ventanita enrejada de la celda y como sus ojos eran impotentes para atravesar la sombra, inquirió:

—¿Quién habla? ¿Pero quién está ahí dentro?

—Soy yo. Soy Purilino.

—¡Usted, Purilino? ¿Vos, Purilino? ¡Ahí dentro! ¿Y qué hace ahí dentro? ¿Y Pedro Malasarte, el criminal, el preso?

—No sé, señor. No lo he visto. Aquí no está. Se debe haber hecho humo.

—¡Se habrá quemado!, comentó otro milico.

—O se habrá hecho perdiz, definió un tercero, significando con tal expresión que se había perdido o escapado.

El jefe que intentó abrir la puerta y se encontró con la resistencia del sólido candado, se agarraba a los barrotes de la ventanita y ansioso y rabioso, exigía explicaciones:

—¿Cómo fué? ¿Pero qué fué? Usted, Purilino, adentro y el bandido en libertad! ¿Acaso te sobornó, prometiéndote el oro y el moro?

—¡Sobornó! ¿Qué es eso?, se asustó por la incomprendible acusación.

—Te compró. Te untó (1) la mano.

—¡No, señor!, rechazó el otro. Le juro por las cenizas de mi madre.

(1) Untar, en sentido figurado: lubricar para hacer fácil un acto. Dar algo con un fin interesado.

—¿Y entonces? ¡Esto es un fenómeno! ¡Esto es algo que nunca se ha visto!

Y, rabioso, alternando con el usted el familiar tuteo, le instó:

—¡Hable, caracho! ¡Cuente! ¡Cuente todo! O ya lo sacamos y lo estaqueamos (1) hasta que confiese. O ya le encajamos cuatro tiros por encubridor o por zonzo! ¡Qué hables, te mando!

El improvisado prisionero temblaba y sudaba, con su miedo, su torpeza y el embrollo de sus recuerdos, que se volvían más confusos cuanto más se disponía a precisarlos y ordenarlos.

—¡Pero qué fué! ¿Qué fué? ¿Qué fué?, repetía en el paroxismo de su desesperación el funcionario, que hacía unos días había informado, contento y orgulloso, la feliz e importante captura del delincuente y ahora iba a sufrir el bochorno de dar cuenta de su evasión del propio local policial.

Había aún otro agravante para irritarlo y exasperarlo hasta el máximo: el ver esfumarse una gratificación que se había acordado para quien detuviese al famoso criminal.

Estaba perdido.

Aquello era un baldón en su vida y un borrón en su carrera.

Un completo fracaso.

El Jefe del Salto era capaz de pedirle su renuncia.

—¡Qué broma!

Y volvía a sacudir el enrejado de la ventanita, haciendo temblar el edificio de madera, mientras gritaba desahoradamente:

—¿Qué fué? ¿Qué fué? ¿Qué fué?

(1) Estaquear: antiguo martirio —hoy en desuso— a que se sometía a los reos de graves delitos o en tiempos de revolución a los enemigos. Consistía en atar las cuatro extremidades a cuatro guascas que se fijaban en igual número de estacas y que se contraían con el peligro de descoyuntar brazos y piernas. Estaquear: poner a secar los cueros, en acto semejante.

El milico cautivo trataba de dar una admisible versión del hecho, ocultando que se había dormido profundamente en el banco de la pieza de guardia y, sin explicarse el cambio, se había despertado en el calabozo.

—Debe haber sido una brujería, don. ¡Un feitiço! (1). Yo estaba ahí de centinela, cumpliendo con mi deber, cuando comencé a sentir una música. Primero parecía venir de lejos. Después se oyó más cerca. Reconocí que era un acordeón. La estaban tocando nada menos que en el calabozo.

—¡Güé!, pensé y cómo habrá conseguido el hombre el instrumento? Me arrimé, le dije:

—¿Y eso, maestro?

Al tiempo me asomaba a la ventanita. Miré. Me quedé con la boca abierta. Me quedé mismamente bobo!

—No te quedaste. Es que siempre has sido bastante boca abierta y bastante bobeta!, masculló el Comisario.

—No era para menos, ¿saben lo que vi? Pues que aquí dentro había una sinfinidá (2) de gente que estaba de baile!

—¡De baile, eh?

—Sí, señor, de baile corrido.

¡Baile es en el que te estás metiendo!, amenazó sin poder contenerse el jefe y lo mandó proseguir:

—¿Y después?

—Bueno... el calabozo se había agrandado y tenía una luz como de día y hombres y mujeres se entreveraban y no faltaban ni siquiera las madres de las muchachas, sentadas en las filas de sillas arrimadas a las paredes.

—¡Un sarao completo!

—Sí, señor. Yo volví a cismar (3); ¡Pero cómo entró y cómo cabe en una pieza tan chica tal multitud!

Cuando me vieron mirando, me invitaron:

(1) Feitiço: brasileñismo: hechizo, encantamiento, brujería.

(2) Sinfinidá: infinitud, infinidad, cosa sin fin.

(3) Cismar: meditar, pensar.



—Pase adelante, amigo. ¿Si gusta? Arrímese con confianza, don Purilino.

Yo agradecí.

—Disculpen, pero no puedo. Yo no puedo entrar ahí. No era para hacerme rogar ni porque no me animase. Era por la disciplina, porque uno es autoridad, ¿no? Ellos se creían que era por cortedad o por miedo:

—¡Maula (1) el gaucho!, me provocó una paisanita.

—Van a ver quien soy!, le retruqué enérgico, ¡ustedes no saben la vibora que torear! (2), y agarré el máuser:

—¡Ya ya se me van saliendo de ahí todos antes que los curta (3) a balazos! Ellos se arremolinaron, asustados, y se quejaron:

(1) Maula: cobarde, apocado.

(2) Torear: provocar; incitar, a veces molestando, para hacer enojar a alguien.

(3) Curtir: pegar, castigar, acción de repetir un golpe.

—¿Y cómo quiere que salgamos, señor policía, si estamos encerrados?

Tenían razón.

Además me arguyeron que habían venido engañados a la fiesta. ¡Los pobres! Tomé la llave, saqué el candado y les abrí la puerta para que se fueran.

Los dejé pasar de a uno en fondo, previniéndoles:

—Se pueden ir todos, menos el detenido, se comprende. Pero éste me prometió:

—No faltaba más, compañero. Yo me quedo. Yo soy el preso. Yo reconozco mi obligación y nunca voy a comprometer a un amigo!

Y después, no sé cómo me equivoqué y en vez de quedarme afuera, resulta que me encontré adentro. Y ahora entro a pensar si yo mesmamente soy Purilino Mascarenhas o si me habré vuelto Pedro Malasarte.

El Comisario, no pudiendo soportar más la extraña fábula, estalló:

—¡Pero éste es bobo o se hace el bobo! ¡Pero éste es loco o se hace el loco! Usted soñó, Purilino, se emborrachó o qué es lo que pasa?

—En puridad de verdad, no sé mismo.

—¡Usted está mal de la cabeza!

—¿Usted halla? (1)

—¡Sí! ¡Yo hallo! ¡Y hallo que te vas a podrir en la cárcel por zonzo o por demasiado avisado! Me has proporcionado el secreto: si no se encuentra el otro, tú serás el asesino. ¡Yo te voy a arreglar! ¡Ahí te vas a quedar! ¡Y de ahí no te va a sacar ni el cónsul y ni con baile o ni sin baile!

Entre tanto dió órdenes a sus subordinados:

—Oigan, muchachos y entiendan bien esto: es una cuestión de honor dar con el evadido. Cambien caballo y prepárense que vamos a dar una gran batida. Tenemos

(1) ¿Usted halla?: construcción gramatical aportuguesada. ¿A usted le parece? ¿Usted entiende que eso es así?

que encontrar, imprescindiblemente, a ese bandido. Hay que detenerlo. Vivo o muerto. Hay que hallarlo, que lo de pasar el patricio (1) Purilino por Pedro Malasarte, no lo cree ni él.

Como primera medida, mientras algunos echaban caballos de refresco, otros milicos despertaron en los ranchos de los alrededores a los policías francos e invitaron a algunos vecinos a que prestaran su concurso a la maniobra.

Unos minutos más tarde, campos, cerros y callejones, resonaron bajo los cascos de los pingos de las múltiples comisiones, que husmeaban por todos los recovecos y anfractuosidades del terreno en procura del audaz delincuente.

(1) Patricio: se dice en general de los brasileños y en broma o crítica de los hijos de éstos, en razón de que ellos utilizan mucho el vocablo al cual dan la acepción de compatriota o paisano.

UN CONGRESO DE PAJAROS

Lo habíamos dejado al hombrecito de barro disparando a rienda suelta por el callejón, tratando de alejarse lo más pronto posible de la Comisaría, para evitarse enojosas complicaciones.

Por fortuna las estrelladas patas de su pingo no producían rumor alguno al afirmarse en el suelo, al que casi no tocaban en la velocidad de la carrera, que se hacía más veloz con el diestro movimiento de sus alas abiertas.

Casi podría decirse que volaba y que si continuaba así pronto un montón de leguas lo separaría del puesto policial, sin perjuicio de que si se les hubiese ocurrido perseguirlo hubiera sido inútil, porque nadie lo hubiera alcanzado.

Eso, naturalmente, si hubiese dispuesto de camino libre, probabilidad que desgraciadamente falló.

Esto se debió a que, a cierta altura de su marcha, le salió al cruce el imprevisto y peligroso obstáculo de un arroyo.

En su huida se encontró con el Mataejo Chico, curso de agua que habitualmente permite su travesía pero que cuanto recibe el aporte de una lluvia, crece y se vuelve correntoso y bravío que da miedo.

Con todo, él intentó vadearlo.

Decidido y corajudo como era, se acomodó sobre su flete y se largó al agua.

Se erizó el avestruzito al contacto de las ondas heladas. El lo azuzó.

Pero no bien hizo unos metros, el charabón se puso a temblar, no de miedo, sino sacudido por lo impetuoso de la corriente.

Se detuvo el animal y la humedad del líquido elemento subió como un vaho helado y amenazador.

El previó que si se mojaba, se desmoronaba, y retrocedió.

Felizmente la lluvia que cayera copiosa cuando él andaba en los líos de la Comisaría, dió al cielo una limpidez —un criollo diría que lo había lavado— que se volvía resplandeciente con la presencia de una hermosa luna.

Tierra calculó que el vado no daría paso hasta la madrugada o la mañana siguiente y como no iba a pasar la noche contemplando el tembloroso destrenzarse de las diminutas ondas plateadas, que hervían en un sucederse de incansable juego frenético, resolvió entrar al monte, donde estaría resguardado y a cubierto de cualquier sorpresa o mal encuentro.

Con la normalidad y la sencillez de un ser de la naturaleza penetró en la fronda oscura, silenciosa e impresionante.

Iba a pie, llevando a su pingó de la rienda, felicitándose que éste fuera un ñandú y no en realidad un caballo, pues este noble animal, recordando a su raza, a veces, impróvisamente, prorrumpe en un relincho, que, sin proponérselo denuncia su presencia y lo que es más peligroso, la de su dueño.

El tenía que preocuparse de que no lo descubrieran.

No era un matrero ni un foragido considerado fuera de la ley, pero no debía olvidar que su corazón le había jugado una mala pasada al dejarse impresionar por la comedia del pícaro a quien facilitó la fuga.

Cuando creyó encontrar un sitio propicio para descansar y se disponía a desensillar su charaboncito, su oído fué sorprendido por un extraño rumor, que le pareció formado por inúmeros élitros de insectos y una greguería de aves.

Ese parloteo armonioso es habitual escucharse al atardecer cuando el mundo alado se retira a dormir y parece que recién se acordara de comunicarse noticias y hacerse recomendaciones.

Pero ahora entrada la noche no se podía repetir tal escena.

Sin embargo...

Resolvió averiguar el inexplicable fenómeno.

Maneó a su avestruz y tomando la más cuidadosa de las precauciones, avanzó hacia el sitio de la algarabía, no teniendo —por suerte— que agacharse mucho para deslizarse bajo el intrincado y espinoso ramaje, por estar favorecido por su escasa estatura.

Se internó en el bosque.

Guiado por el singular rumor, luego de marchar alrededor de cinco o diez minutos, descubrió con incrédulo asombro su proveniencia.

Se restregó sus ojitos de piedra para comprobar que no soñaba.

Es que, realmente, aquello era casi inverosímil, casi de no creerse.

En un limpión del monte, —en una especie de sala bien iluminada, pues lo que faltaba de los rayos de la luna, que no podían atravesar los espesos follajes de los altos árboles, se compensaba con raras luminarias,— se sucedía una curiosísima reunión.

Cientos, tal vez miles de aves, se aglomeraban en verdaderos racimos o quizás pudiéramos decir ramilletes pintorescos.

En el ramaje, en los troncos, en el suelo, en los arbustos, con la vivacidad y el lustre que les prestaba su salud, detonaban las manchas rojas, verdes, blancas, amarillas,

marrón, azul, gris, oro, negro, canela, rosado o multicolor, pues había allí delegaciones de churrinches, de loros y cotorras, de viuditas y garzas, de horneros, de mistos, de dorados, de urracas, de palomas, de ratoneras y zorzales, de flamencos, de cardenales, de tordos y charrúas, de calandrias, de boyeros y de titiritis, etc., porque estaban representadas, con algunas aves grandes, dulces y mansas, todas las especies pequeñas de la ornitología.

Conversaba ese hirviente mundo alado animadamente y no dejaba de echar su cuarto a espada infinidad de bichos de pelo, cerda, cáscara o caparazón, de la amistad de ellos o que no eran sus enemigos.

Liebres, zorrinos, tortugas, mampelaus, mulitas, lobos de río, tatúes, apereás, nutrias, tucu-tucus y otros personajes que conocemos de vista, pues no nos han sido presentados, asistían como oyentes y una guardia de carpinchos, bigotudos y feazos —cuyas caras les guardaban el cuerpo— armados de gruesos garrotes, montaban una vigilancia capaz de impedir la aproximación de tipos indeseables, como los zorros, los gatos monteses, los lagartos, las víboras y algún jagareté perdido, que no son personas en las cuales se pueda confiar.

Alguien solicitó silencio y orden.

Era un lechuzón pajero, de anteojos, y muy serio el paisano.

Mocionó para que cada grupo designara un delegado con él fin de que las conversaciones fueran más claras.

Y como el asunto se estaba poniendo tan interesante, Gaucho Tierra quiso adelantarse más para no perder palabra de lo que se iba a decir y tratar y tropezó en un tronco podrido, rompió unas ramitas secas, produciendo un rumor que espantó a la asamblea.

Hubo un unánime chis-chas de alas.

Instantáneamente, tras el rápido ruido de la fuga, todo calló.

Las lámparas, formadas por la aglomeración de miles de cocuvos o luciérnagas, se apagaron.



Y el hombrecito de barro cuando quiso acordar tenía enarbolados amenazadoramente sobre su cabeza media docena de pesados y nudosos garrotes, esgrimidos por la guardia de carpinchos.

Menos mal que no le pegaron antes de dejarlo informar sobre su identidad y sus propósitos.

—¿Quién es usted? ¿Qué anda haciendo aquí?

Cuando se enteraron de quien era, de su proveniencia y de su vida y cuando recibieron aclaraciones favorables de las lagartijas, los sapos y los grillos, no sólo no lo espantaron, sino que lo invitaron a asistir a la reunión, que por cierto prometía ser muy importante.

El agradeció y les rogó le permitieran ver y oír de lejos, para evitar incomodarlos cuando se retirase, pues pronto pensaba recogerse, dado lo cansado que se encontraba.

No vieron en ello inconvenientes los capibaras y con una delegación de músicos que se acercaron, ofreciendo

gratis sus servicios, volvió la guardia a ocupar sus puestos.

Se encendieron las luces y la asamblea continuó sus trabajos.

La orquesta a que nos hemos referido preguntó si debía tocar algo para amenizar el acto.

Se le contestó que se preparara para el final y sus componentes —chicharras, mangangaes, grillos, guitarreros y carneritos baladores —aparte de algunos sapos flautistas— se retiraron discretamente para templar y acordar sus instrumentos.

Entre tanto, un mirlo en nombre de las aves canoras, expuso la razón del congreso.

La reunión obedecía a un propósito defensivo, bastante grave, pues de ello podían depender sus preciosas existencias.

Había llegado el momento de resolverse a tomar medidas para defenderse de los cruentos ataques de que eran víctimas por parte de las aves de rapiña.

Aguilas poderosas, chimangos y caranchos voraces, halcones veloces, gavilanes traidores, y se decía que hasta cuervos —sin que hubiera razón que lo justificara— les movían una tremenda guerra sin cuartel, que los exterminaba despiadadamente.

Aquella caterva brutal, de picos terribles y de garras robustas y afiladas, no sólo perseguía a los pájaros adultos, sino que se ensañaba con sus inocentes e indefensos hijuelos.

Nido que descubrían los enemigos, nido que era saqueado y devastado.

Ellos, —salvo alguna excepción, corregible y modificable, cuestión de educación— formaban una grey inofensiva y útil, que servía al hombre devorando insectos dañinos y ofreciéndole, para deleite de sus ojos y sus oídos, su gracia, su alegría, su belleza y su canción.

Y tal vez, con sus alas, una enseñanza de libertad.

Y no incomodaban.

Aunque pareciese un tanto inmodesto, podían afirmar que eran un adorno y un arte puro.

No exigían nada.

Nada más que vivir.

El hombre todopoderoso podía resolver que las señoras aves carniceras se fueran a habitar las piedras, los riscos y las quebradas de los cerros, comiendo allí tunas y sabbandijas.

Ellos prometían no ir nunca allá a incomodarlos.

Todos vivaron, apoyaron y aplaudieron al orador.

Un cardenal, con un canto, adhirió a la perorata.

El rojo churrinche chirrió su aprobación.

Y ya iban a cantar de alegría sabiaes y jilgueros, etc., cuando el lechuzón agitó la campanilla —Gaucha Tierra recordó conmovido el recreo de la escuela— para poner orden, porque todos querían hablar.

Un chingolito preguntó:

¿A quién designamos para que lleve nuestra protesta ante el hombre?

—¡Yo!, se ofreció un loro.

Algunos desconfiaban del charlatán trepador. Otros lo apoyaron. Se discutió y terminaron por encomendarle la difícil misión.

Pero entre tanto, como la guerra continuaba, se adelantaron la tortuga, el sapo, la lagartija y el tatú, ofreciendo:

—Señores: si por mientras a ustedes les conviene ponerse un poncho grueso, para que esos asaltantes del aire se mellen el pico al agredirlos, estamos dispuestos a prestarles o regalarles los nuestros.

A pesar que comparados con sus plumas vistosas, suaves y de bellos colores, los caparzones, las cáscaras y los gruesos cueros groseros y ásperos, estaban en desventaja como delicados y bonitos, por cierto que como corazas les hubieran venido muy bien.

La proposición era tan bien intencionada como oportuna.

Otros congresales —que ya habían oído hablar de los aeroplanos— propusieron conseguir mayor velocidad en las alas para evitar las persecuciones.

Pero siempre estaba pendiente el problema de los nidos desamparados, de los huevitos frágiles y de los indefensos pichoncitos.

Cuando llegaron a este punto —viendo a la asamblea exhausta— el ñacurutú (1) decretó un descanso e invitó a los músicos a que intervinieran con su arte para matizar el congreso.

La orquesta estaba afinada y el sapo filarmónico que la dirigía se empezó a floriar.

Al Gaucho Tierra, —que como sabemos estaba molido, —la melodía lo empezó a adormecer.

En realidad se dormía parado.

Para evitar rodar por el suelo, se vió precisado a retirarse a descansar, sin poder, lamentablemente, conocer las decisiones finales de la importante asamblea.

(1) Ñacurutú: nombre de cierto buho de las regiones platen-ses. Voz guaraní.

LA CHICHARRA EN EL OIDO

Como decíamos, Gaucho Tierra se alejó directamente de la pintoresca y grave reunión con el propósito de reposar.

La soledad, la oscuridad y lo apartado del sitio, lo ponían a cubierto de sorpresas.

Pero para él, dada su constitución, existía otro peligro, insidioso y serio: la humedad.

Con el explicable temor del rocío, que se forma sobre los pastos, ideó construirse una cama en el aire, como la que usaba nuestro amigo Tico-tico.

Para esto se le ofrecían las ramas de los árboles y entre las de un molle y sirviéndose de las prendas de su recado, improvisó su lecho.

Puso al alcance de su mano el maneador con que ató al charaboncito y pronto se durmió profundamente.

La complicación y la turbulencia de la jornada, unidas al eco de las conversaciones, los discursos, los cantos y las músicas del reciente congreso de los pájaros —que, por otra parte, continuaba desarrollándose allí, tan cerca— agitaban su mente y le provocaban sueños singulares y curiosos.

Terminaba por no saber si estaba dormido o despierto.

A cierta altura de su descanso le pareció sentir un jurguño, (1) un prurito y una incomodidad en una oreja y se llevó a ella dos o tres veces la mano:

(1) Jurguñar: escarbar, algo así como rascar con la uña.

—Caramba, cómo molestan los mosquitos, refunfuñó y se volvió a dormir.

Infortunadamente no era un mosquito lo que lo molestaba.

Era una chicharra, mejor dicho una chicharrita, que, cansada de tocar su marimba en el Congreso de los Pájaros, resolvió retirarse a descansar.

Sucede que estos insectos una vez terminado el verano, cuando se les concluye el contrato de sinfonistas estivales, se alejan de los árboles donde han vivido la estación del calor y se trasladan a la tierra, en la cual horadan unas estrechas cuevas profundas, en cuyo fondo se aletargan unos cuantos meses.

La chicharrita que se acostaba siempre con el sol, como las gallinas, en esa oportunidad trasnochó y como con el cansancio sintió un gran frío, creyó llegada la hora de retirarse para su larga siesta invernal. Con tal propósito voló de un árbol a otro, observando desde tales atalayas el terreno, en procura de un sitio propicio para fabricar su residencia.

Y, ¡qué casualidad!, en uno de sus vuelos se detuvo sobre la oscura cabeza de nuestro amigo.

Nosotros sabemos de qué era hecha.

Ella reflexionó:

—Pero, señor, cómo se explica que yo esté sobre un árbol, en el aire, encontrándome al mismo tiempo sobre la tierra? Esto debe ser un regalo de mi mamá para economizarme esfuerzo.

Y descubriendo el orificio del oído del gaucho, que dormía a pata tendida, se felicitó:

—¡Pero si en este terrenito redondo hasta existe un agujero en el cual me puedo introducir sin esfuerzo alguno!

Y, dicho y hecho, se coló muy campante por el oído de Gaucho Tierra.

El cosquilleo que le producía la inesperada huésped, deslizándosele oído adentro, en vez de despertarlo, como



podía haber sucedido, le produjo una singular ensoñación, posiblemente resultado de sus recientes emociones y recuerdos, unido a sus sentimientos por sus seres queridos.

De pronto notó que sobre el árbol que constituía su dormitorio le hacían compañía Tico - tico y el Dios de barro.

El veía cómo se doblaba, cimbrando (1), la rama en que el enorme y ávido personaje se había sentado.

Tico - tico cabalgaba en una horqueta del tronco y se había hecho unas riendas con guías de lianas.

¡Siempre jugando ese chiquilín!

¡Mire si se cae!

El se sentó en su lecho para saludarlos y cumplimentarlos y para preguntarles por el objeto de su visita.

—Te traemos un obsequio, le sonrió el niño.

—Algo que te faltaba, agregó el Dios.

—¿Qué me faltaba a mí? ¿Qué? ¿Qué puede ser?

—La canción.

(1) Cimbrando, cimbrar: doblarse al hamacarse; de cimbra: trampa para cazar, hecha con vegetales flexibles.

—¿Qué es la canción? ¿La música?

—Eso es: la música. Venimos del Congreso de los Pájaros. Se la ofrecimos a las aves y a los insectos. ¿Por qué no la habrías de tener tú también?

—Es razón. No la había echado de menos, pero comprendo que es muy útil y, sobre todo, hermoso.

—Tú tienes que elegir.

—Bueno. Con una guitarra o un acordeón yo me conformo.

—No. No es el instrumento lo que te ofrecemos. Es el son, el aire, la tonada, entiendes? La música.

—¡Ah! Yo no sé explicarme. Especialmente porque todas las músicas me parecen muy bonitas.

—No te va a ser difícil, porque te traemos todas las aves canoras —están aquí en el monte, ¡tan cerca! Tú las oirás y luego de apreciar sus voces, sus trinos y sus músicas, harás tu elección.

Y vinieron los jilgueros finos y los zorzales melodiosos y las calandrias de gorjeos líquidos y los cardenales cristalinos y los mirlos sinfónicos y los mistos y las gargantillas simples y los chingolos tristes y las margaritas, con su timbre y las palomas con su zureo y los picaflores con su rumor de hélice y los benteveos gritones y los horneritos que se dan anuncios o parece que se rien.

Y vinieron muchos más aún.

Y pasaron los bichitos: grillos, mangangaes, avispa, guitarreros.

Y él no sabía qué elegir.

Y llegó por fin una pequeña chicharra gordinflona, desgachada (1), fea, que con el vestido de sus alas transparentes dejaba ver su esférico cuerpo peludo, y él le pidió:

—Demuéstrame tu habilidad.

Ella tenía vergüenza; aducía reparos; se disculpaba:

(1) Desgachada, desgachado: desaliñado; mal trajeado; vestido a la diablo.

Yo tengo muy mala fama. Dicen que no trabajo. Que soy holgazana. Que mi vieja guitarra de una sola cuerda, posee escaso repertorio. Lo que sucede es que por cantar no tengo tiempo para más nada y sólo canto, canto, canto y canto!

Quizá mi canto no te satisfaga.

Gaucha Tierra se condolió:

—Me agrada, sobre todo, tu sencillez y tu franqueza. Aunque no sea mejor que la de los otros, prefiero tu canción.

Y anunció:

—Señor Dios de barro; hermanito Tico-tico: mi elegida es ésta.

Y todos entonaron, graciosa y alegremente, la simple y juguetona canción de la chicharra.

El concierto era lo suficientemente ruidoso como para despertar al hombrecito de tierra, quien, olvidado de que estaba soñando, exclamó en son de protesta:

—¡La música otra vez!

El en realidad la sentía.

La chicharrita, que abriéndose paso con cierta dificultad en su cráneo, había llegado a un sitio calentito y confortable, resolvió:

—Para expresar mi reconocimiento a mi mamá, por su previsión y cuidado, voy a cantar.

Y así lo hizo.

Gaucha Tierra se sentó en su cama aérea y comentó:

—Dale con la música! Esa gente es incansable. En una de éstas han transformado el Congreso en baile.

Miró a su alrededor.

Todo estaba oscuro, quieto, dormido.

La reunión debía haber terminado; no había indicios de que estuviera por amanecer y sin embargo continuaba el canto.

—¡Güé!

Peró fué proferir su interjección de sorpresa, cuando descubrió que la canción surgía de su propia boca.

¡Era él quien cantaba!

Le brotaba a raudales la música, no ya de los labios, sino de los oídos, de los ojos, de las manos, del pecho, de todos los poros del cuerpo.

Pese a lo raro y quizá hasta lo molesto, le resultó placentero el fácil y bello juego.

Recordó que había sido un don que le ofrecieran Tico-tico y el Dios de barro.

Para agradecerse es que se sentía dichoso, lleno de ansias de cantar y, en realidad, cantaba!

Eso debía sucederle a los pájaros.

¿No se iría a volver un ave, un insecto?

Se tocó los hombros para verificar si no le estaban naciendo alas.

Al fin a Tico-tico no le hubiera costado nada ponerse las, así como lo había dotado de esa preciosa virtud del canto, que lo hacía tan feliz.

Entusiasmado y embebido en su propia música se olvidó del mundo, de su situación, de su misma existencia, de los peligros que quizá lo acechaban.

Lo arrancaron de su éxtasis rumores extraños: resonar de voces; golpes sordos sobre el terreno; ruido de armas que se entrechocaban; gritos sorprendidos y asustados.

—¡Un hombre! ¡Un hombre encaramado sobre los árboles! ¡Está escondido! ¡En una de esas es él! ¡Es el asesino! ¡Tengan cuidado que es un sujeto muy peligroso!

Y ya el Comisario, luego de descubrirlo, lo amenazó violento:

—¡Bájese inmediatamente! ¡Bájese o le disparamos!

Y él sorprendido, desconcertado, atónito, fué descendiendo lentamente, sin poder contener en su interior la despreocupada, sonora y bella canción, que se expandía armoniosa entre los follajes y giraba como un aleteo de música sobre la cabeza de los policías sorprendidos y maravillados:

—Yiiimm... yiiimm... yiiimm... Yuuumm... yuumm... yuumm... yuumm... yummmmmmm...

LE TOCA BAILAR CON LA MAS FEA (1)

Mientras el improvisado arborícola descendía de su reparo, los policianos que acompañaban a su superior, lo vigilaban con las armas amartilladas.

Cuando el hombrecito de barro terminó por asentar sus plantas sobre el suelo, cuidando de no hacerlo sobre las hierbas empapadas de rocío, como la canción de la chicharra continuaba fluyéndole como un chorro de música, sus apresadores se miraron, observaron al Comisario y, entre atemorizados, desconcertados y supersticiosos, no sabían si dispararle, si santiguarse o si salir a escape.

Nunca habían visto ni soñado semejante cosa.

Para el primero también aquello era insólito y sorprendente, pero disimulaba mejor y trataba de explicarse el fenómeno.

—Pálpenlo de armas, ordenó.

— Qué le hacemos, jefe?, se aturulló uno que, como su colega, no entendió el término.

—Que lo revisen.

Lo hicieron con parsimonia y cautela.

No le hallaron sino el cuchillo de trabajo.

(1) Bailar con la más fea: presentarse a una persona —como forzosa disyuntiva— una acción poco feliz, arriesgada o peligrosa. La expresión deriva de la similitud del hecho de corresponderle a un bailarín, como compañera la muchacha menos agraciada en una fiesta.

Le refistolearon (1) la maleta: encontraron sus comestibles secos y en el cinto le descubrieron una discreta suma, que constituía sus economías y su capital.

— ¿Quién es usted? ¿Qué anda haciendo? ¿De dónde venía? ¿Para dónde va? ¿Y por qué se esconde?, vociferó de corrido el Comisario.

El interrogado, que no sabía por dónde empezar para responder a la retahíla, abrió un poco más la boca para hablar y se le volcó, se le desparramó, aguda, insistente y feliz, la voz ligeramente chillona del cantor insecto que se domiciliaba en su cabeza:

—Yiiii - yuummmm - yuummm - yiii - yuummmm - yuummmmm...

Las palabras del gaucho salían confundidas, ahogadas y como danzando en la música entusiasta de su inquilina, desfigurándose al extremo de que se volvían casi incomprendibles.

El Comisario dudaba de que aquello fuera una enfermedad o una broma; si el desconocido lo hacía de propósito, por su gusto o contra su voluntad. Si aquel individuo un poco oscuro de color, bajo de estatura, con los ojitos brillantes y más ñato que la luna, era un ser humano o un extraño bicho.

¡Qué ganas tenía de gritarle!

—¡Cállese la boca!

Pero quería que suspendiera el acompañamiento y que siguiera la letra; deseaba que hablara, pero sin la escandalosa intervención del canto de la chicharra, que, como en una ardiente siesta de verano en el monte, tocaba y tocaba a sus anchas y cada vez más fuerte, su marimba.

Volvió a gritar el representante de la autoridad.

Volvían a mezclarse en algarabía intraducible las voces de nuestro amigo y el clamor del insecto.

Los milicos no se reponían de su asombro.

(1) Refistolear: revolver con curiosidad.

El jefe estaba perplejo, pero, como se dice vulgarmente, juntando rabia.

—¡No podemos perder tiempo!, atronó. ¿Qué es lo que tiene usted ahí adentro? ¡Haga callar inmediatamente ese bicho!

El aludido cerró la boca y sólo consiguió variar los tonos de la música que se le desbordaba de todos lados.

El Comisario se puso furioso.

Y como la cosa no cambiaba, en un arrebató de ira, dió vuelta el rebenque que llevaba colgado a la muñeca y tomándolo por la lengua, le propinó con el mango un brutal golpe en la cabeza, haciéndolo trastabillar y terminando con él en el suelo.

El golpe terrible casi le destroza el cráneo.

Pero se consiguió hacer callar a la chicharrita.

—¡Santo remedio!, comentó el agresor, agregando: Por suerte los negros tienen la cabeza dura. Menos mal que no tuve que darle el mangazo (1) en la canilla (2). Esto le va a servir para que aprenda a tratar con la autoridad... A mí no me van a venir con pantominas y musiquitas!

¡Dónde se ha visto que uno haga una pregunta y le contesten zumbando! ¡No faltaba más!

Los milicos no sabían qué hacer.

Estaban, más que nunca, irresolutos.

—¿Y ahora? ¡No lo habrá muerto del santanazo! (3)

El jefe dispuso:

—Córrese hasta el arroyo uno de ustedes y traiga agua para rocearle la cara al vago éste, a ver si recobra el sentido.

(1) Mangazo: Acto de pegar con un mango. Golpe violento que se propina a una persona.

(2) Canilla: tibia. (Es fama que los negros poseen gran sensibilidad física en la tibia. Posiblemente tal creencia popular no pasa de una simple y pintoresca leyenda).

(3) Santanazo: golpe violento.

—El fresco lo va a volver en sí, aprobó uno de los mandados.

El desmayado, entre la vaguedad de sueño de su inconciencia, debe haber presentido, quizás adivinado la orden y en el explicable temor del terrible peligro que correría al ser mojado, abrió un ojito, después el otro y trató de incorporarse, aún bastante mareado por la influencia del golpe recibido.

—¡Ahora vas a hablar!, impuso el Comisario.

Como parecía que la chicharra también había sentido el efecto de la ira de la autoridad y no tenía razones para temer al agua, continuaba durmiendo.

Fué una suerte, porque con dos o tres mangazos como el recibido, nuestro amigo no cuenta más el cuento.

—Hable, pues, lo mando.

—Sí, señor. Yo no me he negado a hablar.

—¿Y entonces?

—Mire, señor, yo ignoro en realidad lo que me sucede. Antes yo no era así. Anoche para evitar la humedad, a la que no soy afecto, me acosté, como quien dice entre cielo y tierra, arriba de las ramas de ese molle, y le siguió dando detalles, sin referirse en nada al sueño.

—¿Así que supone que le entró una chicharra por la oreja? Menos mal que yo se la desmayé del garrotazo. Y ahora explique quién es y por qué se esconde.

—Yo no me escondo; cuando mucho me disimulo. Soy hombre de trabajo y buenas costumbres y me llamo Gaucho Tierra.

—¿Tiene papeles?

—No, señor. No uso.

—Me refiero a documentos.

—No conozco.

—Bueno. Vamos a lo nuestro. Diga, usted no me ha visto por estas inmediaciones a un sujeto así y así, montado en un oscuro, en pelo y apuradazo?



—¡Ah, sí! Me pasó al lado como un refucilo. Iba reventando el caballo.

—¿En qué dirección?

—Para el monte, señor. Corriente arriba.

—¡Era él!, gritó jubiloso el Comisario. ¡Era el bandido! Usted debe haberlo oído nombrar. ¡Es el famoso Pedro Malasarte! Se nos escapó de la comisaría. ¡Es un delincuente temible! Usted nos acompañará y nos ayudará. ¿Qué le parece? ¿Se anima?

—Animo no me falta. Estoy a sus órdenes, señor.

—Bueno, si da con él, lo nombro sargento y sepa además que el que lo detenga será gratificado con un premio de cinco mil patacones. (1)

—Muchas gracias.

—A ver, Pomuceno, déle una pistola a este hombre.

Luego de esa disposición, mientras dictaba otras adecuadas al caso, le preguntó:

—¿Tiene caballo?

—Sí, señor. Y muy principal.

(1) Patacones: antigua designación de las monedas de un peso. En general se usa en broma.

plicaba la martingala, que continuamente daba ventajas al fugitivo.

—¡Deténgalo! ¡No afloje, sargento Tierra!, le gritaba animándolo, estimulándolo con el incentivo del grado que se iba a ganar y que le estaba otorgando por anticipado.

Y otra vez lo mismo: ya lo agarraba y Pedro levantaba el jarro y el negrito que se echaba atrás.

—¡Quémelo!, se enfureció el jefe. Métale un chumbo, antes que se nos escabulla.

Entonces el Gaucho, cerrando los ojos para no ver el peligro del agua, apretó el gatillo de su pistola y ¡prrrumm!, allá se fueron jarro y bolsa de oro y fugitivo al suelo.

—¡Bárbaro!, gritó el superior asustado. En una de esas ha hecho un estropicio! ¡Que no me lo haya matado!, pues lo importante era capturarlo vivo.

Afortunadamente la herida no tenía gravedad ninguna y mientras la autoridad se incautaba de la bolsa de oro y del reo, éste, con voz lastimera, suplicaba que no lo ultimasen.

Como ellos no tenían tal propósito, se redujeron a atarlo codo con codo, enhorquetarlo en un matungo, volviendo a ligarle las piernas bajo la panza del caballo.

El Comisario, en el viaje de regreso, quiso encomiarle la hazaña al héroe de la jornada, a quien nadie se le podía acercar porque la chicharra, cual si quisiera adherir al júbilo general, cantaba como una descosida.

—¡Caramba!, lamentó el Comisario. ¡No voy a poderlo nombrar sargento a este mocito! La autoridad no puede tener un representante tan cantor y, para peor, que no se calle ni aunque se lo pidan de rodillas.

Luego agregó:

—Mañana temprano me vas a ir a buscar al doctor a ver si me lo compone.

El extraño enfermo, en un momento en que la chicharra se decretó un descansito para tomar aliento, pudo proponer:

—Si encontráramos un hornero médico o un picapau curandero, quizás fuese mejor.

—¡Un pájaro doctor!, se escandalizaron los milicos.

Terció el superior:

—¿Y por qué no? Así como hay médicos muy aves, quien les dice que no pueden existir pájaros muy doctores?

Además, como ellos se deben enfermar como nosotros, colijo que deben contar con sus curanderos y sus manos santas.

El negrito asentía y aprobaba con la cabeza, mientras por su boca abierta brotaba a torrentes el musical entusiasmo de la chicharra cantora.

XXVIII

EL DOCTOR NO DA PIE EN BOLA

Como el Comisario era hombre de palabra, y de hecho quien capturó al reo evadido fué nuestro amigo, lo propuso a la superioridad para que le concediera el premio prometido.

En cuanto a su otro ofrecimiento —como confiaba que su subordinado mejoraría de su singular dolencia de cantar como el conocido insecto estival— lo designó sargento “por mientras”, esperando confirmarle el cargo más adelante.

Le eligieron un traje, que le quedó bastante grande; lo munieron de las armas reglamentarias y, con gran solemnidad, le colocaron las jinetas de su jerarquía.

Se hizo una ceremonia en la cual el jefe —ante todos los subordinados y algunos vecinos— pronunció un discurso elogiando las condiciones de disciplina y de coraje de Tierra, que seguía zumbando incansable:

—Yiiimmm - yuummmmm - yiiim - yuummmmm - yuummmmmmm...

No se podía callar.

Y los milicos no pudieron menos que endilgarle el apodo correspondiente de Sargento Chicharra.

Se resolvió no mandarlo a ninguna comisión fuera del local policial, hasta que no se pudiera enmudecerle el canto.

Pomucenó fué a llamar al médico y éste, que jineteaba un bicho rarísimo, todo de hierro, que tenía dos ruedas y bufaba y echaba humo por la cola —una motocicleta,— llegó con sus polainas, su saco de cuero y unos anteojos grandotes, que le daban un aspecto imponente.

El doctor aprovechó para examinar y revisar al personal.

Les hizo sacar la ropa, les golpeó la espalda con un dedo, los oyó por dentro, como si a todos les buscara una chicharra o algún otro bicho y los hizo contar empezando por 33 y no dejándolos seguir para adelante.

Al enfermo de la huésped en la cabeza, de adrede lo dejó para el último.

El Comisario, que tenía que informar al hombre de ciencia, asistió a la sesión, porque además el personaje de barro no se podía callar, como esa gente que padece de hipo y, hasta cuando duerme está déle: ¡hip!, ¡hip!, ¡hip!

—¿Cuáles fueron los primeros síntomas?, indagó el galeno.

—El doliente no se explica. Se había acostado en el monte, sobre un árbol. En sueños sintió una cosquilla en la oreja. Se rascó y siguió durmiendo y cuando nosotros lo despertamos empezó a cantar, que no se calla ni con promesas.

—¿Habría tomado alguna insolación?

—¿Por qué?

—Porque el sol acumulado sobre el cerebro puede excitar alguna parte sensible, precisamente ciertos nervios receptores en donde se almacena el recuerdo sonoro. De ahí al canto hay un paso.

El paciente aprobaba con la cabeza, acordándose del "paso" del arroyo Matajojo Chico.

También puede habersele despertado una tardía vocación musical, manifestada en ese chillido o chirrido. Puede obedecer a otras causas. Hay leyes de herencia.

—¿Herencia? Herencia, no. Es de familia pobre. Y si usted no se ofende, yo le voy a decir que lo que el mozo



cuenta es lo más probable. Dormido se le entró una chicharra por el oído —y en una de esas hasta por la boca— y ahí está ella, alojada como en su casa, tranquila, cómoda, contenta, cantando.

El sabio preguntó:

—¿Qué bichos persiguen a las chicharras? ¿Cuáles son sus enemigos naturales?

—Vaya a saber... Las hormigas, los mamboretás, las arañas. Tal vez el benteveo, que es tan hambriento.

—Bien. Cacen un benteveo y cuando ustedes lo vayan metiendo por una oreja del paciente, seguro que la chicharra, asustada, huye por la otra.

—¿Y si no?

—Habría que buscar a la mamá de la susodicha para preguntarle por el nombre de su hijita y luego llamarla cariñosamente, que en una de esas sale...

—¿Usted se burla, doctor?, medio se fastidió el Comisario.

—No. El caso es grave, Para poder ver claro sería necesario abrirle la cabeza.

Entonces el policía se animó a contarle lo del mangazo, que le pegó con el cabo del rebenque.

—El procedimiento puede ser más peligroso que el mío. Yo prefiero llevarme la cabeza del enfermo a mi casa para estudiarla.

—¡Ah, no!, doctor. Eso sí que no. No puede ser. Que yo tenga un sargento chicharra en el personal, pase. ¡Pero cómo voy a tener un clase sin cabeza!

Entonces, primero, el caso escapa a los recursos de la ciencia.

¡Lástima! Lo que nosotros deseamos es que se escape la chicharra.

El médico se despidió.

El Gaucho Tierra continuaba zumbando:

¡Yiiiiuummm - yiiiuummm - yiiuummm - yum-yumyummmmm...

Con gran dolor de su corazón el Comisario tuvo que darlo de baja.

—Yo le estoy muy agradecido por su gauchada, pero usted me va a disculpar, amigo. Yo no lo puedo hacer revistar ni de soldado.

El aludido, mientras seguía cantando, hizo señas de que comprendía y se resignaba a su suerte.

El jefe le pagó un mes de sueldo, le volvió a dar las gracias por los servicios importantísimos prestados a la autoridad, a la sociedad y a la justicia y le solicitó su dirección para —en su oportunidad— poder hacerle llegar el importe de la gratificación que se había conquistado en buena ley.

El hombrecito de barro se desargentizó sacándose el traje, desprendiéndose las jinetas doradas y devolviendo las armas.

Se despidió del superior y de los que habían sido sus compañeros, ensilló su ñandú y montó y salió cantando bajito, todo lo más bajito que pudo, pero cantando al fin, pues no podía contener el impulso de su chicharrita jubilosa, desaprensiva y barullenta.

Pese a ir cantando, como aquello corría por cuerda separada, reflexionaba.

Su vida había sido trabajosa y trabajada, llena de peripecias, pero esta verdadera desgracia que le sucedía con el insecto que llevaba dentro de la cabeza, se la iba a hacer doler más de una vez con infinitas complicaciones.

Lo que ahora se perdía era ya importante.

¡Esas jinetas de sargento!

El buen sueldo; la categoría del cargo; el ser respetado y considerado.

Podía ascender.

Un día quizás alcanzase el extraordinario puesto de Comisario.

¡Mala suerte!

Además adónde iba a ir ahora con esa cualidad, característica, virtud o vicio o lo que fuera, que tenía y que consistía en ese impelente, irreprimible, imprescindible cantar, cantar y cantar!

¿En qué se iba a ocupar?

¿Dónde iba a pedir trabajo?

De todos lados lo iban a echar.

Se iban a enojar o se iban a reír de él.

Lo mandarían con la música a otra parte.

¡Mala suerte!

Se hubiera puesto a llorar, si consiguiera hacerlo en seco.

No ignoramos que las lágrimas le eran inconvenientes, tanto como peligrosas.

Además él había oído decir al domador que no eran de hombres.

.....

Eso lo reconcilió un tanto con la vida.

Llegaba al paso del arroyo.

Ahí estaba el monte, como invitándolo.

—Voy a acampar un rato en él, resolvió. Quizás en su calma, en su soledad y en su silencio, encuentre no

sólo una consolación, sino una solución para mi problema y una salida para mi desgracia.

Como la otra vez, resolvió pasar allí la noche.

Se hizo la cama sobre el mismo árbol de la vez pasada.

Como el insecto oculto en su cráneo no dejaba de cantar, desesperado se tapó la cabeza, se la envolvió en el poncho y en los cojinillos.

—Por lo menos así no la sentirán, supuso.

Por lo contrario, la música se intensificó, se amplió, pero él terminó por habituarse a ella. Empezó a gustarle y su ritmo fué un arrullo, que lo ayudó a dormirse.

Apuró —así— de un tirón, un lindo, tranquilo y saludable sueño de siete horas.

XXIX

EL GAUCHO VUELVE A NACER

Cuando, sofocado por el calor de horno de sus abrigos, el que aún se aumentaba más por algún rayo de sol matinal que se filtraba por entre los follajes, se despertó, le pareció entrar en un baño de luz, de suavidad y de dulzura.

Volvió a gustar la delicia de algo que creía olvidado: el silencio.

Sentía como un aire fresco que lo traspasaba y como un alimento dulce, que penetrábale por todos los poros del cuerpo, acariciándolo y fortaleciéndolo.

El, que nunca había mamado —como había visto que lo hacían los terneros, los apereás, los potrillos, los corderitos— creía sentir en sus labios resecos unas calientes ubres, que manaban una leche tibia y perfumada.

Suspiró.

¡No había tenido madre!

Su opaco rostro negro se iluminó con el presentimiento de su dulzura y su ternura.

La encontraba ahora en la naturaleza, en las cosas; que le conversaban, lo arrullaban, le hacían mimos, sin pronunciar frases, sin gritar, sin chillar, en un idioma de secretos.

Las manos del aire le recorrían el cuerpo de barro, acariciándolo largamente.

El arroyo transitaba —para él— tembloroso, cristalino, jugando con las piedrecitas musgosas de su cauce.

La brisa era como un abanico de mariposas que visitaba los árboles y agitaba levemente sus vestidos amplios.

Un zorzal cantaba armoniosamente.

Una calandria parecía contestarle.

Más lejos un mirlo silbaba.

Y en la cercanía y a lo lejos y en la entraña del bosque y en las hierbas y en el cielo, en vez de una palpación de vida —de la vida que estaba viviendo— sentía como un enorme corazón que latía en un himno de cantos de chicharras.

Cuando comprendió esto, que aquello no estaba en él, que oía fuera la canción del insecto, se volvió todo como un oído ansioso.

Todo estaba en sus sentidos, pero cada cosa en su sitio.

La chicharra no estaba más en su cabeza.

Esta pensaba ahora libremente.

Tranquilo, feliz, vuelto él mismo, sentíase nacer de nuevo.

La chicharrita, que lo acompañó infinidad de tiempo, se había marchado, por donde entró o por el otro oído y él volvía a ser integralmente como antes, un Gaucho Tierra natural y sin canto ajeno. Tal vez más completo, pues le parecía que ahora era dueño de aquella canción, que, aunque así no fuera, se le volvía suya!

Se quedó tan contento que deseó encontrarse con el insecto huésped de su cabeza para anhelarle una vida feliz y hasta para estrecharlo contra su pecho en un largo y cordial abrazo amistoso, fraternal.

Que le fuese bien a la cantora, que todos tienen derecho a vivir y a ser dichosos.

Descendió de su árbol, haciendo proyectos.

Trabajaría de nuevo.

Tenía la perspectiva de volver a la comisaría para

ocupar su cargo de sargento, pero, en realidad, no le agradaba mucho aquel oficio.

Por nada, como quien dice, pero le parecía bastante aburrido y le resultaba intolerable aparecer por caminos y pulperías con algo de cuco, como los imaginaban a los representantes de la autoridad, los niños.

¡Pobrecitos!, era un crimen asustarlos.

Especialmente a esos desventurados tico-ticos descalzos, apunaditos, mal vestidos, que no tienen casi qué comer y que no cuentan con qué jugar!

Se ocuparía de alguna otra lidia. Sería domador, albañil, carrero, alambrador, obrero de cuadrilla para arreglar caminos o peón de lo que saliera.

En estos pensamientos ensilló su avestruz, montó y partió, resuelto, en primer término a ir al almacén a comprarse un jeme de alambre tejido de fiambra, para fabricarse unas orejeras provisorias, para evitar que le fuera a entrar por el oído algún otro bichito cantor.

Cuando después de hacer sus compras volvió a montar a caballo y galopó unas leguas, corrió la vista por el amplio y hermoso panorama, sintiéndose dichoso.

Era libre, se encontraba sano y gozaba la plenitud de aquellos campos verdes y frescos, donde pastaba el ganado, moviéndose apenas.

Respiró el aire puro y no experimentó otra necesidad que la de ser bueno y la de ser útil a alguien.

Por cierto que, en primer término, a Tico-Tico.

Juntaría algún dinero más en el trabajo y regresaría al pago y a su casa, de los cuales no se había alejado mucho.

Se detuvo; volvió a mirar.

A lo lejos las colinas crecían, se volvían cuchillas, sierras y cerros y según la altura y la distancia ostentaban bellos colores diversos: verdes claros, oscuros, azules, amarillentos, violetas, ocre, lilas.

Por aquí, por allá, casi todas entre árboles, blanqueaban las estancias.

A alguna tenía que acercarse a pedir ocupación.

Ya había estado en una grande y rica, ahora se dirigiría a una más modesta, la de don Claridio.

Hizo mención de espolear al ñandú. Este apuró el paso, llegando pronto al sitio indicado.

Pidió permiso para apearse, y ya estuvo, sombrero en mano, saludando y exponiendo el motivo de su visita.

—¿Y qué sabe hacer, amigo?, le interrogó el dueño de casa.

—Lo que raye, contestó él, decidido.

—Bien. Aquí hay que hacer de todo y como somos pobres y la estanzuela no da para mucho, pagamos poco, pero tratamos al personal como si fuera de la familia.

—Eso es muy lindo. Es el mejor sueldo. Y no hay corazón bien nacido a quien no lo compre una moneda de cariño.

Alguien le desensilló el caballo; le enseñaron el pequeño establecimiento; le hablaron de las tareas; le indicaron el rincón donde debía armar su cama y, de entrada no más, lo condujeron a la cocina, donde lo invitaron a amasar.

El era diestro en esa faena.

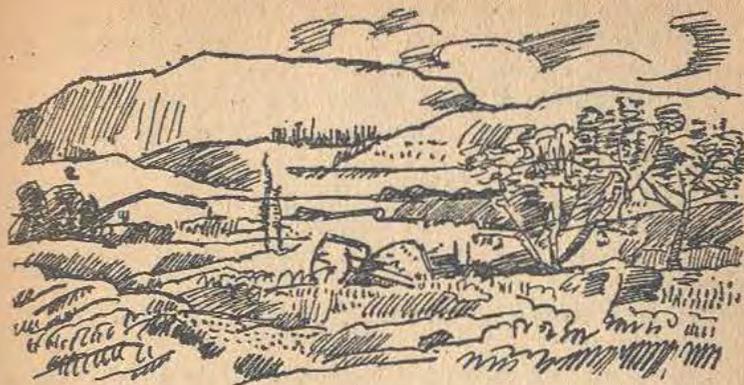
La había aprendido en la fonda, lo que le permitió salir airoso en esa primera prueba.

Por suerte como tenía las manos curtidas y callosas y la masa era bastante seca... no corrió ningún peligro.

La señora de la casa —que se llamaba Coca— y que hacía panes, tortas, bizcochos y unos bollos de cuajada riquísimos, convidó a todos y aún le regaló al nuevo peón una maleta de golosinas, que con una esquela, él envió con su charabón a Tico-tico.

Cumplió muy bien con sus tareas y un atardecer en que mateaban —menos él— el patrón le preguntó si sabía manejar armas.

Contestó resuelto que sí, informó que había sido sargento y le narró con reservas, la principal incidencia de su brevisima carrera.



Bueno, —le informó don Claridio— yo he mandado comprar una escopeta y unos cientos de cartuchos y usted mañana, cuanto empiece a calentar el sol, se me va a ir a los maizales a espantar los loros y las cotorras, que me están haciendo un estropicio en la chacra.

—Muy bien, patrón.

A los dos semanas no quedaba ni un loro ni una cotorra para remedio.

El estanciero le aumentó el sueldo.

Más adelante se presentó otra plaga. Algún bicho dañino, zorrino o liebre, acababa con los melones y los zapallos.

—Tierra y esto y aquello y aquí tiene la escopeta. Pero ahora tiene que ir de noche, que esos visitantes vienen escondidos.

El asunto cambiaba de aspecto.

Andar de noche le resultaba peligroso. No por miedo. Por la humedad. El rocío de la madrugada era terrible.

No sabía qué decir.

Cómo disculparse.

A menos que mintiese que sufría reumatismo o asma.

Como no era embustero, prefirió callar su viejo secreto. Optó por afrontar todas las dificultades y resolvió disfrazarse como cuando el baño del ganado.

Lo descubrieron, pero menos mal que los otros peones, si bien se rieron, atribuyeron el disfraz al propósito de aterrorizar a los bichos y comentaron:

—A este Gaucho Tierra no lo agarran sin perros. (1)

Pero el peligro existía; aquello le podía hacer grave daño. Con todo no se resolvía a hablar con el patrón al respecto.

Menos mal que un suceso imprevisto le evitó un probable accidente.

Una siesta, en la cual dormía porque le tocaba hacer su guardia nocturna, dos de los peones, muy asustados, lo despertaron entre grandes aspavientos.

—Hermano, te vienen a prender. Te busca la policía! ¿Qué has hecho? Ya te ensillamos el avestruz por si te dispones a disparar. Estamos a tu disposición para acompañarte. Y si el caso es de hacer la pata ancha, (2) cuenta con nosotros.

—No, no tengan miedo, los tranquilizó. Son cosas de cuando yo fui sargento. Algo que me olvidé de contarles. Era exacto.

Lo venían a notificar sobre el premio que estaba a su orden y que debía pasar a recoger.

Habló con don Claridio, que se ofreció para acompañarlo y los dos se vistieron con su mejor ropa y fueron a la comisaría, donde el Sargento Chicharra, recibió la gratificación prometida.

Ya rico, el hombre, que volvía con su amigo, le manifestó su pesar de tener que dejar de ser su empleado y de verse obligado a abandonar una casa tan hospitalaria y patriarcal como la suya, donde los peones eran considerados como hijos.

(1) No lo agarran sin perros: que siempre tiene recursos defensivos.

(2) Hacer la pata ancha: resistir; pelear, no entregarse.

Le pidieron que se quedara otro día para festejar su fortuna y así lo hizo.

El pequeño estanciero mandó hacer una vaquillona asada con cuero; Doña Coca mostró sus habilidades de repostera con el repertorio de sus especialidades y hasta se improvisó un baile, en el que el gaucho no pudo participar, pues como era verano, podía sudar y sucederle algún percance.

El día siguiente amaneció entoldado.

Las pavas del monte conversaban todas a un tiempo, a los gritos: indicio infalible de agua.

Se lo dijeron al Gaucho Tierra cuando ensillaba.

El confió —confió demasiado— en las patas veloces de su probado pingo.

Abrazó a todos. Constató que con su pequeña fortuna, llevaba las golosinas, regalo de la señora y, emocionado, partió al galope.

Lo colmaron de buenos augurios:

—Que tengas suerte; que te vaya bien; que seas feliz!

EL PAGO, LA QUERENCIA, LA TIERRA

El viajero cerró piernas, espoleó, hasta amenazó con algún chirlo a su flete.

Dos incentivos lo apremiaban: el ansia de llegar a la querencia y caer en los brazos de su querido amigo y la tormenta —anunciada desde el día anterior— que también galopaba hacia él, a su espalda.

El avestruz, que ya no era más charabón y empezaba a sentir el peso del tiempo en las patas, hacía lo que podía. Corría y corría, abriendo las alas.

El gaucho, con su imaginación, se adelantaba al ñandú, volaba.

Recordaba épocas lejanas, cuando era tierra, cuando era campo, cuando era barro; cuando lo picoteaban, amasándolo, los horneros; cuando surgía de las candorosas manos del niño, que ahora debía estar hecho un hombre, porque habían pasado muchas lunas y muchos soles sobre los apacibles pagos de los Mataojos.

El había tenido suerte al dar con Tico-tico y con el Dios.

Si no es por ellos podía haberse ido en las ruedas de una carreta; podía haber sido unión en las márgenes de un tajamar o muro de rancho o nido de hornero o polvo

volador que el viento se lleva y quizás no vuelve más nunca!

Le había tocado ser hombre.

Un gaucho.

Gaucho Tierra.

Y había sabido cumplir con su deber.

Había sabido ser hombre —todo un hombre— luchando, trabajando, sufriendo, labrándose una posición.

Ahora volvía, feliz de reintegrarse a su rincón, a su pago, a su patria, a su querencia.

A ser lo de siempre: tierra.

Simplemente tierra.

Tierra para producir pasto; tierra para levantar árboles; tierra para encenderse en flores; tierra para abrirse en pulpas sabrosas y perfumadas mieles de frutas; tierra para dar vida a seres, a alegrías, a cantos!

Tico-tico lo había aguardado años y años.

Todas las mañanas se levantaba pensando:

—¡Hoy vendrá!

Todos los atardeceres —ahora ya no en las rodillas de su padre— miraba en el cielo el estrellerío recién nacido y lo recordaba.

—¿Dónde andará mi gaucho? ¿Será dichoso? ¿Sufrirá? ¿Pensará en mí? ¿Volverá?

Las contadas visitas del avestruz con los recuerdos y los regalos, le avivaban y fortalecían la esperanza:

—¡Volverá!, afirmaba.

Hoy, otra vez, lo esperaba.

Pero el tiempo estaba amenazador.

Podía llover y él, más que nadie, sabía que una mojadura le resultaría fatal.

Sus padres estaban viejitos. El los mantenía con sus trabajos de trenzados de tientos y guascas y con alguna changa, que realizaba en los alrededores.

También, como su amigo, sabía de todo, en aquel no



saber nada de los criollos guapos (1), liberales (2) y buscavidas.

Apechugaba con cualquier lidia, con cualquier oficio. Había conseguido reunir un montón de pesos.

Si al gaucho le hubieran rodado bien los eventos y trajese algo!...

Se comprarían un campito —aunque fuera grande como un pañuelo. Tendrían ovejas, una chacra, unos bueyes, unas vacas lecheras y le darían leche a algún guricito, a algún tico-tico como él.

En las proximidades del mediodía salió un sol que rajaba la tierra.

(1) Guapo: en la acepción de esforzado y resistente para el trabajo, no de guapeza de ánimo o de belleza.

(2) Liberal: se dice de una persona decidida y bien dispuesta para una labor o una acción.

Después se apagó cual si lo hubieran cubierto con un inmenso poncho de nubes negras y opacas como el carbón.

Relámpagos grandotes hacían bruscas llamaradas de incendio y los truenos galopaban por el cielo como cien tropas disparadas.

Tico-tico salió al camino.

Subió hasta una lomita.

Y, más que su vista, su corazón le anunció:

—Allá viene.

Corrió a avisarle a sus padres.

Lentamente vinieron los viejitos, que no vieron nada.

El domador suspiró en una ola de tiernas visiones.

¡Soñaba el hijo!

¡El también soñó!

La lavandera se quedó más triste, aferrada a la incredulidad de su sentido común.

El insistió y cuando quizás terminasen por descubrirlo, una celeste cortina de lluvia imprevista, se interpuso entre la realidad y el sueño.

El golpe de agua se cortó de golpe, para de nuevo empezar con redoblada furia.

Llovía a raudales, como si todos los Mataojos se hubieran escapado de sus cauces y por las escaleras de los cerros se hubieran subido al cielo, desde donde se estaban precipitando de repente y a un tiempo mismo.

El gaucho apuró su flete.

Era inútil.

Salía del agua para entrar en el agua.

Empezó a sentir el sombrero, el poncho, las botas, la ropa, calados.

La humedad lo escalofrió.

La lluvia comenzó a mojarlo despacito, persistente, sin pausa, como una lengua fría pero acariciadora.

—¡Caramba!

La cosa se ponía fea.

De pronto sintió muy pesada, muy helada, la mano que llevaba las riendas. Perdió su dominio. Le pareció que ya

no era más de él. Y como se deslíe la espuma, se evapora el rocío, se deshoja una flor, se le deshizo.

Sacó la otra mano de abajo de sus ropas.

Y pensar que ya estaba por llegar.

¡Ahí! ¡Ahí, ya lo veía, estaba su amigo!

Tico-tico avanzó hacia él, sollozando de alegría, temblando de emoción.

Gaucha Tierra, que ahora podía llorar todas las lágrimas que había contenido, le estiró los brazos sin manos y le alcanzó a decir:

—Volví, hermano...

Y se desplomó; se derrumbó del avestruz; se deshizo.

Chorrió sobre el suelo y se confundió, fué una cosa sola con la vieja tierra que lo vió nacer, que lo ayudó a nacer, que le dió vida.

Tico-tico, con los ojos nublados de llanto, se inclinó sobre el suelo y levantó las maletas con la plata y las golosinas.

—¡No vamos a poder gozarlas juntos!

Y, desesperado, llamó hacia el charquito de barro, que parecía moverse a sus pies:

—¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!

Desde el suelo, como una ilusión o como una esperanza, los dos ojitos de piedra del gaucho brillaban como si mirasen y prometiesen algo.

La voz humana, temblorosa, desgarradora, lo volvió a invocar:

—¡Tierra!

Quizás él oyó el doloroso y angustiado reclamo.

El no se había ido.

Como perviviendo en el alma de Tico-tico, Gaucha Tierra estaba de nuevo en su existencia eterna, en su natural actitud fértil y fecunda:

Dispuesto a nutrir las raíces, las sementeras, los granos, los bulbos, para alimento del hombre.

Y, como propicio a nutrir los sueños, en disposición de dar muros para un caliente nido de pájaros;

De ofrecer argamasa para construir una escuela;
De ser camino para el andariego paso del tiempo.
De ser tierra, simplemente tierra.

Tierra para producir pastos; tierra para levantar árboles; tierra para encenderse en flores; tierra para abrirse en pulpas sabrosas y perfumadas mieles de frutas; tierra para dar vida a seres, a alegrías, a cantos!

Matajo Chico. Salto. Montevideo
(Uruguay) Marzo - junio de 1948.

BREVES APUNTES FILOLOGICOS

A los conocedores de nuestro hablar criollo quizás les llame la atención que, en contraste con nuestras realizaciones novelísticas de carácter indígena, hayamos prescindido del habitual uso auténtico del lenguaje gauchesco.

Hemos optado por el español corriente en nuestro medio —que aunque deje mucho que desear como modelo de corrección, tiene nuestro sello personal— por razones de explicable comodidad.

Pretendemos dirigirnos a quienes dentro de nuestras fronteras lingüísticas rioplatenses ignoran la jerga idiomática de nuestros campesinos, y encontrar un más amplio auditor entre los pueblos fraternos de América.

Intentamos evitar dificultades, que no son insalvables, por otra parte, ya que las formas de expresión de nuestras gentes no son siquiera dialectales, reduciéndose exclusivamente a deformaciones fonéticas del lenguaje, a escasos neologismos y a algunos modismos, vicios regionales, si no disculpables, explicables.

No se nos escapa que con ello restamos sabor y color, especialmente a los diálogos, pero confiamos que éstos no perderán todo su carácter, pues igualmente conservarán su acento y su espíritu.

Es obvio manifestar que no somos especializados en pragmáticas gramaticales. A pergeñar estas notas nos fuerzan las circunstancias, que aprovechamos para complementarlas con el fruto de algunas observaciones, que qui-

zás presten su correspondiente utilidad a los estudiosos y a los interesados en la materia.

En general un espíritu de rutinaria inercia caracteriza al ser humano y de esto no escapan ni siquiera los escritores, que por falta de iniciativa para modificar o innovar lo que es costumbre o hábito, no se detienen en la exactitud o propiedad fonética de los vocablos que utilizan.

El punto, por cierto, no es de fácil solución y puede transformarse en motivo de interminable controversia. Un ejemplo es el de la ll y de la y, que en nuestra boca bozalona, para ambas letras, suena indistintamente ye, sonido palatal fricativo, con pronunciación similar a la g francesa, italiana o portuguesa, y no ie, pronunciación española, que conservan los sudamericanos del norte y oeste continental.

Casos semejantes se presentan con la b y la v, por una parte y la c, la s y la z, por otra, —la primera cuando se une a las vocales i ó e.

Los rioplatenses articulamos a las primeras con el sonido labial y a las segundas con el de la s.

¿Cómo se deben escribir?

Nosotros hemos optado por conservar la ortografía normal, dado que la diferencia la efectuamos automáticamente en la pronunciación, al leer, expresado con más justeza y propiedad, al hablar.

En otras oraciones, como en la frase: voy a ir, apoyamos verbo y preposición respetando la exactitud fonética: v-i-a ir.

Diverso problema se nos presenta con la desinencia *ado* del participio pasivo, de los verbos terminado en *ar*, que la mayoría de nuestros costumbristas usan erróneamente.

La pronunciación exacta de nuestros paisanos, transforma el *ado* en *au*, provocando el diptongo, con acento oral, normal, en la *a*, vocal fuerte, haciendo en consecuencia y como corresponde, débil a la *u*.

Lo correcto es, pues, el reproducir auténticamente el lenguaje vivo del pueblo diciendo: *cansau*, *enojau*, *alzau*,

etc., y no *cansao*, *enojao*, *alzao*, como lo pronuncian los andaluces, valorizando las dos vocales fuertes *a* y *o*.

Nosotros hemos observado una deformación fonética similar a la referida experimentada o sufrida por los mismos vocablos del idioma italiano, en el habla popular de Sicilia, isla que fué largamente dominada por los españoles.

Los sículos dicen: "me sono stancou", en lugar de: "me sono stancato", (me he cansado), etc.

Otra constatación, más que observación, es la de que muchos de los vocablos que tomamos como típicos de nuestro medio, son simplemente palabras castizas en desuso en España o a las cuales damos diversa acepción, ejemplo: *rebenque*, *alarife*, *roncear*, *bocado*, *guapo*, *torear*, *flete*, *changa*, *priesa*, *retortero*, etc., etc.

Como pese a nuestros propósitos nos ha sido inevitable servirnos de americanismos, regionalismos y frases, que, en general significan imágenes gráficas, sentencias y definiciones de actitudes —traducidas con singular acierto, eficacia, graficidad o humorismo por el vivaz ingenio popular— nos hemos visto precisados a explicar al pie de cada página el sentido o la intención de lo que estimamos dudoso o difícil de interpretar.

A eso obedece el pequeño vocabulario, tanto de vocablos como de expresiones, que repetimos a continuación, el cual, sin agotar ni siquiera remotamente el argumento, sólo aspira a suscitar una merecida atención, sino una carta de ciudadanía, para nuestro expresivo lenguaje terruñero.

VOCABULARIO

A

- ABICHADO:** animal al cual se le ha agusanado una herida.
- ACHURA:** entrañas de los animales.
- AGACHADA:** ocurrencia imprevista; humorada oportuna; resolución inusitada.
- AGACHAR EL LOMO:** trabajar.
- AGARRAR SIN PERROS:** tomar desprevenida a una persona. No lo agarran sin perros a quien siempre tiene una salida oportuna.
- AGUACHENTO:** enfermedad que consiste en un exceso de agua en la sangre. Fácil de cansarse.
- ALARIFE:** vivaz, despierto, inteligente.
- ALUNARSE:** enfadarse; enfurruñarse. A las personas que al levantarse de dormir muestran gesto de enojo se les llama alunados.
- ALZADO:** ganado huido y vuelto salvaje. Se dice también de un perro en celo.
- AMARGUEAR:** acto de tomar mate amargo.
- APUNADO:** raquíptico; enclenque; pálido. La expresión deriva de la "puna", forma de fiebre. Enfermedad producida por la baja presión de las alturas.
- ARDILIAR:** verbo derivado de ardid.
- ARDILOSO:** adjetivo derivado de ardid. Significa diestro, habilidoso, industrioso.
- ARTERIA:** picardía, travesura infantil. Consciente acto reproable; de malas artes.
- ARUERA:** guaribay o aguaribay bravo; árbol autóctono sobre el cual se ha creado la leyenda a la que se hace referencia, que reza que quien no la saluda al revés, cambiando la noche por el día y viceversa, es castigado con un mal misterioso.
- ASOTAR:** acto de arrojarse al agua.
- AVE MARIA:** forma de saludo de carácter religioso. Usado antiguamente. Hoy en desuso.

B

- BAILAR CON LA MAS FEA:** presentarse a una persona — como forzosa disyuntiva — una acción poco feliz, arriesgada o peligrosa. La expresión deriva de la similitud del hecho de corresponderle a un bailarín, como compañera, la muchacha menos agraciada de una fiesta.
- BAGUAL:** caballo brioso, arisco y vivaz.
- BAJERA:** rectángulo de paño grueso y burdo. Se le llama también jerga. Lleva el primer nombre en razón de que va abajo de todas las otras piezas de la silla de montar. (Recado).
- BAQUEANO:** perfecto conocedor de un paraje. De baquia: habilidad, maestría.
- BARBIJO:** barboquejo; cuero o cinta que pasando por abajo del mentón se une en dos sitios en la parte de abajo del sombrero, sujetándolo.
- BASTO:** (recado): lomillo; silla de montar, masculina.
- BICHOFEEO:** benteveo: nombre onomatopéyico, derivado del grito de esta ave inquieta, agilísima y muy voraz.
- BOCADO:** freno rudimentario, reducido a una guasquita flexible, que se ata, ajustada, en la quijada, pasando por la boca del caballo.
- BOFES:** pulmones. Echar los bofes: hacer un gran esfuerzo.
- BOLADA:** oportunidad excepcional. Aprovechar la bolada; no perder algo conveniente.
- BOLEADORAS:** Instrumento de caza y al mismo tiempo arma, especialmente de los indios. Consiste en tres bolas de piedra. Una de las bolas, por la cual se toma este artilugio, es más pequeña. Se prestan para detener un caballo, cazar avestruces, gamos, etc.
- BOLEAR:** de bolear con las boleadoras. Igualmente acto de descabalar, "boleando" la pierna.
- BOTA DE POTRO:** calzado rudimentario, confeccionado con el cuero crudo de las patas de los caballos.
- BUFIDO:** expresión y acto airados; por extensión, de resoplido de caballo.

C

- CABORTERO:** animal mañero; arisco o agresivamente rebelde.
- CACHIMBA:** manantial; pozo de agua potable, surgente.
- CALAVERA:** hombre sin conducta; de moral equívoca.
- CAMBUECAS:** piernas combas, curvas y separadas como dos paréntesis.
- CAMOATI:** especie de colmena. Avispero redondeado, que fabri-

can las avispas silvestres. Se dice gordo, cuando está lleno de miel.

- CAMPEAR:** buscar; de buscar en el campo.
- CANILLA:** tibia. Es fama que los negros poseen gran sensibilidad física en este hueso. Posiblemente tal creencia popular: no pasa de una simple y pintoresca leyenda.
- CANADA:** cauce entre dos terrenos más altos, por el cual circula un exiguo curso de agua.
- CARACU:** médula de los huesos. También se dice tutano, por tutano.
- CARONA:** cuadrilongo de cuero, suela, que cubre la jerga o bajera de la silla de montar.
- CARPINCHO:** roedor corpulento — como un perro mediano — anfibio, habitante de nuestros cursos de agua. Tiene fama de ser horriblemente feo.
- CERDEAR:** tusar groseramente; cortar sin cuidado, clandestinamente, las crines de un yeguarizo.
- CIMBRA:** cimbrar: doblarse al hamacarse; trampa para cazar aves o alimañas, hecha con vegetales flexibles y hasta con crines, cuando no se necesita que sea muy resistente.
- CISMAR:** meditar, pensar.
- COBRE, UN:** moneda infima. Antiguamente existían centésimos de cobre, que representaban un valor insignificante.
- COMPADRE:** individuo petulante, excesivamente presumido; provocador, que ostenta un insolente coraje.
- CRISTIANOS:** seres humanos, por oposición a indios, a los que se consideraba sin religión, diciéndoles herejes o infieles, como en el Martín Fierro.
- CRUZ, POR ESTA:** juramento tradicional, popular. Consiste en besarse los índices colocados en forma de cruz.
- CUCO:** ser legendario, espantoso, informe, creado por la imaginación popular, se evoca groseramente para asustar e imponerse a los niños.

CH

- CHALA:** lámina de hojas de la mazorca de maíz, con las cuales se lían (arman) los cigarrillos y se fabrican colchones rústicos.
- CHANGA:** trabajo saltuario, de poca entidad. Importe del mismo. Se dice hacer o ganar una changa. Changador — mozo de cordel — deriva de changa.
- CHAPETON:** inexperto, torpe, bisoño.
- CHANGÜÍ:** simulación de torpeza en el juego, con propósito de engaño.

CHARAMUSCA: ramitas secas, tronquitos; combustible vegetal menudo, que se usa para encender el fuego.
CHASQUE: correo velocísimo que lleva un parte o una noticia. Voz quichua. Los incas denominaban chasqui a sus correos.
CHIRIPA: paño que pasando por entre los muslos y asegurado a la cintura, servía de pantalón o equivalente a los antiguos gauchos.
CHUCARO: cerril, asustadizo, incivilizado.
CHUPAR: aspiración del aire con los labios semicerrados, para producir un sonido que incita a los caballos. Chupar: beber viciosamente. Aspirar el humo del cigarrillo.
CHURRASCO: carne asada a las brasas.

D

DAÑO: maleficio, brujería.
DESGALICHADA, DESGALICHADO: desaliñado; mal trajeado; vestido a la diabla.
DESPACHADO, MAL: una cosa dada con escasez; una persona pequeña.
DILATAR: demorar, tardar.

E

ECHAR LOS BOFES: echar los pulmones: correr desatentadamente o trabajar con exceso hasta el punto de ahogarse o agotarse.
EMPILCHADO: con buenas pilchas. Pilchas: prendas: ropas; alhajas.
EPA: Interjección criolla, equivalente a: ¡Cuidado!
ENGAÑA - PICHANGA: embuste, falsedad, meatira.
ENRAMADA: construcción sumaria, constituida por cuatro palos sosteniendo un techo de ramaje.
ENSILLAR: aperar un caballo; enjaezarlo. Se dice también de un arreglo del mate, consistente en cambiarle una parte de la yerba.
ESTAQUEAR: antiguo castigo —verdadero martirio— a que se sometía a los reos de graves delitos o, en tiempos de guerra civil, a los enemigos. Consistía en atar las cuatro extremidades a cuatro guascas que se fijaban en igual número de estacas y que se contraían a voluntad, con el peligro de descoyuntar brazos y piernas. Estaquear: poner a secar los cueros frescos, en acto semejante.
ESTANCIA: extenso predio de campo dedicado a la ganadería.

F

FALSOS: levantar falsos; calumniar.
FARFANTON: arrogante, soberbio, prepotente.
FEITICO: brasilerismo (portuguesismo), hechizo, encantamiento, brujería.
FILCHA: ficha de juego. En sentido figurado: tipo poco recomendable; pícaro.
FLETE: caballo o cabalgadura equivalente.

G

GAMBETA: esquives rápidos de una persona o un animal, ejecutados al huir.
GRANDOR: (barbarismo): tamaño.
GARRAPATICIDA: líquido venenoso para matar las garrapatas, parásitos voraces, negros y grandes como una arveja, que parece se incrustaran en la piel de los vacunos. El valor de los cueros afectados por esa plaga desmerece su precio.
GUASCA: cinta de piel sin curtir; especialmente de animal vacuno o equino.
GUAPO: laborioso. También valiente, de guapeza: coraje.
GÜE: interjección de asombro.
GURI: voz tupí con que se designa a los niños. Usual en la frontera uruguayo - brasileña.
GURRUMINA: niño pequeño o su conjunto.

H

HACER DE TRIPAS CORAZON: acomodarse a lo que salga. Forzar a que lo material se vuelva lo ideal, la realidad sueño.
HALLA?, USTED: construcción gramatical aportuguesada: ¿A usted le parece? ¿Usted entiende que eso es así?
HORQUETA: conjunción de dos ramas en forma de y griega y lo que a ello se asemeja. Se dice de la desembocadura de un río o arroyo en otro.

I

IDO: trastornado, falto de seso, demente.

J

JINETAZO: aumentativo de jinete.
JUDEAR: tratar con crueldad a un ser humano o a un animal. Vocablo creado posiblemente por similitud a los actos que se atribuyen a Judas.

JURGUÑAR: jurguñar: escarbar; algo así como rascar con la uña o con un instrumento cualquiera.

L

LIBERAL: se dice de una persona decidida y bien dispuesta para una labor o una acción.

LOBIZON: vieja superstición popular: hombre que se vuelve perro o cerdo. De la tradición europea: lobo-hombre.

M

MACANUDO: americanismo rioplatense. Adjetivo superlativo, que significa notable, excelente, extraordinario.

MANCARRON: calificación despectiva de un caballo inferior. La frase se ha transformado en un sustantivo.

MANCO DEL ENCUESTRO: dislocamiento de las extremidades anteriores de un caballo. No ser manco: tener habilidad para algo.

MANDINGA: el Diablo (voz negra).

MANGAZO: golpe aplicado con el mango de un objeto o su equivalente.

MARLO: interior de la mazorca del maíz, cuando se le han quitado los granos.

MATE: tomar mate: sorber la infusión caliente de las hojas tostadas y molidas de un árbol que se denomina hierba o yerba mate. (*Ilex paraguayensis*).

MATETE: lodo batido; se dice de las calles de barro — hechas un matete — después de la lluvia.

MATRERO: hombre que vive en el monte, por lo general perseguido por la justicia. (Costumbre actualmente desaparecida). Alguien que huye de los demás. Ser solitario e inadaptado.

MATURRANGO: alguien que es torpe en cualquier acción o faena, especialmente en las del campo, como andar a caballo, enlazar, etc.

MAULA: cobarde, apocado, falto de ánimo. También se dice con relación al trabajo.

MEDIA RIENDA, A: a la carrera, a todo lo que da el caballo.

MENTAS: prestigios, dices, fama, antecedentes.

MENUDOS: entrañas: cualquiera de ellas; habitualmente se refiere a las de las aves. También se dice achuras, cuando corresponde a las de los vacunos o lanares.

MERCACHIFLE: comerciantes ambulantes que antiguamente recorrían nuestras campañas, con unos carros cargados con múltiple mercadería.

MESTURADO: brasilero; derivación de mixtura: mezclado.

MORENITO: moreno: eufemismo de negro.
MORONDANGA: insignificante, mezquino, nadería.
MUSCINGA: muyinga: despectivo de negro. Voz de probable proveniencia brasilera o negroide.
"MUCHACHO": palo que sirve de soporte trasero de las carretas, cuando éstas están en descanso.
MUDA DE ROPA, MUDITA: juego de ropa interior.

N

NACO: tabaco negro en cuerda, que se divide con el cuchillo y se deshace en la palma de la mano, para facilitar la confección de cigarrillos de uso personal. Naco: susto, miedo.

NEGRITO DEL PASTOREO: extraño santo inventado por la fantasía popular campesina, que se considera muy milagroso. Una de sus características es su color negro y la otra, que es una divinidad humilde que se conforma con las más pobres ofrendas, como la de diminutos cabos de velas.

Ñ

ÑANDU: avestruz americano. Voz guaraní.

ÑATO: romo, chato. Por extensión, es habitual decirle "la ñata" a la nariz.

NACURUTU: buho o lechuzón americano. Del guaraní.

O

OLEOS: dar los: bautizar.

P

PANZADA: comida abundante, excesiva. Se usa en sentido figurado: panzada de risa: una enorme porción de risa.

PASAR LA PIERNA: engañar.

PASMADO: animal al que se atribuye una dolencia a causa de beber agua fría, estando extremadamente cansado. Quizás insolación.

PASO: vado de un arroyo.

PATACON: antigua designación de las monedas de un peso. En general se usa en tono de broma.

PATRICIO: se dice en general de los brasileros y en broma o crítica de sus descendientes, en razón de que éstos utilizan mucho el vocablo al cual dan la acepción de paisano o compatriota.

PAVILASLONGAS: neologismo: equivale a tonto o a imbécil.

PAYADOR: poeta popular. Cantor que improvisa sus composiciones.

PEJE: pez. Voz antigua. Expresión de crítica. Equivale a pícaro.

PEGAR LA VUELTA: regresar; volver atrás.

PELADA DE FRENTE: chasco. Acción que se frustra. Mal éxito de un propósito.

PELO, ANDAR EN: andar en un caballo no ensillado, no enjaezado; sin nada sobre el lomo.

PERDULARIO: bandido, perverso, asesino. Hombre de mala entraña.

PETIZO: caballo de pequeña alzada. Preferido por los niños. Se usa para arrastrar el barril del agua. Deriva probablemente de petiz, del antiguo francés.

PICASO: típico color de caballo oscuro, con algunas manchitas blancas en el lomo. Ensillar el picaso: enojarse, enfadarse, enfurruñarse.

PINTURA: fantasías. Se dice de un joven presumido y atildado: mocito pintor.

PORORO: maíz frito con grasa en la sartén.

PRETAL: arreo del caballo que saliendo del cogote y pasando por las paletas, se une en el pecho. Se usa sencillamente de cuero o muy adornado de plata.

PRIESA: prisa.

PUCHO: colilla de cigarro.

PUESTERO: que ocupa un puesto. Puesto: local de residencia de un peón de estancia, de cierta categoría, que tiene a su cargo la vigilancia de una parte del establecimiento citado.

PUNTEAR: ir delante de una comitiva. Hacer punta: encabezar una acción.

R

REAL: antigua moneda de plata de valor de diez centésimos de peso. La calificación es de proveniencia española.

REDOMON: potro que aún se está domando.

REFISTOLEAR: revolver, revisar con curiosidad.

REMEDEAR: suplir con más habilidad que maestría, una función. Conformarse con algo, aunque sea poco.

RESERTAR: desértar.

RETACON: persona de complexión fuerte y robusta pero baja.

RETORTERO: tener a una persona de acá para allá; en vueltas y revueltas. Tenerlo sin aliento, sin darle tregua.

RONCAR EL DIABLO EN LAS TRIPAS: cuando una persona toma una actitud de la que no se le creía capaz o que eludía deliberadamente. Recibir un anuncio sobrenatural, que como

una prevención de exigencia de cumplimiento, rezonga en los intestinos, tal una amenaza demoníaca.

RONCEAR: merodear, insistir alrededor de un objeto o de un pensamiento; entretenerse, girando reiteradamente, morosamente sobre lo mismo.

RODEO: parar rodeo: acto de juntar el ganado vacuno, en general en una especie de gran círculo formado por los jinetes.

S

SANGRADOR: zanjón que, junto a ríos y arroyos, se forma por la erosión de las aguas de las lluvias o el flujo de las corrientes.

SANTANAZO: golpe violento dado con cualquier objeto.

SIETE - OCTAVOS: referencia a la pureza de sangre de un caballo. Se distinguen también las varias cruzas con definiciones de cuarterón; media sangre; tres cuartos, etc.

SINFINIDAD: infinitud, infinidad, cosa sin fin.

SUERTE: suerte de campo o de estancia: extensión de tres cuartos de legua.

T

TACUARA: caña silvestre, muy resistente, semejante al bambú, que se utiliza en las construcciones rústicas, en lugar de alfajías y tirantes de madera.

TATA: padre. Antigua expresión criolla. Tata viejo: abuelo. Tata-Dios: Dios.

TAMAÑISMO: tamaño.

TICHOLO: dulces brasileros de mediana calidad, presentados en pequeños rectángulos.

TIENTOS: toscos y gruesos hilos hechos de cuero crudo de potro o vacunos.

TIJERAS: soportes perpendiculares —de tacuaras o madera— del almacén del techo de un rancho.

TIRADOR: cinto de cuero, con bolsillos donde se lleva el dinero. Se une con hebillas o con un juego de cadenas de plata, que se denomina rastra.

TOPAR: dar un golpe con el testuz de un animal. Enfrentarse.

TOREAR: provocar, incitar, a veces molestando, para hacer enojar a alguien.

TRABUCO: antigua arma de fuego, de caño de bronce y enorme boca, por la cual se cargaba.

U

UNTAR: lubricar para hacer fácil un acto. Dar algo —especialmente dinero: untar la mano— con un fin interesado.

V

VIARAZA: ocurrencia extravagante; arranque imprevisto, arrebató; ataque demencial.

VINCHUCA: insecto venenoso, que es vehículo de una peligrosa enfermedad.

VINTEN: antigua denominación que se daba a una moneda —de proveniencia portuguesa— de valor de dos centésimos.

VIVARACHO: deriva de viveza, que nace a su vez de vivo, en el sentido de inteligencia y presteza mental.

Y

YACARE: caimán: nombre de un saurio de nuestros ríos y arroyos.

YEGUA MADRINA: caballo yeguarizo aleccionado para guiar una tropilla. Se distingue por llevar al cuello un cencerro.

YESQUERO: adminículo compuesto por una pieza de acero, una piedra y yesca, con los que se enciende fuego para "prender" los cigarrós.

Z

ZAMBO: tipo humano de color oscuro, resultante de la cruce de negro e indio.

INDICE

ESTO, MAS QUE UN PROLOGO	5
TICO - TICO	9
JUGUETES	15
TICO - TICO DESEA OTRA COSA	21
UN HERMANO	29
EL ESCULTOR	35
UNAS LAGRIMAS	43
LA CREACION	49
LA OBRA SE COMPLETA	57
TICO - TICO HABLA DEL GAUCHO CON SU PADRE	63
Y QUE NOMBRE LE PONDREMOS?	69
HAY QUE DARLE CABALLO AL GAUCHO	75
EL GAUCHO TIERRA SALE A CORRER MUNDO	81
RODANDO	87
ENCUENTRO CON PEDRO MALAS ARTES	95
PEON DE ESTANCIA	105
LOS CUENTOS, COMPLICADOS CON SU SECRETO, LE HACEN PERDER EL EMPLEO	111
EN UNA FONDA	119
LAS ANIMAS	127
LA ESCUELA	133
UNA CHANGA	141
LA CAZA DE LOS AVESTRUCCES	149
LA POLICIA	157
UN CRIMINAL INOCENTE	165
UN EMBRUJO	175
UN CONGRESO DE PAJAROS	183
LA CHICHARRA EN EL OIDO	191
LE TOCA BAILAR CON LA MAS FEA	197
EL DOCTOR NO DA PIE EN BOLA	207
EL GAUCHO VUELVE A NACER	213
EL PAGO, LA QUERENCIA, LA TIERRA	221
BREVES APUNTES FILOGICOS	227
VOCABULARIO	231